

15880

Novel 174

Leg. 1847

LA MUJER  
DE FUEGO,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR ADOLFO BELOT,

TRADUCIDA DE LA 22.<sup>a</sup> EDICION

POR JOSÉ BUSTILLO.

8 rs. en Madrid y 10 en Provincias.

MADRID.

IMPRENTA DE A. GOMEZ FUENTENEbro,  
Bordadores, 10.

1874.

9163

W. H. B. & Co.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION

1195 Broadway, New York

M. O. P.

PRINTED BY J. B. BROWN

1878

1195

47-2377

15880

Decy

1847

*Manuscript 1847*

LA MUJER DE FUEGO.

POR JOSÉ BUSTILLO

5103

LA MUJER DE FUEGO.

12.880 -

1827

22.000

25-7<sup>o</sup> (vi)

15780  
1857

LA MUJER  
DE FUEGO,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR ADOLFO BELOT,

TRADUCIDA DE LA 22.<sup>a</sup> EDICION

POR JOSÉ BUSTILLO.

— 33 —  
*José Bustillo*  
—

MADRID.

IMPRENTA DE A. GOMEZ FUENTENEbro,

Bordadores, 40.

1874.

5103

LA VIDA  
DE F. F. F. F. F.

POR ADOLFO BELLO

---

Es propiedad del traductor.  
Queda hecho el depósito que  
previene la ley.

---

POR JOSE BUSTILLO

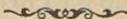
MADRID

IMPRESA DE A. GONZALEZ

1877



## LA MUJER DE FUEGO.



Las costas de Bretaña, envidiosas sin duda de las de Normandía, se engalanan hace algunos años con nuevos baños de mar. No les basta oponer Pornic, Saint-Malo y Croisic, á Trouville, Dieppe y Boulogne, quieren tambien playas de segundo orden, y han creado á Pornichet, Piriac y el Pouliguen. Estas lindas residencias bretonas merecerían sin duda alguna participar del crédito de sus rivales normandas; pero como el Parisiense las encuentra demasiado léjos y no las favorece con su presencia, continúan siendo la propiedad casi exclusiva de los habitantes de Angers, de Tours y sobre todo de Nantes. Esta última ciudad es más que una cabeza de distrito, es la capital del Noroeste de la Francia, y posee todas las comodidades de las capitales. Los hombres, despues de haber dedicado una gran parte del tiempo á sus negocios, sacrifican el resto á sus placeres; tienen casinos, teatros, corridas de caballos y queridas. Las mujeres, en lo general, son bonitas, un poco coquetas, y bastante ligeras, sin serlo demasiado.

No están continuamente encerradas en su casa, como en la mayor parte de las otras ciudades de provincia; se presentan de tres á cinco de la tarde, en las calles Crebillon y del Calvario, en la plaza Graslin y en el muelle de la Fosse. Su modo de andar es gracioso, y tienen buen gusto en el vestir; es la elegancia parisiense revisada y corregida por el rigor provincial. Son murmuradoras como en París, mucho más que en París, porque se conocen más, viven en el mismo círculo, y el tema de sus conversaciones es más reducido. En resúmen, buenas personas, el talento poco cultivado, indolentes y un poco sensuales; caritativas, muy caritativas, lo han probado durante la última guerra; devotas sin verdadera religion, llenas de defectos y de excelentes cualidades, participan á la vez de la Parisiense, de la Criolla, de la Provinciana, y de esta mezcla ha nacido un tipo aparte, que tiene su sello y su originalidad, y que puede designarse con este nombre: la Nantesa. Al llegar el mes de Junio, esta amable poblacion femenina, demasiado apretada en sus estrechas calles, piensa en emigrar. Se traslada á las orillas del Erdre ó del Sevre, hácia Clisson ó el lago de Grandlieu, ó bien, fiel al Loira, sigue su curso y va á fijarse en Chantenay, en Coueron y en Savenay. Otras, más intrépidas y á quienes la mar atrae, bajan hasta Saint-Nazaire y escogen, para pasar algunas semanas, una de las playas citadas anteriormente. En otro tiempo Croisic estuvo en moda; hoy es preferido el Pouliguen, en donde la mar es ménos dura, y que posee un bosque de abetos verdaderamente precioso en este país pintoresco, pero poco cubierto de sombra.

Nada hay tan agradable como esta pequeña población, que ha tomado su nombre de la bahía de cuyo fondo se la vé elevarse (Pouliguen ó Poulliguen, bahía blanca). Sus casas bien alineadas, de uno ó dos pisos, algunas rodeadas de jardines, se extienden á lo largo de un puerto siempre lleno en verano de barcas de pescadores ó de góndolas de recreo. Siguiendo los muelles, se llega bien pronto á la playa, y se goza de un golpe de vista encantador. Detrás de sí, frente á la mar, una veintena de lindos hoteles con balcones cubiertos. A la derecha, á lo largo de la bahía, el lugarcillo de Painchâteau con sus casas y jardines bañados por las olas; más léjos y en la misma direccion, una línea de rocas sobre las cuales se divisa una verde llanura. A la izquierda, sobre una anchura de cinco á seis kilómetros, los peñascos de Escoublac, que se extienden en semicírculo, y Pornichet rodeado de abetos. Enfrente, construida sobre las rocas de los Impares, la Torre roja encargada de indicar la entrada del canal y las Islas Even, formidables escollos que todos los grandes navíos que llegan de América vienen á reconocer ántes de poner la proa sobre Saint-Nazaire; en el horizonte, en un tiempo claro, Pornic, Saint-Michel y Saint-Gildas, límite extremo de la orilla izquierda del Loira.

En los primeros días del mes de Agosto de 186....., dos personas, que acababan de bajar de un carruaje delante del chalet de Esgrigny, parecían admirar por la primera vez aquel magnífico paisaje. Una de ellas, una mujer de cincuenta y cinco á cincuenta y seis años, vestida con sencillez, alta y un poco gruesa, todavía rubia á pesar de su edad,

de ojos vivos, sonrisa delicada y nariz correcta, recordaba por su ademan, sus maneras distinguidas y su aspecto severo, á ciertas mujeres de la corte de Luis XIV. La otra, era un jóven de veinticinco años, su hijo sin duda alguna, alto, distinguido, serio como ella, rubio, con patillas á la inglesa muy finas y muy largas, un poco pálido, pero de una palidez accidental, producida alguna vez por el estudio y bajo la cual se siente circular la vida. Tenía algo del oficial de marina, del hidalgo inglés y del magistrado, sin que se le pudiera clasificar con exactitud. Sus ojos de miope, adornados con lentes, eran muy hermosos, sus dientes bonitos, su mano, cubierta con el guante, pequeña y afilada, su pié proporcionado á su mano. Si bien es verdad que podía encontrársele demasiado bien vestido para un viajero, de ningun modo se le podía acusar de falta de gusto; se adivinaba que por sistema debía haberse impuesto aquel nudo de corbata, aquel cuello derecho, aquel redingote un poco clásico y toda aquella severidad de traje.

El espectáculo que contemplaba, admirable á todas las horas del dia y en todos los tiempos, se excedía á sí mismo, por decirlo así, en aquel momento. La mar, que subía insensiblemente hacía dos horas, acababa, de repente, de hacer irrupcion en la bahía é invadía con estrépito los bancos de arena y los peñascos que la marea baja deja al descubierto. Los pescadores de langostas y congrios, sorprendidos por la marea en la Torre roja, se dirigían al muelle tan deprisa como se lo permitían los útiles de pesca que arrastraban detrás de sí; varias jóvenes, de paseo en las rocas de Painchâteau, corrían hácia la playa lanzando gritos de ter-

ror cada vez que las olas venían á besarles los piés. A la altura de Pornichet, varias góndolas de recreo, que se distinguían por su elegante casco y sus blancas velas, avanzaban lentamente con la marea, y hácia las Islas Even, una flotilla de pescadores de sardinas, renunciando á entrar en Croisic, Piriac ó la Turbale, sus puertos habituales, se dirigía hácia el Pouliguen á toda vela. Un magnífico sol iluminaba este paisaje, plateaba las olas y hacía brillar sobre la playa su menuda arena, cubierta de nacaradas conchas y de caracolillos de todos los matices.

—¡Y bien! Luciano, ¿qué piensas de éste país? preguntó de repente á su compañero la señora anciana, cuyo retrato hemos trazado.

—Pienso que es muy hermoso.

—¿No encuentras otra expresion para pintar tu admiracion?

—¿Qué importa la expresion, madre mía? ¿A qué gastar mi entusiasmo en inútiles palabras? Yo admiro interiormente y admiro mucho, os lo aseguro.

—Entónces, ¿pasarías de buena gana aquí tu mes de vacaciones?

—¿Cómo aquí? ¿Es decir que ya no vamos á Croisic?

—Nada nos obliga á ir, si el Pouliguen nos agrada. Nuestro coche dejará nuestros equipajes en una de estas casas, y se dispensará de buena gana de andar las dos leguas que nos separan todavía de Croisic.

—Sin duda. ¿Pero encontraremos donde alojarnos en esta poblacion?

—¿Quieres que yo busque?

—Haced lo que queráis, madre mia.  
 —Mi idea no parece que te agrada.  
 —Temo que no tengáis aquí distracciones.  
 —Yo no las busco jamás, bien lo sabes tú. Desde la muerte de tu padre, yo vivo para tí y tus placeres son los míos.

—Lo reconozco, mi buena madre. Pero estais expuesta á vivir en Pouliguen en una absoluta soledad.

—Te engañas. Yo encontraré aquí personas muy amables.

—¡Ah! ¿quién?

—Mr. de Rioux.

—¿El antiguo primer presidente?

—Sí, el amigo de tu padre.

—¿Está solo?

—Nó, debe haberle acompañado su sobrina.

—¡Ah, está aquí María!

—¡Cómo dices eso! ¿Te desagrada la noticia?

—De ningun modo, madre mia. Solamente que...

—Explícate.

—Pues bien, puesto que vos lo exigís, empiezo á comprender...

—¿Qué?

—Que deseais quedaros en Pouliguen.

Ella le miró y le dijo:

—Crees que tengo una segunda intencion, no es esto?

—Yo creo, madre mia, lo que vos me habeis permitido creer. Pensais que estoy en edad de casarme; creéis que María de Rioux me conviene para mujer, y...

—¿Y qué?

—Y os agradecería verme pasar mi mes de vacaciones aquí, con ella.

—Es verdad. ¿Qué objeciones tienes que hacer á mi deseo?

—¿Me permitís que hable con franqueza?

—Te lo suplico.

—Quisiera no casarme tan pronto.

—Haces mal. En tu carrera, el matrimonio es necesario, casi indispensable. Da representacion y hace adquirir gravedad. Tú eres jóven para la posicion que ocupas, y que debes sobre todo á los recuerdos dejados en la magistratura por nuestra familia. Un Aubier no podía estar mucho tiempo de sustituto en una pequeña villa; así lo han comprendido y te han destinado á Nantes. ¡ Ah ! yo sé que tienes bien ganado el ascenso. Has trabajado hasta el punto de verte obligado hoy, por consejo del médico, á tomar un mes de descanso. Pero no es ménos cierto que tú no tienes más que veinticinco años y que no representas más á pesar de los esfuerzos que has hecho para envejecer. Cásate, y no tendrás más preocupaciones sobre este particular.

—Entónces, dijo riendo Luciano, quereis que la señorita de Rioux haga las veces de cuello derecho y de corbata blanca.

—Yo quiero tu felicidad, hijo mio; estoy persuadida de que la encontrarás en ese matrimonio, y procuro por todos los medios posibles decidirte á que le aceptes.

—Si no me engaño, veo allá bajo á Mr. Rioux y su sobrina. Salidles al encuentro y buscad en su compañía la habitacion que os convenga. Yo me retiro, si me lo consentís; he venido á los baños

de mar para distraerme, y vuestras ideas de matrimonio me ponen de mal humor.

Tomó á escondidas la mano de su madre, la besó respetuosamente la punta de los dedos, y se alejó en direccion de la playa.

Muy serias prevenciones debía tener contra el matrimonio para huir de la persona que acababa de designar, y hácia la cual se dirigió apresuradamente Mad. Aubier, así que se vió sola.

Ni alta ni baja, con un talle esbelto, hombros redondos y perfectamente formados, un pié de niña, cabellos muy negros, grandes y rasgados ojos, guarnecidos de largas pestañas, una nariz fina, labios rojos, frescos colores, la señorita María de Rioux, de edad de diez y ocho años escasos, era una encantadora jóven. A su vez acababa de ver á la madre de Luciano, y abandonando á su tío, que no hubiera podido andar tan deprisa como ella, se dirigía viva y ligera al encuentro de Madame Aubier.

—Vos aquí, señora, ¡por qué casualidad! ¡Qué fortuna para nosotros! exclamó acercándose á ella y presentándola su frente para que la besase. ¿Venís á habitar en el Pouliguen?

—Yo lo desearía, querida niña, pero vacilo.

—¡Ah! ¡De veras!... ¿Y por qué razon? Esto es tan lindo.

Y volviéndose hácia un anciano de elevada estatura que las había alcanzado:

—Mi querido tío, le dijo, ayudadme, yo os lo suplico, á decidir á Mad. Aubier á que se quede con nosotros.

—No deseo yo otra cosa, dijo el antiguo magistrado. ¿Acaso no os agrada este país, señora?

—Al contrario, me agrada mucho; pero mi hijo prefiere Croisic.

—¡Oh! hace muy mal, exclamó María con rapidez, y añadió sin reflexionar, con aquella viveza que al parecer le era habitual: ¿vuestro hijo sabe que estamos aquí?

La pregunta era engorrosa; Mad. Aubier, como si no la hubiese oído, se apresuró á preguntar, si en el caso en que ella se fijase en Pouliguen, encontraría fácilmente una habitación.

—Fácilmente, tal vez no, dijo Mr. de Rioux; pero buscando con nosotros que conocemos el país...

—¡Oh, de fijo encontraremos! exclamó con viveza María.

Y en seguida se sonrojó; sin duda acababa de comprender que demostraba demasiado interes por retener á su lado á los recién llegados. Acaso temía también haber descubierto, en su ligereza, algun secreto pensamiento, alguna oculta esperanza.

—Entónces, busquemos, si quereis, replicó madama Aubier; y como el primer presidente se disponía á ofrecerla el brazo: Nó, le dijo ella, yo iré sola, no quiero privaros de vuestro querido sosten.

—El báculo de mi vejez, dijo el anciano sonriendo á su sobrina. ¡Ah! reconozco que es para mí de gran valor, y os doy las gracias, señora, por habermele dejado.

Los tres abandonaron el muelle y se internaron en la poblacion, deteniéndose á cada paso para leer los anuncios de las casas desalquiladas y consultarse.

Durante este tiempo, Luciano se paseaba en la

playa, contemplando la naturaleza y admirando con toda su alma. Al verle así preocupado únicamente del espectáculo que se desarrollaba ante su vista, podía deducirse fácilmente que las observaciones de su madre no le habían causado gran impresión.

En efecto, la especie de invitación que madame Aubier le había dirigido era solamente inoportuna: en principio él no rechazaba el matrimonio, y la idea de casarse con la señorita María de Rioux, cuya belleza y gracia era el primero en apreciar, le había sonreído más de una vez. Pero no había sido para casarse por lo que Luciano había pedido al canciller un mes de licencia, se había despedido la víspera del tribunal de Nantes y se encontraba hacía una hora en los baños de mar. Había venido allí á buscar un poco de reposo, de recogimiento, de libertad de espíritu y al propio tiempo alguna distracción. El matrimonio podía ofrecerle garantías de felicidad, pero en aquel momento, sin saberlo quizá, sólo aspiraba al placer. Ya hacía mucho tiempo que se decía: ¡Cuándo tendré un mes de licencia, un mes de reposo! Le tenía y quería aprovecharse de él de una manera completa. Aquel hombre de veinticinco años, envejecido ántes de tiempo por un trabajo constante en el ejercicio de cargos difíciles y penosos, y en una posición en evidencia, había sentido de pronto la imperiosa necesidad de volver á ser jóven, de respirar en plena libertad, de gozar un instante de la vida. Si la idea de fijarse en Pouliguen no le había seducido, es porque temía que allí no podría ocultarse á su gusto, permanecer ignorado de todos, dejar á un lado la fría gravedad á que se creía

obligado, y arrojando léjos de sí la toga y el birrete del magistrado, ponerse el sayo y el sombrero redondo del bañista. En el colegio le habían obligado á ser fuerte en griego, en latin, en el tema y en la traduccion, á obtener todos los premios en concurso general; habían fatigado su jóven inteligencia y le habían elevado al rango de discípulo-prodigio. Del colegio y sin transicion había entrado en casa de un abogado, y cuatro años le bastaron para ser recibido doctor en derecho. Entónces, gracias á la influencia de su padre, procurador general en Paris, y que murió al año siguiente en el ejercicio de su elevado cargo, fué nombrado sustituto en provincia. Desde su primer año de colegio no había tenido tiempo de detenerse en su carrera, de respirar, de vivir. El gritaba: «Tengo sed de reposo,» y le respondían: «Aquí tienes premios, coronas, diplomas, honores.» Se decía: «Yo tengo un corazon como los demas hombres, ¿por qué no funciona? ¿por qué no late? ¿por qué no ama?» — «Amar, eso ocupa demasiado tiempo. ¡Amar! tú no tienes el derecho de hacerlo; tus ocupaciones, tus trabajos se oponen á ello. Deja á un lado tu corazon; la que debe funcionar es tu cabeza; tus demas órganos son inútiles en tu carrera, hasta son perjudiciales.» En efecto, la cabeza había concluido por dominar al corazon; éste sólo latía acompasadamente sin que Luciano le sintiera latir. No era en él el órgano de la sensibilidad moral, el asiento de las pasiones; era una simple víscera colocada en el pecho.

Pero ántes de ser vencido, destrozado, aniquilado, el órgano de que hablamos, había luchado, había resistido, se había sublevado contra sus

opresores? N6. Su dueño no le habia dado tiempo para ello, apenas le habia permitido, con raros intervalos, en cortos momentos de ocio, vagas aspiraciones hacia otro estado. Y sin embargo, en aquel 6rgano vencido y aniquilado, habia tanta juventud inconsciente, tanto vigor y tantas fuerzas latentes, que bastaba quizas un accidente, una chispa, un rayo de sol 6 un rayo de amor, como dice el poeta, para que rompiese sus cadenas, hiciera pedazos los hielos polares que le rodeaban, y dirigiese su vuelo hacia regiones mäs cälidas.

Al rededor de Luciano, todo parecia, en aquel momento, querer contribuir ä esta transformacion. La misma naturaleza habia puesto cuanto estaba de su parte para recibirle en Pouliguen: el tiempo, un poco frio desde el principio del verano, habia cambiado de pronto la noche anterior, bajo la influencia de la nueva luna, y nunca habia estado el cielo mäs hermoso, el sol mäs brillante, jamäs aquel lindo rincon de la Bretaña, cantado por Balzac en *Beatriz*, se habia presentado bajo un aspecto mäs seductor. La mar hacia una hora que estaba subiendo, y la bahia, descubierta en parte durante la baja mar, se hallaba completamente inundada. Grandes olas formadas mar afuera y obedeciendo mäs bien ä la fuerza de la marea que ä la violencia del viento, avanzaban lentamente en la bahia; despues de romperse contra las primeras rocas y de descansar en seguida sobre los bancos de arena, emprendian de nuevo su majestuosa marcha, y venian con estrépito ä invadir la playa cubriéndola con su blanquecina espuma. Al retirarse, dejaban detras de si un rastro de ova y yerbas marinas, que impregnaban el aire de acres olores. Cente-

nares de aves acuáticas, retenidas hasta entónces por el frio en el Mediodía, hacían sobre la costa de Bretaña su primera aparicion, y saludaban con sus gritos aquella tierra querida; la flotilla señalada en alta mar una hora ántes, entraba en el puerto, y los pescadores que la tripulaban, despues de cargar las velas, remaban entonando una antigua cancion bretona. Aquellos cantos, aquellos gritos, aquellos perfumes, aquel espectáculo, aquella gran voz que se eleva de la mar, unas veces lastimera y otras sonora y brillante, aquel sol, aquel calor, aquel aire vivificante y puro dilataban en cierto modo el ánimo de Luciano, enardecían su sangre y le comunicaban ardores desconocidos.

Ya parecía olvidar su reserva habitual: se advertía en sus maneras más naturalidad y más abandono; había en él ménos elegancia. No había tenido inconveniente en desabotonarse el chaleco que estaba un poco apretado; en el cuello de su camisa se veían algunas arrugas sin duda premeditadas; su corbata se había aflojado, los vuelos de su redingote, echados hácia atras, le ponían en contacto más directo con la brisa del mar. En fin, para preservarse de los rayos del sol, se había colocado un pañuelo entre su cabeza y su sombrero de fieltro negro.

Sus modales estaban en relacion con la irregularidad de su traje: iba y venía sobre la playa, respirando el aire, recogiendo conchas, colocándose sobre la arena húmeda cuando la ola al retirarse la dejaba al descubierto, y huyendo á todo correr delante de la ola que volvía un instante despues. En fin, un poco fatigado por aquel ejercicio gimnástico, por su viaje y por aquel am-

biente al que no estaba acostumbrado, aprovechándose de un hoyo que los muchachos habían hecho sobre la playa, se tendió cuan largo era sobre la arena con las piernas colgando dentro del agujero.

Hacía un cuarto de hora que se hallaba en aquella caprichosa posición, cuando se le acercó un hombre de unos cuarenta años, vestido de dril blanco, con un magnífico jipijapa sobre la cabeza y llevando en la mano una de esas sombrillas forradas de seda verde con puño de Mambú.

—No me equivoco, exclamó el recién llegado colocándose enfrente de Luciano, es nuestro querido sustituto.

—En efecto, dijo Luciano, un poco turbado y tratando de levantarse.

—No os movais; estais perfectamente ahí dentro. Mirad, yo me siento enfrente de vos. Mis hijos son los que han hecho este agujero, y podemos aprovecharnos de él.

—Como está Mad. Desvignes? preguntó Luciano.

—Perfectamente. Ha ido de paseo á Bourg de Batz. Yo prefiero no fatigarme. En los baños de mar yo me limito á hablar, á mirar y á respirar. Venís á Pouliguen por mucho tiempo?

—No lo sé. Mi madre está buscando una habitación; la encontrará?

—Lo dudo, este año hay aquí mucha gente.

—Entonces irémos á Croisic.

—Lo sentiré; aquí os hubiérais distraído. En mi calidad de armador he hecho venir una embarcación que hubiera puesto á vuestro servicio. Que-  
dáos con nosotros.

—Si no se encuentra habitación...

— Báhl!... buscando bien... Os bañais?

— Hace un instante que tuve deseos de hacerlo. Pero nadie me ha dado el ejemplo.

— Esperad. Antes de una hora, veréis llegar á la playa una multitud de mujeres encantadoras, morenas y rubias, gruesas y delgadas, en trajes de todos los colores. Los días de gran marea, sobre todo cuando la mar está agitada, nadie se atreve á bañarse; se espera á que las olas al alejarse hayan perdido su fuerza. No hay más que una persona en Pouliguen, capaz de bañarse en este momento.

— Quién?

— Una mujer, ó mejor dicho, una jóven.

— Una Nantesa?

— Nó, una Parisiense; vive en Nantes con su padre hace algunos meses nada más, y no debeis conocerla.

— Cómo se llama?

— Su nombre es Diana; su apellido Berard, y su sobrenombre...

— Ah! es una jóven y tiene un sobrenombre!

— No es culpa suya; soy yo quien se le ha dado.

—Cuál es?

— La Mujer de fuego!

— Ah! báhl! Cómo lo entendeis?

— En muy buen sentido, creedlo, señor sustituto. A pesar de la reputacion de ligero que me han dado los Nanteses, envidiosos de verme pasar en París la mayor parte del tiempo divirtiéndome sin contar con ellos, soy incapaz de perjudicar la fama de una jóven, un poco excéntrica tal vez, pero perfectamente honrada.

— Pero en fin, qué quiere decir ese sobrenombre?

—Habeis oido hablar alguna vez de la fosforescencia de la mar?

—Sí por cierto, y hasta he leído, en mis escasos ratos de ocio, algunos libros en que se trata de esa singularidad de la naturaleza: Quatrefages, por ejemplo, Becquerel, y Verne en su novela *Veinte mil leguas bajo los mares*.

—Diablo! Estais más adelantado que yo. Yo quería deslumbraros, y vos me confundís con vuestra ciencia; bien me habían dicho que erais un hombre estudioso, un sábio. Yo he visto el efecto, he admirado, pero no conozco la causa; si la conoceis, explicadme la.

—Largo tiempo se ha atribuido esa fosforescencia á una especie de electricidad luminosa que se desprendía del Océano; hoy la ciencia le concede otro origen. Segun la nueva teoría, millares de animalillos microscópicos, pequeños infusorios, especie de glóbulos fosforescentes, se escapan del fondo del mar, bajo la influencia de ciertas condiciones atmosféricas, suben á su superficie y la iluminan de repente con mil resplandores de un efecto mágico. Bajo los Trópicos es donde sobre todo se puede admirar ese magnífico espectáculo.

—Tambien se goza de él en Pouliguen, os respondo de ello.

—Ah! de veras! La mar es aquí fosforescente?

—Con mucha frecuencia, en los meses de Julio y Agosto.

—A las mil maravillas! Yo gozaré del espectáculo. Pero me parece que nos hemos alejado demasiado de nuestro punto de partida. Hablábamos, si no me engaño, del sobrenombre dado á la señorita Diana Berard.

—Estamos, por el contrario, dentro de la cuestion y voy á probároslo. Queréis que paseemos? Con mi traje de hilo, empiezo á sentir fresco sobre la arena.

—Paseemòs, dijo Luciano levantándose.

Empezaron á pasear sobre la playa. En la compañía de Desvignes, Luciano Aubier se hallaba á gusto y se encontraba más jóven. Mr. Desvignes no era para él ni un superior ni un inferior; era un buen compañero, un igual. Su gran fortuna, su honradez comercial bien conocida en la plaza de Nantes, su calidad de padre, hacían olvidar su reputacion de aficionado á los placeres. En la ciudad, una gran intimidad con Desvignes hubiera podido comprometer á Luciano; en la mar, en vacaciones, todo escrúpulo sobre este particular hubiera sido exagerado. El magistrado, viejo antes de tiempo, podía rejuvenecerse, sin ningun peligro, al contacto del armador siempre jóven á pesar de sus cuarenta años cumplidos.

—Y bien! y el famoso sobrenombre, no hablamos ya de él? preguntó Luciano.

—Dentro de un instante. Fumais?

—Nó... no tengo costumbre.

—Tomad, aquí teneis cigarrillos rusos que hé traído de París. Son muy suaves y no os harán daño. Probadlos.

—Sea! dijo Luciano despues de un momento de vacilacion y como si tomase un gran partido.

Siempre andando, habían llegado á la extremidad de la playa, por el lado de Painchâteau.

—Vamos á ir más lejos? preguntó el jóven sustituto; me parece que la mar nos impedirá pasar.

—Nó... Deslizaos á lo largo de esa pared, y

cuando la hayamos dejado atrás, nos encontraremos en una pequeña playa á la que no llegará la marea.

— Ya estamos en ella.

— Sin duda os preguntais porqué os he traído aquí?

— Es verdad; lo confieso.

— Es muy sencillo; tengo que contaros una historia; en lugar de describiros el sitio en que ha pasado, os conduzco á él. De esta manera, no podréis quejaros de mis descripciones y no me acusaréis de inexactitud. Os habeis fijado bien en todo lo que os rodea?

— Perfectamente.

— Enfrente de nosotros la mar; á la izquierda el muro que acabamos de pasar; á la derecha, esas rocas que avanzan y no nos permiten, por el momento, ir más lejos, y finalmente, la pequeña playa de siete á ocho metros cuadrados sobre la cual nos encontramos.

— He visto todo eso.

— Pues bien! yo estaba en el mismo sitio, hace algunos días, á las diez de la noche, con Closel. Conoceis á Closel?

— Ese jóven que nuestro nuevo prefecto ha traído en su compañía de París en calidad de secretario? Sí, le he encontrado en algunas reuniones oficiales.

— Despues de habernos paseado en la playa, llegamos hablando hasta aquí. La mar estaba aquella noche silenciosa y en calma; ni un soplo de aire, ni una estrella en el horizonte, una oscuridad completa; sobre nuestras cabezas grandes y sombrías nubes, delante de nosotros una ancha sábana de

agua negruzca, que subía y bajaba acompasadamente, produciendo un ruido monótono y triste. Hacía un calor sofocante y no pensábamos en acostarnos, tal era el temor que nos inspiraba aquella noche tempestuosa. Después de haber encendido un cigarro, fuimos á tendernos allí, sobre la arena, en aquella fragosidad de la roca, y continuamos hablando de mil cosas, cuando de repente me dijo Closel : «Calla! alguno debe bañarse cerca de aquí! — A semejante hora! En dónde?— Yo no veo, pero estos vestidos pertenecen indudablemente á un bañista; y al mismo tiempo me presentaba diferentes efectos que sus manos acababan de encontrar en el momento en que buscaba un sitio para sentarse. — Estos son vestidos de mujer, dije yo; hé aquí á no dudar, á pesar de la oscuridad, unas enaguas y un vestido; han tenido el honor de cubrir á alguna aldeana de Painchâteau que se baña ántes de acostarse. — Nó, nó, dijo Closel, que continuaba palpando los vestidos; este no es un vestido de aldeana; es muy fácil de conocerlo por el tacto, y este chal forrado de seda, y esta camisa de fina batista..... Diablo! diablo! somos indiscretos, más que indiscretos, y vuelvo á poner estos vestidos en su sitio, con tanta más razon cuanto que se desprende de ellos un perfume que se sube á la cabeza en este tiempo tempestuoso. Pero yo conozco este perfume, no es la primera vez que mi olfato le percibe; pertenece á..... Por mi fe, sí, no me engaño..... apostaríá cien luises contra uno á que estos vestidos son de la propiedad de la señorita Diana Berard.—Cómo!..... suponeis!.....— Yo supongo una cosa muy sencilla. Ella vive cerca de aquí; es una original, vos la conoceis, y se habrá dicho :

«Hace un calor sofocante, ¿por qué no me he de bañar? con eso dormiré mejor.» Ha bajado aquí, sin ruido: el sitio es solitario. á semejante hora nadie pone aquí los piés, nosotros nos encontramos aquí por casualidad; se ha desnudado en la especie de cueva formada por esta roca, sin temor de ser vista, porque nosotros mismos no nos vemos, y como gran nadadora que es, se está bañando mar afuera. —Si eso es así, dije yo á Closel, es preciso que nos retiremos; á la señorita Diana Berard no le hará mucha gracia encontrarnos sentados en compañía de sus vestidos, y nuestra presencia en su gabinete de tocador puede incomodarla cuando se vista. —Es justo, marchemos! Y, sin embargo, añadió dando un suspiro, hubiera sido tan agradable el permanecer aquí! Qué perjudicial es algunas veces el tener educacion! Otro cualquiera se ocultaría aquí, en este repliegue del terreno; la señorita Diana no advertiría su presencia y no tendría por qué avergonzarse. Y vaya si es bñnita Diana, continuó mi amigo entusiasmándose, muy bonita, de una belleza extraordinaria, cabellos magníficos tirando á rojos, y formada...—Yo me creí en el deber de moderar su exaltacion y dulcificar su sentimiento diciéndole: «Os suplico que advirtais, amigo mio, que aquí no se ve á dos pasos, y que vuestra curiosidad sería inútil.—Vaya pues!..... dijo cada vez más animado sin duda por la tempestad que ya se oía á lo lejos, ver es algo, convengo en ello; pero no teneis en cuenta para nada el placer de hallarse uno, en una noche como esta, en este tiempo y en la posicion en que va á encontrarse, á algunos pasos de una mujer jóven y hermosa? No se la ve, es verdad, pero se la adivina, se

la siente, se escudriñan todos sus movimientos, y con ayuda de la imaginación, esta misma oscuridad viene á dar más encanto á la situación. En fin, marchemos! nosotros tenemos principios; ¿qué quereis?»

Se dirigió con rapidez hácia este lado, y yo iba á seguirle, cuando de pronto me detuve absorto y lleno de admiración. Mientras que habíamos estado hablando inclinados sobre los vestidos de la bañista nocturna, y vueltos hácia el lado de la tierra, la mar se había vuelto fosforescente. Una inmensa sábana luminosa se ensanchaba, se encogía y se alargaba acompasadamente, sobre toda la superficie de la bahía; millares de cuerpos candentes, inmensas masas metálicas, corrientes de plomo fundido en un horno de fuego, millones de chispas parecían rodar á nuestro alrededor. Era una iluminación mágica, vigorosa y llena de movimiento, que hasta cierto punto parecía que se la sentía vivir. Hubiérase dicho que el Océano trataba de devolver al cielo los torrentes de luz que aquél le había enviado durante el día.

Al mismo tiempo, se oía á lo léjos el trueno, los relámpagos que se sucedían con más frecuencia iluminaban el horizonte, soplabá el viento y las olas que empezaban á estrellarse contra las rocas, las rodeaban por instantes de un ribete luminoso y de un círculo de fuego.

Closel se había unido á mí, y fascinados, conmovidos hasta más no poder, de pie, inmóviles, estrechándonos la mano, admirábamos en silencio aquella fiesta que de improviso nos daba la naturaleza.—Si nos subiéramos sobre esa roca, dije yo al cabo de un instante á mi compañero, nuestra vista

abarcaría más, y el espectáculo sería mucho más bello.

Closel aprobó mi idea, y pronto estuvimos instalados sobre aquella especie de pequeña plataforma que veis allá arriba. Desde nuestro observatorio pudimos reconocer que la fosforescencia de la mar no estaba limitada á la bahía de Pouliguen; se extendía hasta el Océano; la entrada del Loira parecía iluminada, y en la dirección de las islas Even se veía á las olas elevarse, rodar, hervir y arrojar fuego al contacto de los menores escollos.

De pronto fuí arrancado de mi admiración por la voz de Closel, que decía: «Héla allí! héla allí!—Quién? pregunté yo.—Ella, la bañista.» Y al mismo tiempo me señalaba, á algunos metros de nosotros, un punto que hacía sombra sobre la sábana luminosa. Yo iba á hablar y me contuvo.—«Silencio, dijo, nosotros ahora ya no podemos hair y ella no debe sospechar nuestra presencia aquí. Agachémonos para que ella no nos distinga, ó sino nó, es inútil; si ella está iluminada, nosotros no lo estamos y no puede vernos.»

Era en efecto la señorita Diana Berard, que volvía de alta mar y se dirigía hacia la costa donde había dejado sus vestidos. Nadaba dulcemente, sin apresurarse, admirando como nosotros el cuadro que se desarrollaba ante su vista y persuadida de que ella era la única en admirarlo. En el momento en que iba á tocar la playa, sin duda experimentó un pesar al abandonar aquella mar espléndida, al salir de aquel baño maravilloso; de pronto se zambulló y la vimos reaparecer debajo de la roca sobre la cual nos habíamos refugiado. La roca, vos mismo podeis juzgarlo, avanza algunos piés den-

tro del mar, y la profundidad del agua que la rodea parece llamar á los bañistas. Diana Berard, que conoce todos los rincones de la costa, habia sin duda escogido aquel sitio para entregarse más agradablemente á sus juegos de natacion y dar desde allí el último adios al mar.

Desde el paraje en que estábamos colocados dominábamos á la linda bañista. Ah! mi querido magistrado, aquí es necesario que ostapeis los oídos, en el caso de que seais demasiado recatado. En cuanto á nosotros, á pesar de la reserva de que habíamos dado pruebas al querer huir de estas playas, á pesar de nuestro tacto y nuestra delicadeza, no pensamos en cerrar los ojos, tan seductor, tan original, tan imprevisto era el espectáculo que se presentaba á nuestra vista. Sí, imprevisto, porque no habíamos sospechado una cosa muy sencilla, á saber, que el baño de Diana no podía haber sido premeditado. Nadie sale de su casa á las diez de la noche para ir á bañarse en el mar; pero en el rigor del verano, si la noche es calurosa, si falta el aire en el interior de las casas, si se teme al insomnio, abandona uno su habitacion con la esperanza de respirar en la playa; se pasea uno un instante, se advierte que el calor es cada vez más sofocante, y se dice uno: «Qué agradable sería bañarse en este momento!» Se vacila, se resiste á este deseo, y el deseo aumenta. Pero está uno en traje de casa, no tiene uno su traje de baño bajo el brazo..... es muy incómodo un traje para nadar, y por quién se le pondría uno? Por el mundo, por los espectadores, por los curiosos; no hay nadie en la playa, todo el Pouliguen duermé en un profundo sueño, y además, la oscuridad es tan completa que nadie

podría vernos. En lugar de estar envuelto en un peinador, está uno envuelto en tinieblas, ¿no es esto mucho mejor? Despues se zambullirá uno en el agua con el solo objeto de refrescarse, quizá no piensa uno más que en mojarse las piernas. Entónces se busca un lugar solitario, oscuro, la fragosidad de una roca; empieza uno por quitarse el calzado y las medias para preservarlas de la espuma de las olas; entra uno en el agua; la mar llega al tobillo, despues á las rodillas. Qué caliente está, qué placer se sentiría al mojarse todo el cuerpo y qué bien se dormiría despues! Qué gozo tan grande el dirigirse nadando mar afuera! Para una imaginacion ardiente, qué deleite el perderse en aquella soledad, en aquella oscuridad inmensa! Sí, pero aquel último velo que uno ha conservado sobre sí, no por temor de ser visto, esto es imposible, pero por respeto de si mismo, por pudor íntimo. Vámos! la tentacion es demasiado fuerte, se vuelve uno á la playa, arroja la fina batista al lado del vestido, y corre uno á ocultarse en la onda oscura. Pero, oh milagro! la oscuridad desaparece, la mar se ilumina, y sin que uno lo sospeche, hasta sin pensarlo, se encuentra uno de repente iluminado con ella.

Nosotros la contemplábamos, y no perdíamos ni uno de sus graciosos movimientos; ni el más pequeño detalle de su espléndida belleza. No os apresureis á condenarnos; nuestra curiosidad, os lo juro, no tenía nada de malsano, nuestras miradas, nada de carnal: nosotros admirábamos como artistas, como se admira en un museo algun magnífico estudio. El cuadro que teníamos ante nuestros ojos era de un dibujo demasiado correcto, de-

masiado noble, demasiado puro; el marco que le rodeaba demasiado maravilloso, para permitir que nuestro espíritu se extraviara y que divagara nuestra imaginación; sólo nuestra alma se extasiaba, y en vez de admirar á la criatura, admiraba al Creador y se elevaba hacia Él.

Ella nadaba tranquila, sonriente, graciosa, voluptuosa y casta. No era una mujer, era Anfitrite, la diosa de la mar, hija de Neréo y de Doris. El Océano parecía su dominio, tan á su gusto se encontraba allí; ella no obedecía á las olas, las olas la obedecían á ella y la mecían á medida de sus deseos. Había momentos en que se volvía de espaldas; se extendía cuan larga era sobre el agua, cruzaba sus manos bajo la cabeza y se dejaba balancear por las olas. Otras veces se entretenía en azotar el mar, y entónces la fosforescencia aumentaba á su alrededor, el brillo de las olas era mayor con el rozamiento y cada uno de sus golpes producía destellos de luz, aquí débiles, más allá resplandecientes. Alguna vez por el contrario, quedaba envuelta en la oscuridad, y era su cuerpo el que parecía iluminarse; chispas eléctricas, llamas rojizas semejantes á relámpagos, se desprendían de sus cabellos, de su semblante, de sus hombros, de sus caderas y esparcían sobre ella un mágico brillo. Entónces fué cuando Closesel y yo, sin consultarnos, por una especie de acuerdo tácito, la dimos el sobrenombre de *la mujer de fuego*.

Al cabo de un cuarto de hora, la señorita Diana, fatigada sin duda por su prolongado baño, se dirigió á la playa. Apenas habia salido de las olas, entró en la oscuridad más completa. En vano la hubiéramos buscado con la vista; estaba tan in-

visible para nosotros como nosotros para ella. Permanecemos sobre la roca todo el tiempo que ella tardó en vestirse, inmóviles y silenciosos, contemplando siempre con admiración el cuadro de la mar fosforescente, pero confesándonos que ya no tenía para nosotros el mismo atractivo. El roce de un vestido contra las rocas, un ruido imperceptible de ligeros pasos sobre la arena, una voz que se alejaba entonando una canción, nos hicieron comprender que la diosa Anfítrite, convertida de nuevo en mujer, se dirigía á su terrestre morada. Jamás sabrá que humanos mortales han contemplado sus encantos. Closesel y yo hemos jurado no revelar los misterios del baño maravilloso á que habíamos asistido. Nos debemos esta discreción á nosotros mismos, se la debemos á Diana Berard. Si yo me he salido de mi reserva con vos, es porque sois un hombre serio, un magistrado, á quien se le puede confiar todo y que todo lo sabe olvidar. Por lo demás, me haréis esta justicia, yo os he hecho admirar el cuadro en su conjunto, sin dejaros ver de él ni los detalles, ni las líneas, ni los contornos. Sabeis por mí que Diana Berard es maravillosamente bella, nada más, y todos los habitantes de Pouliguen pueden decir otro tanto: su traje de baño la vende lo bastante, como lo veréis vos mismo, porque la mar empieza á bajar, la ola pierde su fuerza y todas nuestras bañistas van á correr á la playa. Venís?

—Con mucho gusto, dijo Luciano tomando el brazo de Desvignes.

—En cuanto al lado mágico del espectáculo al que Closesel y yo hemos asistido, continuó el armador; á esa soberbia iluminación que nos ha des-

lumbrado durante más de una hora, son cosas de las que es inútil hablar. Se cree en ellas tan solo despues de haberlas visto, y á los que las cuentan, se les acusa siempre de exageracion ó de entusiasmo ridículo. Por eso habeis podido notar con qué cuidado os sondeaba; ántes de lanzarme en mi narracion, sabía que la ciencia os había iniciado en los misterios de la fosforescencia marina, y que estabais preparado á escucharme y á creerme.

Hacía más de una hora que Desvignes hablaba sin haber sido interrumpido ni una sola vez, tanto había impresionado su relato al jóven magistrado. Aquel cuadro pintoresco y lleno de vida, aquellas imágenes en que el realismo se confundía con la poesía, en donde todo el lado material y sensual estaba hábilmente disimulado bajo los colores más tiernos y suaves, en donde se adivinaba más que se veía, había obrado profundamente sobre la imaginacion de Luciano pronta á despertarse, y debía ayudar á la obra de transformacion que se producía en él.

Habían vuelto á la gran playa, aquella en que se habían encontrado, y la habían hallado todavía más animada que una hora ántes, pero de una animacion enteramente mundana. La colonia de Pouliguen había bajado á la orilla del mar, y aquello era una mezcla curiosa de trajes de toda especie, un ruido confuso de gritos, de risas y de voces. Diversos grupos de mujeres, la mayor parte jóvenes y bonitas, con un libro ó una labor en la mano, sentadas sobre la arena ó sobre una silla de tijera, se habían colocado en los primeros puestos para presenciar las habilidades de los bañistas. Algunos hombres, todavía en traje de ma-

ñana ó ya en traje de baño, circulaban en medio de ellas. Un enjambre de muchachos corría, gritaba, se perseguía; otros, silenciosos y graves, levantaban sobre la arena formidables fortalezas que bien pronto debían ser barridas por un simple soplo del viento ó por una caricia de las olas. Más lejos, una gran caldera llena de agua del mar se calentaba al fuego y preparaba á los bañistas su baño de pies tradicional. Una mujer, viva, vigilante, lista, á pesar de sus sesenta años cumplidos, la tía Pinaud, se encorvaba bajo el peso de los trajes que colocaba en las casillas, y reñía á su yerno, á su hija y á sus nietos, cuyo celo no correspondía al suyo. Aldeanos armados de grandes rastrillos recogían la ova abandonada por las olas; muchachos del país, montados en borricos, galopaban sobre la arena, gritando: Diez sueldos por hora! y un ciego, recostado en el muelle, con su gran sombrero breton de anchas alas colocado delante de él, tocaba en su clavicordio un antiguo aire nacional. A lo lejos, ni una barca, todas habían entrado en el puerto, solamente la mar que se alejaba, sin estrépito y sin ruido, más bien de un modo lastimero, como si exhalase un suspiro de pesar.

De pronto, en los grupos entre los que se habían confundido Desvignes y Luciano Aubier, se produjo un movimiento. «Allí viene!» dijo una voz. Las conversaciones se interrumpieron y las personas que paseaban se detuvieron.

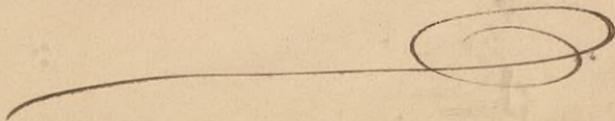
—De quién se habla?... preguntó Aubier á su compañero.

—De ella! respondió Desvignes, de Diana Bernard, y acercándose al oído de Luciano, añadió: la mujer de fuego.

— Ah! su vista produce tan grande impresion?

— Sí, sobre los hombres que admiran su belleza y sobre las mujeres que la envidian. Añadid á esto un vivo sentimiento de curiosidad por la nadadora más elegante y más intrépida que se ha visto. Por lo demás, vais á juzgar de ello: aquí está.

En efecto, ella se adelantaba tranquilamente, sin apresurarse, como para dar á Luciano, que aún no la conocia, el placer de admirarla. Estaba vestida con un traje de baño de franela blanca, que dejaba al descubierto un cuello gracioso y robusto, proporcionado á su estatura más que regular, y unos brazos vigorosamente modelados. Sandalias de gruesa tela, adornadas de cinta azul cubrían sus pequeños y delgados pies. Un peinador de lana blanca como el traje, echado con descuido sobre los hombros, permitía adivinar un pecho de un dibujo maravilloso, un cuerpo elegante y unas caderas de un contorno delicioso. Y sobre este cuerpo, al que su robustez no hacía perder nada de su aristocrática elegancia, una encantadora cabeza de jóven de cerca de veintidos años, una cabeza llena de contrastes como el cuerpo, irregularmente clásica ó clásicamente irregular, si así puede decirse. Cabellos de un matiz desconocido, rubios colorados, ó rubios leonados: *flava* ó *fulva comes*, hubieran dicho los latinos, cabellos, ni castaños, ni rubios, ni rojos, y participando de todos estos matices, espesos, de una longitud desmesurada, pues parecía que le costaba gran trabajo arreglarlos sobre su cabeza, y, á pesar del calor del sol, ella tenía tanta confianza en su espesor, que no llevaba ni cofia ni sombrero. Aquella abundante cabellera, original en lo po-



sible, y cuyos subidos matices debían causar la admiración de los pintores, servía de adorno á una frente ancha, elevada, altanera, audaz; cejas delineadas con limpieza; ojos de color indefinido, como los cabellos, guarnecidos de largas pestañas destinadas á comunicar la dulzura á una mirada demasiado profunda y demasiado fija; una nariz griega, delgada, fina, de un dibujo muy correcto, con ventanas siempre temblorosas; labios frescos, en que la sangre abundaba, y que descubrían unos dientes blancos y pequeños; una barba un poco gruesa, indicando la resolución y la tenacidad del carácter; finalmente, esparcida sobre aquel semblante, una ardiente coloración, que daba á todas las facciones una vida, una animación, un movimiento maravillosos.

Cuando ella pasó por delante de él, Luciano sintió una especie de turbación, é inclinó la cabeza. El magistrado, que hasta aquel día no había rendido serios homenajes más que á la justicia, se había hecho hombre y se inclinaba, no delante de una mujer, lo que hubiera sido natural, sino delante de la mujer, ó mejor dicho, delante de su belleza. Diana Berard comprendió la importancia de aquel movimiento involuntario y espontáneo, ó bien reparó únicamente en aquel hermoso joven, alto, bien formado, de color pálido y facciones distinguidas y expresivas, que se encontraba por la primera vez en su camino, ó acaso le reconoció por haberle visto en alguna ceremonia oficial, cubierto con su birrete guarnecido de plata y vestido con su gran toga adornada de armiño; no sabremos decirlo con exactitud, pero muchas personas la vieron responder con una profunda mi-

rada á la inclinacion de cabeza del sustituto.

Al llegar á la orilla del mar, Diana Berard se desprendió con rapidez de su peinador, se le entregó á una doncella que acababa de acercarse, y sin vacilacion, sin dar ni siquiera un grito de esos que la frialdad del agua arranca á los bañistas, marchó resueltamente á su encuentro. Durante un momento caminó á pie firme, despues de pronto, al aproximarse una ola un poco fuerte, se zambulló y volvió á aparecer nadando á algunos metros más lejos.

— Hasta dónde irá hoy?... preguntó uno.

— Mucho me temo que cometa una imprudencia, respondió una voz cerca de Luciano.

Esta voz llamó la atencion de Aubier; le pareció que había en ella algo de ternura y de emocion. Se volvió y vió á un hombre como de cincuenta años, alto, delgado, huesoso, encorvado. Tenía las mejillas descarnadas, los pómulos violáceos y salientes, la mirada apagada, los ojos hundidos, el pelo de la barba escaso y canoso. Una enfermedad orgánica debía haber envejecido ántes de tiempo á aquel hombre cuyas facciones eran sin embargo hermosas, y cuyas maneras conservaban un gran sello de distincion.

— Quién es este caballero?... preguntó Luciano á Desvignes.

— Mr. de Séry; pertenece á una antigua familia bretona, que se distinguió en otro tiempo en las guerras de la Vendée. Su padre ó su abuelo, no estoy seguro, fué muerto al lado de La Rochejaquelein, en el combate de Chollet. El Séry actual vive como un aldeano en una hermosa posesion, la Sauvinière, situada á orillas del Loira, á dos le-

guas de Paimbœuf. Es muy rico, pero yo creo que daría toda su fortuna por un poco de salud.

— En efecto, parece que está muy enfermo.

— Padece del pecho, esa es su enfermedad. Nadie puede dudarle, él es el único que no se ha fijado en ello. Pero, aunque él piense otra cosa, el nombre de Séry está próximo á extinguirse.

— No tiene hijos?

— Nó, su mujer murió de parto, y la ha llorado durante veinte años, porque Séry es un excelente hombre, todo corazon y muy apasionado, á pesar ó más bien á causa de su enfermedad, que predispone, segun dicen, á la pasion.

— Decidme, no es pariente de la señorita Diana Berard?

— No por cierto; por qué me preguntais eso?

— Esa jóven parece que le interesa. He sorprendido algunas palabras...

— Le interesa mucho, pero no como pariente.

— Qué quereis decir con eso?

— Quiero decir que está enamorado de ella.

— De veras! Ya no llora á su difunta esposa?

— Todo tiene un término. Veinte años de lágrimas, me parece que ya bastan. Cuántos viudos no habrán hecho otro tanto!

— Cómo sabeis que está enamorado de Diana?

— Eso se vé fácilmente; vos mismo habeis conocido que le interesaba. Además, yo he sabido por mi notario que la ha pedido en matrimonio.

— Oh! Dios mio! á su edad, y tan enfermo, una jóven tan bonita!

— Pero ella ha rehusado.

— No lo dudo.

— Su negativa no carecía de mérito. Diana Be-

rard es pobre, esa boda la enriquecía, y además hacía la felicidad de su padre.

—Cómo! su padre hubiera consentido...

—Hubiera hecho más que consentir, lo hubiera deseado.

—Es un padre incomprensible.

—Poco más ó menos, es un inventor.

—Un inventor! Qué quereis decir?

—Habeis leído las obras de un novelista estimado, Hector Malot?

—He leído *El Cuñado*.

—Yo quería hablar de *Un Buen negocio*. Allí habréis visto la historia de un personaje que se parece á Mr. Berard, como una gota de agua á otra. El inventa é inventa siempre, no importa el qué, eso le es igual; él se arruina, arruina á su mujer y á sus hijos, é inventa sin cesar. Ha nacido inventando y se morirá inventando. El padre de Diana tenía una buena fortuna, y la ha disipado haciendo ensayos en gran escala sobre un nuevo sistema de alumbrado que jamás llegó á adoptarse. Mad. Berard se murió de pena; su marido la enterró, hasta la lloró, no veinte años como el otro, pero en fin la ha llorado, y, para consolarse, ha vuelto á ponerse á inventar. Se trataba esta vez de dorado. Se introducía un pedazo de metal, una llave, no importa el qué, en un baño preparado al efecto, y el objeto debía salir del baño más brillante que una pieza de oro. El mismo resultado: los fabricantes rechazaron el procedimiento, ó le adoptaron diciendo que Mr. Berard no tenía nada que ver con él; por lo general, esa es la suerte de los inventores, pobres gentes de génio destinadas á enriquecer á los imbéciles, á los tontos y á los

bribones. Mientras que su padre se ocupaba de dorado, Diana se educaba en un gran colegio de París. Mr. Berard, cuando sus trabajos se lo permitían, iba á verla y la hacía concebir esperanzas de un rico porvenir, siempre agradables para una jóven. Como todos los inventores, estaba persuadido de que sería millonario al dia siguiente, y ya hacía un noble uso de su fortuna, ofreciéndosela á su hija. «Gasta, hija mia, gasta, la decía, yo siempre seré bastante rico, con poco tengo bastante.» Diana adquiría aficiones costosas; eso es todo lo que su padre la ha ofrecido. A los diez y siete años, abandonó el colegio en que había sido educada, ó más bien se la hizo comprender que ya era tiempo de entrar en el mundo; Mr. Berard se había olvidado de pagar los dos últimos trimestres de su colegio. Cómo vivió ella desde los diez y siete á los veintidos años, yo no sabré decirlo. Su padre, que perseguía entónces, segun creo, la idea de generalizar un nuevo sistema de labor, la hizo viajar por diversos países á expensas de los que le prestaban fondos. Su sistema no tuvo resultado, pero en cambio la miseria se dejaba ya sentir, cuando Mr. Berard heredó el año pasado tres mil libras de renta de una prima anciana que tenía en Nantes. Inmediatamente vino á hacerse cargo de la herencia con la esperanza de vender su renta y hacer con el capital nuevas experiencias. La difunta prima había previsto el caso: la renta no se podía enajenar. El padre y la hija tienen pues para vivir unos tres mil francos, y han tenido el talento de fijarse en Nantes, en donde, con esa suma y alguna economía, se puede todavía figurar. La hija va, durante el invier-

no, á las reuniones y bailes, y en el verano se viene aquí, donde tiene un éxito inmenso y merecido, como habeis podido observar. En cuanto al padre, continúa inventando en provincia como en París. Ha inventado un nuevo hélice, de mucho más poder que el antiguo, segun dice, y ha venido á proponerme la explotacion á medias de su invento, lo que me ha permitido conocerle é iniciarnos en todos estos detalles. Yo no he aceptado la asociacion; esto no será cortés, pero es prudente. En este momento anda buscando cien mil francos para construir su máquina y aplicarla á un buque bastante temerario para confiarle su casco. Cuando Mr. de Séry le ha pedido la mano de Diana, ha olvidado la edad y la decrepitud del pretendiente, y no ha visto más que una cosa, su hélice. No es esto decir que sea mal padre. Oh! Dios mio! es, por el contrario, un excelente hombre, pero es más inventor que padre, y por ver triunfar una de sus ideas, daría el universo entero. Diana, felizmente, no participa del entusiasmo del autor de sus días; no quiere sacrificarse á un hélice y ha rehusado con energía. Esto habla en su favor; en su posicion, con sus gustos é inclinaciones, á los veintidos años, por lo general, hay prisa de elegir un marido, y yo conozco muchas Nantesas dispuestas á casarse con Mr. de Séry, por su nombre y su gran fortuna, á pesar de sus años y su delicada salud.

Desvignes iba sin duda á continuar sus explicaciones, cuando un movimiento que se produjo en la playa llamó su atencion y la de Luciano. Todas las mujeres sentadas un momento ántes acababan de levantarse, y parecían mirar con ansiedad en la

direccion del mar ; los muchachos se habían acercado, los recolectores de ova, apoyados sobre sus grandes rastrillos, habían interrumpido su trabajo ; algunos hombres gesticulaban y hablaban con animacion.

—Sí, eso es ridículo, decía uno de ellos; un baño de mar sin bañero y sin bote.

—En Pornic ya hubieran corrido á socorrerla.

—Pues ella no parece que pide socorro, hacía observar un jóven.

—Es igual, puede sucederla una desgracia, y ¿qué hará á esa distancia?

—¿Por qué va tan lejos? replicó la mujer del capitán del resguardo, que era un tipo rechoncho y vulgar. Que se bañe como nosotras. Eso lo hace por llamar la atencion.

—¡Oh! dijo al oído de Desvignes, Closel, el secretario del prefecto, esa que acaba de hablar podía ir nadando hasta América y nadie se fijaría en ella.

—Mirad, mirad, exclamó uno, se dirige hácia la Torre Roja, eso es una temeridad, la mar está bajando y la va á arrastrar.

—Corro al puerto á buscar un bote, dijo Mr. de Séry con emocion, es necesario preverlo todo.

Estas observaciones y estos temores estaban justificados ; Diana Berard cometía una verdadera imprudencia. Sus fuerzas podían venderla, el frío apoderarse de ella súbitamente, la corriente del canal llevarla mar afuera, y entónces, á aquella distancia, sin auxilio, estaba perdida. Hasta aquel dia había nadado con una intrepidez poco comun, pero jamás se había alejado tanto de la playa. Sobre todo, se había bañado cuando la marea subía,

lo que hace que la vuelta sea más fácil, porque la misma ola le conduce á uno hácia la orilla; como la marea bajaba, era de temer que no pudiera luchar mucho tiempo contra el reflujo.

— Apostaría á que ella nada por alguno, dijo la señora á quien Diana parecía tan poco simpática.

Esta malévola observacion y que no fué comprendida por todos, tenía una apariencia de verdad. Así como los actores suelen alguna vez olvidar al público y declamar especialmente por una persona amiga que han visto entre los espectadores, á los espíritus prevenidos debía parecerles que Diana lucía sus habilidades de natacion únicamente por uno de los que se hallaban en la playa.

Sin tener conciencia de estos propósitos, de estos pensamientos ó de estos temores, ella se alejaba cada vez más de tierra, nadando con calma en la direccion de los Impares, en donde sabía que podría descansar sobre las rocas á flor de agua ó sobre los escalones de hierro de la Torre Roja. Ya con dificultad se distinguían sus movimientos, y aún cuando hubiera desaparecido de repente, apenas lo habría notado nadie.

La ansiedad aumentaba sobre la playa, todos interrogaban con avidez á dos ó tres personas provistas de anteojos. Closesel era una de ellas, y Luciano, colocado cerca de él, abusaba de su superioridad gerárquica para pedir con mucha frecuencia al secretario del prefecto el instrumento tan deseado en aquel instante, pero muchos bañistas notaron que entre las manos del jóven magistrado el antejo corría peligro; experimentaba verdaderas oscilaciones de péndola, yendo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, como si el brazo

que le sostenía sintiese un sacudimiento nervioso. Luciano Aubier consiguió un sólo instante fijarle sobre sus ojos, y el espectáculo que distinguió le causó tan viva emoción, que no pudo contener un grito.

—¿Qué sucede? le preguntaron á la vez los que estaban más cerca de él.

—Ha desaparecido, dijo con voz temblorosa.

Algunas mujeres nerviosas dieron señales de sentirse mal, ínterin otras personas, olvidando el respeto debido á la magistratura, arrancaron el anteojo de las manos de Luciano.

Miéntas se lo disputaban, se oyó una voz que decía:

—Tranquilizaos; no ha hecho más que zambullirse, ha vuelto á aparecer y ha tomado tierra sobre las rocas de los Impares.

—¡Ah! dijo Luciano respirando.

—¡Qué emoción, nadie se ocupa más que de ella! murmuró la mujer del capitán del resguardo, ó más bien *la capitana* del resguardo, como habían dado en llamarla.

Varios jóvenes peroraban en un grupo.

—Ha llegado á la Torre, decía uno de ellos; está descansando, ¡está muy bien. ¿Pero cómo vá á volver? Tiene otro tanto camino que andar y la vuelta es mucho más difícil.

—¡Bah! respondió Desvignes, ella volverá lo mismo que se fué, no la conocéis.

Estas últimas palabras hicieron asomar una sonrisa á los labios de Closel; el hecho es que Desvignes y él la conocían demasiado desde la noche fosforescente. Luciano sorprendió aquella sonrisa, la comprendió, y desde aquel mo-

mento tuvo aversion al secretario del prefecto.

—¿Y en tanto que esa jóven expone así su vida, hizo observar una madre de familia, qué hace su padre?

—Inventa, dijo Desvignes.

La ansiedad había desaparecido, los nervios se aflojaban. Aquél era el entreacto, se descansaba de las emociones pasadas y se tomaban fuerzas para las que iban á venir.

—¡Ah! dijo Closel, ya ha descansado bastante y vuelve á partir. Al mismo tiempo alargaba su anteojo á Luciano, que no se atrevió á rehusar aquella cortesía, la curiosidad acallaba sus rencores.

Diana Berard se alejaba á la sazón de los Impares y parecía dirigirse hácia la playa. Pero las personas que la observaban reconocieron bien pronto la inutilidad de sus esfuerzos: léjos de avanzar, apenas podía conseguir permanecer parada. Con la marea que bajaba, era evidente que se había establecido una corriente de las más violentas hácia el medio de la bahía en la direccion de alta mar.

—Está perdida si no corren á socorrerla, dijo uno.

—¿Pero qué hace Mr. de Séry, no ha ido á buscar una lancha?

Había ido en efecto, pero la subida de la playa es penosa, los piés se hunden en la arena, los más jóvenes, los más robustos, andan con dificultad, y el hidalgo breton, ya lo sabemos, no pecaba ni por exceso de vigor, ni por exceso de juventud. Al llegar al muelle había corrido en busca de un bote; encontró muchos en el puerto, pero como no debían salir hasta la marea de la mañana, estaban

desarmados, y sus dueños componían sus redes en la puerta de su casa, ó sentados en una mesa de la taberna, bebían el producto de su pesca. Necesitó más de un cuarto de hora Mr. de Séry para decidir á dos marineros á que le siguiesen en una embarcacion y se lanzasen mar afuera. Si Diana Bernard hubiera estado en peligro desde el principio de su imprudente excursion, hubiera tenido tiempo de ahogarse diez veces; felizmente el peligro no hacía mas que un instante que existía. La lancha llegó al final del muelle, en el momento en que la intrépida nadadora parecía no poder luchar contra la corriente. Los marineros, estimulados por Mr. de Séry remaban vigorosamente; pero en vez de dirigirse en línea recta hácia los Impares, tuvieron que seguir el canal y sus revueltas, so pena de estrellarse contra los bancos de arena. Se tocaba el inconveniente de las grandes mareas, durante las cuales la ola sube más rápida y con más fuerza, pero se aleja tambien más de prisa arrastrando tras sí una cantidad mayor de agua y dejando en seco terrenos siempre inundados, en tiempo ordinario, hasta en la marea baja. Cuando Mr. de Séry llegó á los Impares, ya era demasiado tarde; Diana había desaparecido. En vano buscó por todas partes, en vano interrogó á todos los puntos del horizonte, no vió más que olas, siempre olas, confundién dose á lo léjos con el cielo.

En la playa la emocion era extrema; se habían tranquilizado en el momento que la lancha apareció al extremo del muelle, esperaban que llegaría á tiempo, y el interés se dividió entre Diana y los que iban á socorrerla. Pero cuando se vió que la embarcacion seguía las sinuosidades del canal, y

que al mismo tiempo la bañista se alejaba cada vez más, se comprendió que todo estaba perdido. Se la pudo seguir algunos instantes con la ayuda de los anteojos, ver un punto negro que de vez en cuando aparecía en la extremidad de una ola, después el punto desapareció, no se vió más que la mar. Todos los grupos se habían reunido y confundido en uno sólo: ante la desgracia que acababa de suceder, ya no existía la distancia social. Los aristocráticos habitantes del barrio de San Pedro en Nantes se dignaban rozarse con los vecinos del muelle de la Fosse, los comerciantes de Pouliguen departían con las mujeres de los armadores, la serriedad provincial y la tontería humana consentían en desaparecer por un momento. Todos deploraban el terrible accidente de que había sido víctima la señorita Diana Berard, se cantaban sus alabanzas en todos los tonos, se ponderaba su intrepidez, y en aquel instante todas las mujeres, sin exceptuar *la capitana* del resguardo, reconocían su belleza y la rendían homenaje. Las lamentaciones no tenían fin, y el concierto de elogios fúnebres era de tal naturaleza, que daba ganas de morirse. Luciano mezclaba su voz con todas aquellas voces, cuando Desvignes, cogiéndole del brazo y separándole de la multitud, le dijo:

—¿Quereis dar un paseo?

—¡En este momento, oh! nó, respondió; no estoy en disposición de pasear. Yo no he visto más que un instante á esa jóven, pero esta desgracia es tan horrible, tan imprevista...

—Que os creéis en el deber de llorar por su suerte. Pues bien, llorad conmigo en vez de llorar con todas esas gentes. Mirad, allá abajo, sobre

aquellas rocas, estarémos perfectamente para lamentarnos.

Si el jóven sustituto se hubiera encontrado en el tribunal, en su asiento, de seguro hubiera recordado á Desvignes el respeto de las conveniencias; le hubiera hecho observar que era quizás de mal gusto hablar en aquel tono tan ligero de una catástrofe que entristecía á todo el mundo. Pero no creyéndose con derecho para dar una leccion al armador, se contentó con decirle:

—Nó, esas rocas estan demasiado léjos, y voy á reunirme con mi madre; ya debe haber terminado sus indagaciones.

—Haceis mal, replicó Desvignes, yo os hubiera probablemente enseñado alguna cosa rara. Venid, pues; ¿teneis por qué quejaros de mi compañía hace una hora?

—Nó, á la verdad.

—Vamos, venid, dijo cogiéndole familiarmente del brazo, y, ó mucho me engaño, ó más tarde me habeis de dar las gracias por mi insistencia.

Desvignes llevó de nuevo á Luciano en la direccion de Painchâteau. Solo que cuando llegaron á la extremidad de la playa, en vez de torcer á la izquierda y penetrar entre las rocas, salieron al camino, recorrieron el pueblo en toda su extension, y se encontraron en pocos momentos hácia la mitad de la bahía, en el pintoresco sendero trazado por los dependientes del resguardo á lo largo de la costa.

Caminaban con paso precipitado, en silencio, precediendo Desvignes á Aubier y enseñándole el camino. Llegados al sitio en que se levanta una casilla de los dependientes del resguardo, el ar-

mador se volvió hácia su compañero y le dijo :

—¿Padeceis de vahidos?

—Creo que nó.

—¿Entónces no tendréis inconveniente en bajar hasta la playa por éste sendero tallado en la roca?

—Pero estamos casi á la altura del mar, éstas rocas no tendrán más que unos cuatro ó cinco metros.

—No tienen más por el lado de Pouliguen, pero el camino de travesía que os he hecho tomar nos ha conducido al extremo de la bahía, nos acercamos al Océano, la naturaleza ha adquirido mayores proporciones y la roca sobre la cual estamos en este instante tiene lo ménos veinte metros. Mirad.

—En efecto.

—¿No estais asustado?

—Nó.

—Entónces bajemos.

—Sea.

Algunos minutos les bastaron para llegar á la playa. La escarpada ribera del mar había tomado grandes proporciones y se elevaba sobre sus cabezas. Delante de ellos se extendía un gran monton de rocas de tamaño desigual y de todas las formas, que la mar cubría dos horas ántes y que al retirarse había dejado al descubierto.

—No podemos seguir adelante, dijo Luciano.

—¿Por qué?

—Porque nos lo impiden esas rocas.

—Tranquilizaos, darémos vuelta á las más elevadas y saltarémos las más pequeñas. He andado diez veces este camino en compañía de mujeres elegantes para pescar langostinos. Sólo hay un peligro que correr; el de mojarse los piés.

—No me importaría mojarme los piés si...

—Si supieseis el objeto de esta carrera desordenada, ¿no es verdad? Tened todavía un poco de paciencia y pronto lo sabréis.

—Vamos, me abandono completamente á vos. Hay algo que me dice que lo que hacemos no es un simple paseo.

—Podeis estar persuadido de ello.

Caminaban lentamente en medio de aquel caos de la naturaleza. Unas veces tardaban muchos minutos en atravesar un pequeño espacio, otras, gracias á un banco de arena, especie de oasis situado entre dos rocas, recorrían en un instante una gran distancia.

A medida que avanzaban, la costa tomaba proporciones colosales y la voz de la mar se oía cada vez más estrepitosa y formidable. Habían dejado atrás la bahía de Pouliguen y llegado á las orillas del Océano.

Hacía rato que Desvignes demostraba ménos confianza: se detenía con frecuencia, parecía inquieto, y en lugar de dar vuelta á las rocas, las escalaba, y al llegar á su cima, consultaba el horizonte.

—Y bien? le preguntó de repente Aubier, reuniéndose con él despues de su última ascension.

—Y bien! respondió Desvignes con acento conmovido, no comprendo nada.

—Yo comprendo ménos que vos, dijo Luciano.

El armador adivinó el reproche que envolvían aquellas palabras, se detuvo, y volviéndose hácia su compañero:

—Dispensadme, le dijo, yo quería causaros una sorpresa; y ahí teneis explicado mi silencio y el

misterio de que me he rodeado. Pero empiezo á temer que me he equivocado, dudo de mí y os debo una explicacion.

Aquella carrera que había durado más de una hora, les había fatigado, se apoyaron contra una roca y Desvignes continuó :

—Sí os he separado del grupo en que se lamentaba la muerte de Diana Berard, fué porque yo no creía en esa muerte. Segun mi opinion, Diana era demasiado buena nadadora, tenía demasiada sangre fria para haber perecido de una manera tan lastimosa. Me ocurrió la idea de que en vez de tratar de ganar la playa, ella había debido por el contrario alejarse de ella y nadar hácia el punto de la costa en que nos encontramos en este momento, y sobre el cual la lanzaba la corriente.

—Pero no se la hubiera visto desaparecer de repente, hizo observar Luciano.

—A la distancia que nos separaba de ella, más de kilómetro y medio, los mejores anteojos dejan que desear. Donde Diana se encontraba, la mar está agitada y las olas pueden ocultar fácilmente una cabeza que sale del agua; es un punto imperceptible en el horizonte. Además la mar había bajado mucho, rocas ántes cubiertas se dibujaban á la entrada de la bahía, y Diana podía haber alcanzado una de ellas y haberse ocultado así á las miradas.

—Sí, vuestra esperanza se concebía. Ya no la teneis?

—En todo caso es muy débil, dijo Desvignes suspirando. Acabamos de recorrer toda la costa, en la que Diana debía haberse refugiado, segun mi opinion, y nada indica su presencia.

—Acaso esté oculta en una de estas grutas, hizo

observar Luciano, que no quería perder toda esperanza.

— Así lo creía hasta hace poco; mas ay! mi última ascension me ha convencido de que la costa está desierta.

Se calló; durante uno de esos cortos instantes en que la mar parecía guardar silencio y abstraerse para bramar en seguida con más fuerza, acababa de resonar de pronto un canto lleno, sonoro, vibrante.

— Silencio! dijo Desvignes á Luciano que, muy conmovido, iba á interrogarle. Escuchemos.

Pero el Océano había vuelto á dejarse sentir; su gran voz dominaba la voz humana.

Al cabo de un minuto, durante el cual escucharon inútilmente, Aubier dijo á su compañero:

— Habeis reconocido esa voz?

— Nó... al menos no tengo seguridad.

— De todos modos, la costa no está desierta como lo afirmábais hace poco.

— Eso es evidente; es preciso buscar.

Volviéron á emprender su carrera, deteniéndose á cada paso, escuchando, mirando á su alrededor.

Trabajo inútil; sobre sus cabezas el cielo sereno y apacible, ante su vista el mismo dédalo de rocas, á lo léjos la mar toda cubierta de espumosas franjas.

Ya iban tal vez á interrumpir sus indagaciones y á volver atrás, cuando la voz resonó de nuevo, pero esta vez á algunos pasos de ellos, detrás de un monton de rocas á cuya cima se disponían á subir.

Entónces, despues de haber cruzado una mira-

da que parecía decir : Estámos recompensados de nuestras penas y trabajos , se adelantaron lentamente , silenciosos y conmovidos.

A los pocos instantes se detuvieron. En una pequeña y misteriosa ensenada , de algunos piés apenas , acababan de descubrir á Diana Berard , que acostada sobre la arena , descansaba de sus fatigas y se secaba al sol.

Nada había cambiado en su tocado : su traje de baño no parecía haber sufrido nada durante su larga excursion por el agua ; su cinturon la dibujaba el talle y sus sandalias la cubrían sus diminutos piés , como si en aquel instante saliera de su caseta para bajar al mar. Unicamente sus cabellos no estaban colocados con elegancia sobre su cabeza , los había deshecho y se esparcian á su alrededor en apretadas ondas.

Tendida cuan larga era , un poco inclinada al lado derecho , una pierna graciosamente cruzada con la otra , un brazo hundido en la arena y sirviendo , por decirlo así , de almohada á su cabeza , contemplaba la mar y cantaba una barcarola italiana.

— Tenemos una gran satisfaccion , señorita , al encontraros sin novedad , dijo de repente Desvignes.

Diana lanzó un grito de espanto , se incorporó con rapidez , echó atrás sus cabellos y reconociendo al armador :

— ¡ Ah ! le dijo levantándose , me habeis asustado !

— Yo os aconsejo que os quejeis , replicó Desvignes , como si nosotros no hubiéramos tenido diez veces más miedo que vos.

— Y de qué , Dios mio ?

—De perderos, señorita. Hace dos horas que todo Pouliguen os cree muerta.

—Muerta?

—Sí, muerta, ahogada.

—Yo!

—Vos. Pero ántes de dar más explicaciones, permitidme que os presente á Mr. Luciano Aubier, sustituto del procurador imperial en Nantes. Ha querido ayudarme á explorar esta cósta para encontraros.

Ella respondió con una sonrisa y un movimiento de cabeza al profundo saludo de Luciano; después volviéndose hacia Desvignes:

—Luego vos no me habeis creído ahogada? le dijo.

—Yo, señorita, tenía una vaga esperanza, una especie de presentimiento..... pero era el único.

—Este caballero no participaba de vuestras dudas? preguntó ella.

—Este caballero, respondió el armador, no ha participado más que de mis fatigas, que no han sido pocas, os lo aseguro.

—Tened la bondad de sentaros, señores, dijo ella riendo.

Y, para dar el ejemplo, se sentó al punto sobre la arena.

—Qué! no me imitais, continuó ella dirigiéndose á Luciano que, aturdido por las emociones de aquel día único en su existencia, permanecía inmóvil contemplándola.

Al verse interpelado de tal modo, Aubier creyó deber sentarse á su vez; quiso únicamente conservar cierta dignidad, y buscó un asiento en la fragosidad de la roca.

Desvignes se contentó con la arena que tan generosamente le habían ofrecido, se colocó enfrente de Diana y la dijo :

— Es decir, que no os apresurais á ir á tranquilizar á las personas que os lloran en este momento ?

— Veo que no hablais en serio, le respondió ella. Nadie me llora, bien lo sabeis ; únicamente mi padre podría tener ese buen pensamiento y yo correría á tranquilizarle si estuviese en Pouliguen. Pero esta mañana ha partido para Saint-Nazaire y, preocupado con su hélice, no tiene noticia de los rumores que corren acerca de su hija en este momento. Sola en la casa, mi doncella calcula á estas horas, estoy segura de ello, lo que mi muerte la va á producir : examina mi guarda-ropa y se lo apropia de antemano.

— Teneis pocas ilusiones, señorita, hizo observar Luciano.

— No tengo ninguna, caballero, respondió ella con su más graciosa sonrisa, y volviéndose hacia Desvignes : en cuanto á los habitantes de Pouliguen, creo que no pensaréis que deba inquietarme por sus lágrimas. Si algun alma tierna y sensible ha vertido por casualidad una ó dos, de seguro se han secado ya, estad persuadido de ello.

— Yo conozco una persona, dijo el armador, que apstaría á que en este momento llora muy de veras.

— Quién ?

— Mr. de Séry.

Ella no pudo ménos de fruncir las cejas y replicó :

— Oh ! en cuanto á ese, poco me importa.

— Sin embargo...

—Sin embargo, me ha pedido en matrimonio, ¿no es esto lo que ibais á decir? Esa es una bella accion, muy rara, convengo en ello; en mi calidad de hija de mayor edad y sin dote, sé á qué atenderme respecto al desinterés de los hombres. Pero mi padre, yo no puedo olvidarlo, ha tomado en serio esos proyectos de matrimonio, me habla algunas veces de ellos, y son un motivo de discordia entre nosotros. Hubiera sido más generoso por parte de Mr. de Séry el callarse, y tambien más provechoso para él, porque yo no seré su esposa. Yo no daré jamás mi mano á un hombre viejo y enfermo, aunque posea el apellido más distinguido y todos los millones de la tierra. Y si yo me expreso así, mi querido Desvignes, es porque el otro dia vuestra esposa vino á hablarme en favor de Mr. de Séry; es necesario que ella conozca mi modo de pensar.

—Yo se lo haré conocer, señorita; y hasta diré dos palabras á ese pobre baron para que no conserve inútilmente una esperanza. ¡Cuando pienso que hace poco fué el primero que se lanzó en vuestro socorro!...

—¡A nado! dijo ella soltando una carcajada. ¡Oh! eso no es creible.

—En una lancha, replicó Desvignes.

—Sea en buen hora, eso ya está más en su carácter. Y bien, ¿por qué no me ha salvado?

—Cuando llegó á los Impares habiais desaparecido.

—¡Demasiado tarde! Hay personas que son desgraciadas.

—Como yo lo había previsto, continuó Desvignes, encantado de la sagacidad que había demos-

trado y deseando ser admirado, os habeis dirigido hácia la gran costa, despues de haber reconocido la imposibilidad de dominar la corriente y ganar la playa.

—¿Cómo decís eso? exclamó la linda bañista mirándole con aire burlon. Yo no podía dominar la corriente, ¡yo! Os engañais, amigo mio. Si yo hubiera partido de la playa con la intencion de volver á ella, nada me hubiera detenido. Yo no creo en los obstáculos; con sangre fria y voluntad se les vence. Yo había resuelto atravesar hoy toda la bahía; mi itinerario estaba trazado de antemano. He hecho una parada en los Impares y me he dirigido hácia esta costa ayudándome con la corriente en vez de dejarme arrastrar por ella, como habeis creído.

—Me haréis al ménos esta justicia, hizo observar Desvignes, que soy el único en Pouliguen que no ha dudado de vos. Yo me he dicho: ella no es mujer que se deje ahogar así.

—Y habeis tenido razon. Yo puedo morir de muerte violenta, pero no moriré ahogada. La mar es mi apasionada; yo la amo demasiado para que ella quiera perjudicarme.

Se volvió precipitadamente hácia Aubier y le dijo:

—¿Sabeis nadar, caballero?

—¡Ay! nó, señorita, respondió, y me avergüenzo de confesar mi inexperiencia delante de una nadadora como vos.

—¿Por qué razon? podeis aprender. No os pareis en nada á Mr. de Séry; no hay ningun inconveniente para que dentro de poco seais un buen nadador. Si quereis harémos un trato; yo os daré no lecciones, pero sí consejos de natacion, y en

cambio , vos como magistrado que sois me proporcionaréis los medios para asistir algunas veces á las sesiones del Tribunal cuando vuelva á la ciudad. Me agradan en extremo las emociones de un proceso criminal. No os apresureis á afeár este gusto en una jóven; por de pronto yo me he educado sola , es decir , muy mal ; despues soy mayor de edad , temo no casarme nunca y me he propuesto vivir como una viuda , ó lo que es lo mismo , satisfacer mis caprichos... permitidos.

—Yo os prometo que vereis juzgar á todos los asesinos de la comarca.

— A las mil maravillas. Mi padre me ha llevado una vez al palacio de justicia de Nantes , y os he oido hablar. Sin que esto sea adularos , teneis mucho talento ; un talento un poco frio , pero á mí me agrada así.

De repente se calló y levantándose:

— Señores , si habeis descansado , dijo , vamos á volver á Pouliguen. No se trata de tranquilizar á las gentes alarmadas , eso no me inquieta , pero sí de comer , lo cual es muy importante , cuando se ha hecho mucho ejercicio como nosotros.

— En marcha , dijo Desvignes. Harémos una entrada soberbia , ya estoy viendo la admiracion general.

Pero deteniéndose de pronto ;

— Oh ! Dios mio ! dijo.

— Qué sucede ?

— Estaba seguro de encontraros , y no se me ha ocurrido la idea de traeros vuestro peñador ; esto es absurdo.

— Me incomodaría mucho con este calor y este sol ; tendría que llevarle debajo del brazo.

— Ya no estais mojada?

— De ningun modo.

— Entonces perfectamente, replicó Desvignes, siguiendo á Diana que empezó á correr á traves de las rocas. Sin embargo, continuó, echo de menos el peinador. El hubiera atestiguado, de una manera material, mi inteligencia. Creerán tal vez que os he encontrado por casualidad.

— Si le hubiérais traído, dijo ella, probablemente no me hubiérais encontrado; os hubiera servido de azar. En Baden, en donde estuve una temporada con mi padre, que en su manía de inventar, había tambien soñado con un sistema para arruinar todas las bancas, — entre paréntesis, era él el que se arruinaba, — he visto con frecuencia un caballero que llevaba en los bolsillos dos ó tres sacos de tela destinados á guardar el dinero que debía ganar infaliblemente. Jamás tuvo la ocasion de meter en ellos ni un florin. Mi peinador hubiera tenido la misma suerte: en castigo de ese lujo de precauciones, hubiérais vuelto con él sin mí; no es preferible volver conmigo sin él?

De esta manera iban hablando Diana Berard y Desvignes, mientras que Luciano les seguía á cierta distancia con inseguro paso. El magistrado, tan sereno sobre su asiento en el Tribunal, tan notable por su firmeza y sangre fria, á quien jamás habían intimidado ni el acusado, ni los testigos, ni el defensor, por más que fuera un abogado de renombre, se sentía hacía un instante aturdido, pasmado, ébrio en cierto modo. El atribuía aquel estado al aire, al que no estaba acostumbrado, al viento, al sol, al ruido incesante de la ola contra la roca, á mil impresiones físicas nuevas para él y

por la misma razon más activas. No se le ocurría hacer responsable de su embriaguez á Diana Bernard, y decirse: á causa de ella, y por ella, desde hace muchas horas, camino de asombro en asombro, paso de una emocion á otra, y siento impresiones desconocidas. Se la retrata desde luego de una manera tan pintoresca, con colores tan extraños, que excitan en alto grado mi imaginacion y mi curiosidad: me cuentan su vida, nueva admiracion, nuevo interés; despues ella aparece, baja á la playa, pasa por delante de mí, y jamás habían visto mis ojos una criatura más bella, más seductora, jamás había yo soñado un conjunto tan completo de perfecciones, de gracias provocadoras. Se arroja en el mar, nada, se aleja, y no puedo menos de seguirla con los ojos, no hago más que pensar en ella. De repente, una nueva emocion, una emocion terrible: dicen que ha muerto; yo sufro y me lamento. Pero Desvignes me arrastra tras de sí; y yo, que nunca había pisado más que el asfalto de las aceras, las alfombras de los salones y el entarimado de las salas de la Audiencia, emprendo una carrera vertiginosa sobre las rocas, á través de mil obstáculos, para encontrarme enfrente de mi linda resucitada. Ella habla, y en ninguna jóven, en ninguna mujer, he encontrado tanta originalidad. ¡Qué claridad y qué franqueza de expresion, qué fijeza de ideas sobre todas las materias, qué voluntad tan vehemente y al propio tiempo tan reflexiva! ¡Qué poco se parece á esas muñecas de salon, mimadas y empalagosas, dispuestas á repetir por la noche el aria maternal que han aprendido por la mañana! Y, en este mismo momento, si me quedo atrás, si en vez de mar-

char á su lado, la sigo á cierta distancia, es que no me canso de contemplarla, de admirarla. Mis sentidos, que estaban adormecidos, han sido sobreexcitados con tanta habilidad, que al fin acaban de despertarse. No son los ardores del sol, los olores de la mar, ni el ruido de las olas los que me embriagan, es su voz vibrante, su modo de andar voluptuoso, sus largos y rojizos cabellos, las vigorosas líneas de su cuello, sus desnudos hombros, su elegante talle, sus sólidas caderas perfectamente dibujadas bajo su traje de baño; es en fin el misterioso perfume que se desprende de ella y que yo respiro con delicia. Ella ha hecho nacer en mí todo un mundo de sensaciones desconocidas; yo no era más que un magistrado, ahora soy un hombre.

Diana Berard no se daba probablemente cuenta de las emociones que causaba, porque parecía preocupada, y casi ofendida al ver que Luciano no se apresuraba á correr á su lado. Se volvía con frecuencia hácia él como para decirle: «Venid á romper la monotonía de mi conferencia con Desvignes; es un hombre encantador y de conversación agradable, pero está casado, es padre de familia y pasa de cuarenta.» Otras veces, en el momento de verificar una ascension difícil, parecía pedirle el auxilio de su brazo. Pero el sustituto permanecía insensible á aquellas provocaciones; no había nada que le distrajera de su éxtasis.

Aquella frialdad aparente, aquella indiferencia producidas por una admiración demasiado viva, debían aprovechar á Luciano Aubier mucho más que los cuidados, las atenciones y la expansión. Acostumbrada á los homenajes rendidos á su belleza, debía fijarse en el primer hombre que se

negara á pagar el tributo . Si él era culpable para con ella de mal gusto , por lo menos no pecaba de vulgar , y demostraba su aversion á los caminos trillados . Al propio tiempo , la reserva con que se acogían las indicaciones de Diana Berard , la resistencia que se la oponía , debían seducir aquella naturaleza ardiente , siempre en busca de obstáculos que dominar y de dificultades que vencer . Avida de emociones , y no encontrándolas ya en sus largas excursiones por el mar , estaba dispuesta á buscar nuevos peligros y á lanzarse de lleno en alguna gran lucha en que su corazon tomase parte .

La emocion causada por la supuesta muerte de Diana no podía haber ejercido tal influencia sobre los habitantes de Pouliguen , que hubiesen renunciado á su comida . Cada cual se había ido poco á poco á su hotel , y la muerta aparecida encontró la playa desierta . La noticia de su vuelta se esparció bien pronto por el país , los jóvenes bebieron en señal de alegría un vaso de vino extra , el cronista del lugar hizo pedazos , no sin cierto despecho , el artículo necrológico que acababa de escribir y que destinaba á *La Union Bretona* , y la mujer del capitán del resguardo , siempre benévola , no pudo ménos de exclamar : « Esta mujer siempre está dando que hablar , no le bastaba morir , era preciso que resucitase .. ! » Mr. de Séry , el único quizá en Pouliguen , estuvo á punto de ponerse malo cuando supó la llegada de la que amaba con aquel amor pertinaz propio de los enfermos y de los ancianos .

En la playa , Diana Berard se despidió de sus dos compañeros , y se dirigió apresuradamente á

su habitacion. Desvignes se lanzó hácia su hotel, desde el que su mujer y sus hijos hambrientos le hacían señas muy expresivas, y Luciano fué á buscar á su madre á quien tenía muy olvidada hacía algunas horas.

La encontró en el paseo del muelle, siempre en compañía de María de Rioux y de su tío.

—Al fin te veo!... exclamó Mad. Aubier, hubiera estado muy inquieta con tu ausencia, si no me hubieran dicho que te habían visto alejarte con Mr. Desvignes. Por lo visto te ha llevado muy léjos?

Luciano no tuvo inconveniente en dar detalles sobre su excursion. Cuando María supo que Diana no había muerto, no pudo disimular su alegría.

—Oh! qué felicidad, exclamó, este suceso me tenía trastornada!... Estaba triste, triste hasta más no poder. Conozco á Diana Berard sólo por haberla visto en las calles de Nantes y aquí en la playa, pero ella tan linda, tan graciosa... Oh! Dios mio!... hubiera sido una horrible desgracia... morir á su edad... de tal manera... Felizmente se ha salvado... Ah! me siento ménos oprimida... me siento renacer.

Luciano, miéntras que María Rioux se expresaba de tal suerte, la miraba y la encontraba encantadora. Las gracias nacientes de aquella jóven, su adorable ingenuidad, su sencillez en todo, su mirada tranquila y dulce, la castidad de sus maneras, su indisputable belleza no habían producido, hasta entónces, ninguna impresion en el ánimo del jóven magistrado; algunos elogios dirigidos á Diana Berard acababan de subyugarle, y se hallaba dispuesto á la sazón á inclinarse delante de las

eminentes cualidades de la protegida de su madre.

— Y bien, dijo Mad. Aubier á su hijo, qué has decidido durante tu paseo? Nos quedámos aquí ó partimos para Croisic?

— Cómo, Croisic! dijo Luciano á quien aquel nombre asustaba ahora. No habíamos convenido ...

— Nada hemos convenido. Tú me has dicho únicamente que buscáras, en el momento en que, preciso es confesarlo, tú creías que no encontrarías.

— Y bien, querida madre, habeis encontrado?

— Sí; pero no he querido comprometerme á nada, sin contar ántes con tu parecer.

— Estoy dispuesto á dársle, pero será conforme al vuestro.

Mad. Aubier, su hijo y sus amigos se dirigieron hácia la casa que tenían en tratos.

Estaba situada á dos minutos de la playa, delante de un lindo bosque de abetos, que la preservaba á la vez de los rayos demasiado ardientes del sol y de los vientos del Oeste. Era grande, cómoda, de una limpieza excepcional en aquellos sitios, y pertenecía á una Parisiense, mujer de talento y de mundo. No se necesitaba tanto para seducir á Luciano; se hallaba en tal disposicion de ánimo, que, por quedarse en Pouliguen, se hubiera contentado con un cuarto en una casucha cualquiera: le ofrecían una habitacion agradable, se dignó aceptarla y se ocupó inmediatamente de hacer llevar allí sus equipajes.

Hechos estos primeros preparativos, la madre y el hijo se reunieron con sus amigos, cuya invitacion á comer no pudieron rehusar. María hizo

los honores de la casa de su tío con una gracia y una alegría perfectas. La presencia de un hombre joven, amable, en el interior de su casa un poco triste, la ponían sin duda de buen humor; recordando además que Luciano había empezado por manifestar cierta repugnancia á pasar en Pouli-guen su mes de vacaciones, se felicitaba al verle ahora dichoso con vivir allí, y, en su amor propio de muchacha, se atribuía el mérito de haber modificado tan pronto las ideas de su huésped. Tal vez conocía por Mr. de Rioux, ó había adivinado, los proyectos de porvenir formados por Mad. Aubier y los acariciaba en secreto.

Durante la comida, se habló varias veces de Diana Berard, á quien sus aventuras del día, su muerte y su resurrección habían puesto en evidencia. Mad. Aubier, cuya severidad de principios no podía acomodarse á ciertas excentricidades, afeó enérgicamente la conducta de aquella joven que corría así los mares, sin ocuparse de las conveniencias sociales, y pareciendo complacerse en llamar la atención.

— Esa es exactamente mi opinión, dijo el anciano presidente, y no es hoy la primera vez que he juzgado á la persona de quien nos ocupamos. Su conducta ofende á las gentes honradas, y hace mucho tiempo que he prohibido á mi sobrina toda relación con esa señorita.

Luciano no tomó la defensa de Diana, ya fuera porque participase de la opinión que se acababa de emitir, ó ya porque creyese inútil combatirla. No podía esperar que se convirtiese á las ideas modernas y relajadas un antiguo Magistrado de provincia, envejecido en el respeto de todas las sanas

tradiciones, y en cuanto á su madre, hacía mucho tiempo que la conocía por un ingenio muy claro, muy exacto, muy inflexible, incapaz de ceder en sus primeras impresiones y de hacer concesiones de ningun género cuando se trataba de conveniencias sociales, de regla de conducta, de honor ó de probidad.

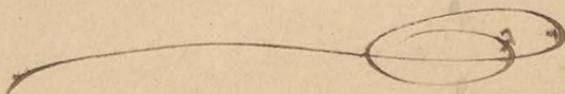
Los recién llegados tenían necesidad de descansar y la reunion terminó temprano. Se despidieron de sus huéspedes y se dirigieron á su habitación. Mad. Aubier soñó que su hijo estaba enamorado de María de Rioux y que se casaba con ella.

Si Luciano hubiera seguido su primera inspiración de fijarse en Croisic, los recuerdos de aquel día pasado en Pouliguen no hubieran tardado en borrarse. Al día siguiente, al despertar, su aturdimiento había desaparecido, y su razon había triunfado de la sorpresa hecha á su imaginacion y á sus sentidos. Juzgaba entónces á Diana Berard como debía ser; bajo el punto de vista físico, no podía menos de elogiarla, y no sin cierta emocion recordaba el relato de Desvignes y el momento en que, al bajar á la playa, á bañarse, ella se le había aparecido por la primera vez. Pero al propio tiempo la reconocía defectos capaces de alejar de ella á todo hombre formal; la extravagancia de sus modales, su conversacion demasiado excéntrica, su independenciam de carácter y cierta sequedad de corazon, fácil de adivinar. Pensaba además que

Diana no podía tener esa virginidad de pensamientos, tan apetecible en una jóven: educada en los colegios de París, mal dirigida, habiendo recorrido el mundo á los diez y ocho años, con un padre preocupado por locas ideas, debía saberlo ó adivinarlo todo, y vivir bajo el influjo de aquella ciencia hasta entónces inútil.

¿Debía pensar en hacer su esposa de semejante mujer? Seguramente que nó. Dejando á un lado la cuestion de dinero, siempre importante en provincia, un magistrado, al empezar su carrera, desea, á falta de fortuna, encontrar en su mujer prendas sólidas, y esos lazos de familia, esas grandes relaciones que pueden algun dia servir para el ascenso; debe huir principalmente de toda union que lleve en sí el vicio de irregularidad moral. ¿Pero en lugar de matrimonio, le estaba permitido aceptar una intriga amorosa, una relacion pasajera? Mucho ménos todavía. Su posicion, su educacion, sus principios se oponían á ello. Si Diana Berard hubiera sido viuda ó casada, y ya un poco comprometida, si él mismo hubiera ocupado un puesto en la Corte, si hubiera formado parte de la magistratura inamovible, tal vez hubiera admitido unos amores de aquella especie. Pero una jóven soltera, ¡qué escándalo! y cuando uno es tan sólo sustituto, ¡qué locura! Así discurría Luciano, y como se ve, había vuelto á recobrar toda su sangre fria, toda su calma.

Sin embargo, á ciertas horas, cuando se paseaba solitario en el bosque situado delante de su casa, cuando los pájaros se perseguían en los árboles, cuando los insectos zumbaban en los caminos, cuando el sol poniente le inundaba con sus



rayos, cuando la brisa del mar le traía acres y vivificantes olores, entónces solía estremecerse al recuerdo de Diana Berard. Entónces se decía: «Con una mujer como esa, yo recobraré el tiempo perdido, el tiempo consagrado al trabajo y rehusado al amor; á su lado, yo viviré no sólo en lo presente sino en lo pasado, y veré volver hácia mí mi juventud hace tiempo perdida.»

¿Pero en qué pensaba? Había, pues, bastado la narracion de Desvignes, un baño, un paseo, una hora de conversacion para impresionarle y seducirle hasta tal punto? ¿Cómo iba á buscar tan léjos la felicidad, la juventud y el amor, cuando los tenía cerca de sí, en la mano, casi bajo su mismo techo? ¿María de Rioux no era encantadora y más jóven, más seductora bajo mil conceptos que Diana Berard? ¿Qué dulzura en la mirada; qué alma tan sencilla, qué gracia tan natural, qué inocencia tan adorable! Era un placer el verla despertarse á la vida; había en ella algo semejante á una hermosa mañana de primavera. ¿No era fácil leer en sus ojos que estaba dispuesta á obedecer á los secretos deseos de su tío y de la madre de Luciano? ¿Qué apacible prometía ser la existencia á su lado! ¿Qué vacaciones tan agradables podía pasar! ¿Qué placer de estudiar aquella alma apénas nacida, de formar á su manera aquel carácter apénas bosquejado, de hacerse dueño poco á poco de aquel corazon que ya trataba de latir por él! Y á no dudar, aquella era la mujer que le convenía: de una familia de magistrados como la suya, sobrina de uno de los hombres más estimados en la magistratura de provincia, admirablemente educada, instruida y sabiendo ya hacer los honores de un salon. ¿Cómo vacilar entre ella y Diana Berard?

En aquel momento no vacilaba; María de Rioux era la preferida por él. Pero á cada paso que diera en las estrechas calles de Pouliguen, sobre sus angostos muelles, sobre su playa de doscientos metros escasos, se encontraría en continuo contacto con Diana Berard. ¿Tendría bastante fuerza para resistir á todas sus seducciones? Su razon, ¿continuaría dominando á su imaginacion como la dominaba en aquel momento? ¿Si sólo se tratase de verla de léjos y de encontrarla, por casualidad, de vez en cuando! Pero por poco que él frecuentase la sociedad de Pouliguen, se iba á encontrar á cada paso con la bella Diana, iba á vivir, por decirlo así, su propia vida. Todas las madres de familia no eran tan absolutas en sus juicios como el anciano presidente Rioux. No creían peligroso para sus hijas el trato de Diana, y no pensaban en prohibírsele. Sus lejanos baños, sus excentricidades de traje y de lenguaje escandalizaban á algunas, ahuyentaban á otras, ofendían sobre todo las costumbres provinciales de la mayor parte; pero no había nada absolutamente reprehensible en la conducta de Diana, y no había motivo para tomar contra ella medidas de rigor.

Además, Mad. Desvignes, que en cierto modo era la que imponía la ley en la playa, protegía abiertamente á Diana: nacida y educada en París, era en todo ménos escrupulosa que las Nantesis; la conducta de la señorita de Berard no podía chocarla, y la admitía sin reserva en su intimidad. ¿No acariciaba además el secreto designio de casarla con Mr. de Séry, un antiguo amigo de la familia, cuyo constante amor había concluido por interesarla? Muy mundana, un poco ligera, en vez de ver

en el matrimonio la union de dos corazones, buscaba en él la asociacion de dos intereses: Diana no tenía fortuna, y la ofrecían una considerable; no tenía posicion bien definida, y la daban un título y un nombre respetado. Esto bastaba á madama Desvignes. Ella se había prometido triunfar de toda resistencia, y para conseguirlo buscaba el trato de Diana, quien de este modo tomaba parte en todas las fiestas, en todas las partidas de placer organizadas en Pouliguen bajo la inspiracion de su protectora.

Por la mañana ó despues del medio dia, á la hora de la marea, Luciano encontraba á Diana Bernard en la playa. Cuando tomaba su leccion de natacion, ella nadaba á algunos pasos de él, y ántes de alejarse mar afuera, en virtud de lo convenido entre ellos, le daba consejos en medio de las olas ó le dirigía palabras que le animaban. Sentado sobre la arena en compañía de Desvignes y de Closel, la seguía tambien con los ojos en el momento en que ella salía del baño; su traje empapado en agua del mar se adhería á su cuerpo y dibujaba con claridad sus formas y encantadores contornos. Al sol, la franela blanca tomaba un tinte de color de rosa, y con el auxilio de la imaginacion, se la podía tomar por la carne y verla palpitar.

Si durante el dia, Luciano Aubier hacía, en compañía de algunos amigos, una excursion á la gran costa, estaba seguro de encontrar á Diana sentada en las rocas planas, delante de la peña del Leon, ó sobre la pequeña colina, en otro tiempo fábrica de pólvora, que domina toda la bahía, los peñascos de Escoublac, la entrada del Loira, Guerande, Croisic y la villa de Batz. Esta gran costa

circunda el Océano durante muchas leguas de extensión, y entusiasmo á los turistas. Las rocas que la cubren son del más grandioso y pintoresco efecto, y revisten formas extrañas; aquí, amontonadas unas sobre otras, más allá, aisladas y gigantescas. Ya es un inmenso pedazo de granito que la ola imponente, á pesar de sus terribles esfuerzos, no consigue derribar; ya es, por el contrario, una aguja al rededor de la cual las olas se arremolinan sin cesar, la cubren con su blanquecina espuma, y la hieren todos los días con su eterna mordedura. La mar, irritada por los obstáculos que aquellas rocas la presentan, las cerca constantemente, las golpea con violencia; las cubre, salta por encima de ellas y se precipita con el estruendo del trueno en sus profundas hendiduras.

Diana Berard, cuando no estaba en la playa ó en el mar, le gustaba vivir en medio de aquella salvaje naturaleza. Nada tan curioso y tan conmovedor á la vez como verla bajar al fondo de anchas grutas, en las que sólo algunos naturales del país se atrevían á aventurarse, saltar de roca en roca y deslizarse á lo largo de una escarpada pendiente. Para esta clase de ejercicios llevaba botas altas de cuero amarillo sin tacones, un vestido corto, sobre la cabeza una especie de sombrero á la marinera, y en la mano un baston de monte con el recaton de hierro. Luciano la encontraba así encantadora, y no podía separar de ella sus ojos. Con frecuencia volvían los dos juntos, precedidos ó seguidos por los que les habían acompañado en su excursión. Recorrían uno al lado del otro, á través de los campos, sendas estrechas en las que los accidentes del terreno les obligaban á tocarse más

de una vez. Luciano entónces se estremecía y se alejaba instintivamente de su compañera para reunirse á ella un segundo despues. En cuanto á Diana, se sonreía mirándole á hurtadillas, y silenciosa, continuaba tranquilamente su camino.

Por la tarde volvían á reunirse á orillas del mar; en Pouliguen no hay casino, y en los meses de Julio y Agosto, la playa es, al anochecer, el único sitio de reunion. Se sienta uno formando corro sobre la arena, se recuesta uno en una caseta ó en la empalizada de un chalet, y hablando de todo un poco, se descansa del baño y del paseo; se vé cómo sube ó baja la mar y se dispone uno para dormir. Algunas veces, la casualidad les colocaba el uno al lado del otro en la misma excavacion, apoyados contra la misma caseta, y al caer la tarde, los largos cabellos de Diana, agitados por la brisa, iban á acariciar el semblante de Luciano.

De este modo, á todas las horas del dia, se encontraba ella mezclada á su existencia. ¿La amaba? No era probable; ¿hubiera tenido el valor de huir de ella si hubiera creído amarla; porque en aquel momento, su razon era todavía la más fuerte. Pero su vista, su recuerdo le causaban una emocion de la que debió desconfiar. Cuando pensaba en ella, no eran sus cualidades morales, su amabilidad, su talento lo que él invocaba, eran sus facciones, su talle; todo lo que podía ver ó adivinar. Diana Berard se aparecía raras veces; *la mujer de fuego* se presentaba sin cesar. A cada instante recordaba la narracion de Desvignes, el baño fosforescente, y padecía seriamente á la idea de que otros hubiesen contemplado perfecciones y gracias que él sin duda no vería jamás. Si á lo mé-

nos el velo que la ocultaba á sus miradas no se hubiera descornado nunca, acaso habrfa concluido por resignarse; pero una punta de aquel velo se levantó, aquellas semi-confidencias avivaron su curiosidad, enardecieron de una manera peligrosa su imaginacion ya sobreexcitada.

Habiendo suplicado muchas veces á Mad. Desvignes las jóvenes que por lo general iban en su compañía, que las diera un baile en su chalet, el más grande de la playa, se decidió por fin á complacerlas y dirigió sus invitaciones. Se convino que aquella reunion, dispuesta de pronto, sería de toda confianza. Las jóvenes debían ir de vestido blanco alto, y cuando más, con algunas flores en los cabellos. Los caballeros estaban dispensados de ponerse el frac y la corbata blanca; y en cuanto á las mamás, despues de haber dejado á sus hijas en la sala de baile, y haberlas confiado á madama Desvignes, en atencion á lo estrecho del local, pasarían á hacer labor en el terrado que dominaba la mar.

Estas prescripciones se cumplieron casi al pié de la letra. Un juéves del mes de Agosto, en una hermosa y templada noche, unos cincuenta bañistas de ambos sexos, llegados de Pouliguen y de Painchâteau, tomaron posesion del chalet de Desvignes. María de Rioux, una de las primeras invitadas á aquella fiesta, habfa manifestado un gran deseo de asistir á ella, y su tio, á pesar de su rigidez de principios, no creyó que debfa privarla de aquel placer. Se la confió á Mad. Aubier, que se habfa resignado á ir de reunion por complacer á su nuera en ciernes, y sobre todo para proporcionarla la ocasion de encontrarse con Luciano.

María de Rioux se había conformado enteramente con las leyes suntuarias promulgadas por Mad. Desvignes. Llevaba el clásico vestido blanco alto de tul liso, sin bordados ni encajes. Los únicos adornos que se había permitido consistían en un pequeño ramillete de flores en sus hermosos cabellos negros, y una ancha cinta escocesa que la ajustaba el talle, formaba un lazo por detrás y caía á lo largo de la falda. Estaba encantadora con aquel traje, y Luciano, testigo del efecto que había producido en todos, no podía ménos de admirarla. Vestido de frac y corbata blanca, á pesar de las prescripciones, y sentado en el terrado cerca de su madre, porque en su calidad de magistrado, creyó que no debía mezclarse con los grupos de los que bailaban, se decía contemplando á María de Rioux, que aquella era sin duda la mujer que le convenía: al lado de ella, su vida correría honrada, tranquila y apacible; María llegaría á ser tan buena madre de familia como perfecta esposa; sus gracias nacientes, su belleza apénas bosquejada, sus encantos todavía en embrion, se dibujarían y se pondrían de relieve dentro de poco, y el estío, ya próximo, cumpliría todas las promesas de aquella deliciosa primavera.

De repente, mientras se bailaba un rigodon, se produjo un movimiento en la sala y todos los ojos se volvieron hácia la puerta de entrada. Era Diana Berard, que se adelantaba del brazo de Desvignes y seguida de su padre. Todas las jóvenes, despues de haber echado una rápida miradá sobre su tocado, empezaron á cuchichear entre sí; algunas hicieron un expresivo gesto, otras manifestaron su desagrado por medio de palabras pronunciadas en

voz baja. Era que Diana Berard, después de haber prometido conformarse con los reglamentos, los había infringido: en lugar de ponerse el vestido blanco, lucía descaradamente un vestido de tul negro. Ramos de serbal de un encarnado subido realzaban su falda, adornaban su cintura y sus cabellos. Una gran cinta, del mismo color que el serbal, estrechaba su talle. En fin, detalle increíble, había tenido el valor de escotarse! Pero si las jóvenes y las madres de familia ponían el grito en el cielo, los muchachos solteros y los hombres casados no se habían escandalizado. Las miradas que echaban á la bella Diana no eran en modo alguno de reconvencion. Parecía que la daban las gracias por haberse presentado á dar tono y esplendor á aquella reunion de un colorido un poco pálido, y Closel, inclinándose hácia uno de los que estaban á su lado, le dijo al oído: «Faltaba una reina en la fiesta; héla aquí.» En efecto, Diana Berard era la reina de todas aquellas muchachas; entre las más encantadoras, ninguna de ellas se la podía comparar. Las dominaba en todos los sentidos: por su elevada estatura, sus distinguidas maneras, su traje elegante, subelleza soberana. ¡Cómo se había eclipsado la estrella de María de Rioux ante los ojos de Luciano, deslumbrado desde la entrada de Diana! La primera, al lado de la segunda, le parecía una insignificante colegiala. ¡Qué distancia las separaba! La una era un sol, la otra apenas un satélite.

Pero no era la belleza de Diana la que tenía á Luciano fascinado: hacía largo tiempo que la rendía homenaje. Lo que le entusiasmaba en aquel momento, lo que comunicaba nuevo ardor á la es-

pecie de amor plástico que había consagrado á *la mujer de fuego*, era que al escotarse como lo había hecho, burlándose de los reglamentos, ella misma acababa de levantar una de las puntas del velo que la ocultaba á las miradas de Luciano. No ignoraba él que, á pesar de aquella nueva revelación, todavía había muchos misterios que profundizar, pero se aproximaba poco á poco á la verdad, y el dominio de sus conocimientos se ensanchaba. Aquellos hombros de un contorno tan perfecto, de un dibujo tan limpio, aquellas espaldas alabastrinas, aquel pecho ancho y desarrollado, aquella piel trasparente y fina bajo la cual se veía circular la sangre, le abrían nuevos horizontes. Lo que conocía le permitía adivinar lo que no conocía, y de deducción en deducción, de hipótesis en hipótesis, podía rivalizar en ciencia con Desvignes y Closel, los dos indiscretos testigos del baño revelador.

Entregado á su muda contemplacion y á los peligrosos delirios en que se perdía su pensamiento, fiel á su mutismo habitual cuando se encontraba en presencia de Diana Berard, no hubiera pensado en acercarse á ella en toda la noche ni en pintarla su admiracion, si Mad. Desvignes no hubiera ido á buscarle, y tomándole por la mano no le hubiera conducido delante de su ídolo.

—Mi querida Diana, dijo, sois la única señorita que, sin hacer caso de mis indicaciones, se ha presentado aquí en traje de baile; permitid que os dé por caballero al único de mis convidados que, con su frac y su corbata blanca, ha protestado, como vos, contra mis leyes suntuarias. Así es como yo me vengo.

Después de este pequeño discurso, fué á reunirse en un rincón de la sala donde estaba olvidada de todos, con *la capitana* del resguardo, y ésta la dijo al punto, señalando con la vista á Diana Berard:

—Si yo lo hubiera sabido, señora, me hubiera escotado.

—¡De buena hemos escapado! pensó madama Desvignes.

En el momento que Luciano había sido puesto en presencia de Diana, se oían los preludios de un vals. Diana se levantó y dirigiéndose al sustituto, que estaba de pié delante de ella:

—Puesto que, por orden de la dueña de la casa, le dijo, debemos bailar juntos, aprovechemos la ocasión. Si, como supongo, no sois un excelente valseador, no os apureis por eso. Cogedme el talle, según la costumbre, pero dejáos guiar: yo respondo de vos y de mí. No pongais resistencia, eso es todo lo que os pido. Hacéos el muerto.

El obedeció y se lanzaron, dando vueltas, en el salón. Para poder dirigir con más facilidad á su pareja, Diana se estrechaba contra ella y tenía cogida su mano con fuerza. Aquellos hombros, que poco ántes contemplaba de lejos, enajenado, los veía entónces cerca de sí, bajo sus ojos; su mejilla los acariciaba. Aquella cintura, tantas veces admirada, la sentía ondear y arquearse bajo la presión de su brazo. Aquel pecho maravilloso, formaba parte, por decirlo así, del suyo, podía contar sus latidos y sentir sus menores estremecimientos. Todo un lado de su cuerpo estaba en contacto directo con su compañera, y había momentos, en que sus piernas, sus rodillas se tocaban.

Al mismo tiempo, perfumes voluptuosos, ardientes emanaciones se elevaban hasta él y acababan de trastornarle.

Volvió á conducirla á su sitio. En el momento en que iba á separarse de su lado, ella le miró y le dijo : ¡ Qué pálido estais !

—No es extraño, dijo él, y añadió bruscamente, con voz ahogada : Os dejo. Adios, me voy á volver loco.

Estas palabras no la causaron admiracion ; sin duda tenía conciencia del efecto que producía su belleza ; quizás tambien, al lado de Luciano, experimentaba ella sensaciones semejantes á las suyas. Le siguió con una penetrante mirada, y como vinieran á invitarla para un vals, contestó que ya no bailaba más y se dirigió al terrado á reunirse con su padre, quien, habiendo encontrado dos oyentes benévolos, les explicaba el sistema de su hélice.

En cuanto á Luciano, se paseaba en la playa, decidido, por su parte, á no valsar más con Diana Berard. No quería exponerse á nuevos peligros. Se acordaba de aquella deliciosa escena de *El Lirio en el Valle*, en la que en un baile, un jóven, fascinado, magnetizado hasta cierto punto por unos hermosos hombros, perdió la cabeza, y no vaciló en posar sus lábios sobre el objeto de su admiracion. De más edad que el héroe de aquella aventura, no se encontraba por eso ménos expuesto que él á un impulso irreflexivo, y se preguntaba con terror qué hubiera sucedido, si en su posicion, en un salon en que se encontraba su madre, él se hubiera permitido una locura semejante. ¡Ay! acostumbrado por su profesion á sondear la conciencia

de los demás, se veía obligado á leer en la suya y tenía que confesarse que, durante las dos semanas pasadas ya en el mar, bajo el dominio de las excitaciones siempre crecientes y de enajenamientos continuos, sus ideas de prudencia se iban borrando poco á poco, y su imaginacion, cada dia más desordenada, tenía en jaque á su razon. Sin tratar de disculparse cuando analizaba aquellas nuevas sensaciones, reconocía que eran la consecuencia de su vida pasada y que sufría el castigo de una juventud mal comprendida, de una intempestiva moderacion. A los veinticinco años experimentaba las influencias que se experimentan por lo general al salir del colegio, y vivía, de una vez, todos los años que no había vivido.

Hizo, sin embargo, aquella noche algunos esfuerzos para combatir la pasion que le dominaba y trató, segun su costumbre, de encontrar al lado de María de Rioux fuerzas bastantes para luchar contra Diana Berard. Con la esperanza de que las gracias encantadoras y tranquilas de la primera, disminuirían las violentas emociones causadas por la segunda, subió la pequeña escalera que conducía de la playa al chalet, atravesó el terrado, pasó por delante de Diana sin volver la cabeza, y fué á sentarse al lado de María. La prueba era decorosa, pero poco hábil; no era aquel el momento oportuno para intentarla. En la disposicion de ánimo en que se encontraba, poner á Diana Berard y á María de Rioux una enfrente de otra, era querer perjudicar á la última; no podía luchar con su rival, sólo podía oponerle un encanto delicado y medio oculto, unas gracias sencillas y unas virtudes que se aprecian generalmente en la intimidad,

pero que no se ponen de manifiesto en un baile, en el que el triunfo pertenece únicamente á las cualidades de relieve.

Luciano, sin embargo, no cesaba de mirar á su compañera, trataba de estudiar sus facciones para conservar su recuerdo y servirse de él como de un escudo; pero sin que él lo supiera, á pesar de sus esfuerzos, era otro semblante, eran otras formas las que se grababan en su memoria. Cuando vió que sus esfuerzos eran inútiles, y que aún cuando buscaba á María de Rioux se encontraba siempre con Diana Berard, prefirió no violentar sus miradas á aislarse sobre un mismo punto. Libres ya, se lanzaron en el salon y sin vacilar se fijaron en la bella Diana. En aquel momento estaba hablando con Mr. de Séry, quien al lado de ella parecía todavía más conmovido que Luciano. «El desgraciado está herido como yo, se dijo Aubier, se halla bajo el influjo de esa fatal belleza. Ni su edad, ni su debilidad enfermiza, ni la frialdad que le demuestran le protegen. ¿Cómo he de ser protegido, yo que soy jóven, que me siento con muchas fuerzas que gastar y á quien ella busca?»

No se equivocaba; ella le buscaba en efecto. Si á causa de su primera existencia, experimentaba todavía las sensaciones de un adolescente, en cambio, gracias á su carrera, á la práctica de negocios delicados, razonaba como un hombre hecho, se daba cuenta de todo y analizaba los gestos y las palabras. No podía ménos de reconocer que agradaba á Diana Berard, esto era evidente. Hacía muchos días que leía su triunfo en las miradas, en las inflexiones de voz, en la actitud de la linda bañista. ¿A qué lo debía? ¿Qué cualidades la habían sedu-

cido? Todo y nada. Aquella jóven altanera, enérgica, más apasionada que cariñosa, ardiente, caprichosa, siempre tras de lo desconocido, ruda, un poco salvaje, sin ninguna ilusion, en busca de emociones, ignorante del peligro ó dispuesta á afrontarle, no admitiendo ningun imposible, corriendo en pos de los obstáculos á fin de vencerlos, á quien en sus primeros años habían faltado los consejos y la buena direccion de una madre, cuyo carácter no había sido hasta entónces dominado ni conmovido por ningun afecto, cuya naturaleza lasciva se agitaba impaciente bajo el peso de fuerzas inactivas, debía dejarse seducir por las maneras distinguidas y reservadas de Luciano, por su frialdad aparente, por sus indisputables prendas físicas, por lo que había en él de afeminado, por las continuadas resistencias que la oponía, por su posicion, por su talento de orador del que ella se había dado cuenta, por el lado misterioso de su carrera, por el fuego que ella descubría en sus ojos y por su habilidad en disimularlo, en fin, por todo y por nada, dirémos nosotros, para concluir como habíamos empezado.

Miéntras que nosotros hemos tratado de explicar esa cosa que no se explica: cómo y por qué dos séres se han amado, Diana Berard se había separado de Mr. de Séry, y hablaba con Desvignes y Closel. Nada ménos á propósito para volver á Luciano la calma y el sosiego que había ido á buscar al lado de María y que hasta entónces no había podido encontrar. La presencia de aquellos dos hombres, sobre todo cuando se hallaban con Diana Berard, le recordaba el baño misterioso al cual habían asistido é irritaba su pasion desmedidamen-

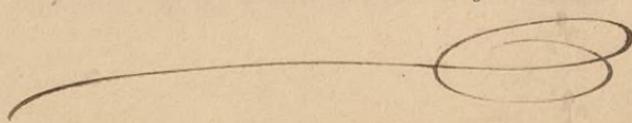
te. Su deseo de saber lo que ellos sabían era cada vez más vivo, y léjos de estar satisfecho con los nuevos conocimientos adquiridos durante el baile, sufría más cruelmente con su ignorancia.

Debía dar sin embargo un nuevo paso en sus estudios plásticos, gracias á una excursion á la villa de Piriac y á una partida de pesca de langostinos que Mad. Desvignes había organizado para dentro de tres días, cuando sus convidados se despidieron de ella y la felicitaron por la agradable fiesta que les había dado.

Ninguno faltó á la cita. Unas veinte personas se reunieron á eso de las nueve de la mañana, en el muelle, delante del chalet de Esgrigny. Al mismo tiempo llegaban la carretela de Desvignes y los únicos carruajes descubiertos que se pudieron encontrar en casa de los alquiladores del país; dos especies de breaks, de los cuales uno pertenecía á los Pinaud, los bañeros del sitio, y el otro á una anciana bretona, la viuda Lerno, que conducía ella misma su caballo blanco, todavía vigoroso á pesar de sus muchos años. Cuando todos estuvieron reunidos, se trató de repartir los carruajes: madama Desvignes ofreció generosamente el suyo, y quiso subir en el de los Pinaud; no lo consintieron y la obligaron á entrar en su carretela, despues de colocar dos centinelas en las portezuelas para impedir que saliese. Autorizada únicamente para elegir los que habían de acompañarla, designó á una de sus vecinas de la playa, una señora muy amable, Mad. M..., y para ocupar los dos asientos restantes á Mr. de Séry y Luciano. Estos dos habían esperado sentarse en el break al lado de Diana, y aceptaron no de muy buena gana el honor

que les hacían, miéntras que *la Capitana* del resguardo, obligada á tomar asiento en el carruaje de los Pinaud, lanzaba una mirada de envidia á los que acompañaban á Mad. Desvignes. El resto de los convidados se colocó como mejor pudo en los dos breaks, y se dió la señal de partir.

Al salir de Pouliguen, se abandona el camino que conduce á Croisic, y bien pronto se encuentra uno en medio de un país de los más curiosos: sobre una extension de cerca de dos leguas, ni árboles, ni campos, ni verdor: sólo algunas casas que forman el pueblecillo de Saillé, situado, como una isla, sobre una columna de granito. A derecha é izquierda del camino, á larga distancia, millares de pequeños estanques, reflejando los rayos del sol y colocados en un intrincado laberinto de diques y senderos. Son las lagunas saladas, ó salinas, única riqueza de aquella comarca. Las dependencias de que constan están destinadas á favorecer la cristalización de la sal y su explotación, y tienen diversos nombres. Varios caminos rodean la salina y sirven de paso á los hombres que, armados de una especie de rastrillo de madera, recogen la sal. Todo tiene un nombre raro en aquel país: allí la naturaleza reviste una forma extraña, el suelo reluce, el agua brilla, la llanura está plateada, y un perfume de violeta embalsama el ambiente. Los montones de heno de nuestros campos están reemplazados por unos montecillos de sal que esperan al sol, reflejando sus rayos, la hora de la venta; parecen pequeñas cúpulas de plata esparcidas á millares en la llanura. Los labradores de aquellas comarcas se llaman *salineros*; son altos y robustos, llevan el sombrero breton de an-



chas alas, blusa blanca que baja hasta las rodillas, y grandes polainas de tela, blancas como la blusa. Los jornaleros tienen también un nombre particular, y se les vé agitarse al rededor de las salinas recogiendo con una especie de cucharón la sal blanca y menuda que los *salineros* les ceden como salario. Mujeres bien formadas, y por lo general bonitas, sobre todo las de Saillé, corren con los piés descalzos y las faldas recogidas, á lo largo de las paredes de la salina. Llevan sobre su cabeza grandes cestas llenas de sal, y van á vaciarlas en un sitio determinado. Caballos y mulas éticas esperan tristemente á su amo á la orilla de la laguna. Sabiendo por una larga experiencia que en vano buscarían en los alrededores un solo tallo de yerba, se contentan con calentar al sol su enflaquecido cuerpo y agitar las campanillas de su collar.

Después el país cambia de aspecto, las salinas desaparecen, se vuelve á ver el campo y se llega delante de Guerande, una de las poblaciones más curiosas que nos ha legado la edad media. La yedra cubre por todas partes sus elevadas murallas admirablemente conservadas; racimos de madreselva y de clemátida adornan sus almenas, y sobre sus cuatro puertas macizas, en sus profundas bóvedas, en sus fosos llenos todavía de agua, se balancean el nenúfar y la espadaña. Es uno de esos soberbios nidos feudales que el tiempo ha marcado con su artística huella y al que tres siglos han impreso un sello maravilloso.

El carruaje de Mad. Desvignes, en lugar de seguir la senda plantada de álamos, olmos y fresnos, se internó en Guerande por la puerta de Saillé, y

Los dos breaks se vieron obligados á tomar la misma direccion, á pesar de su temor de hacer alguna avería en las calles estrechas y tortuosas que tenían que atravesar. Afortunadamente no era día de mercado, la poblacion estaba desierta, no encontraron ningun obstáculo, y despues de haber pasado por delante de la fachada exterior de Saint-Aubin, una de las curiosidades arqueológicas del país, salieron por la puerta Bizienne, que está al poniente, y se lanzaron en el camino de Piriac.

Entónces el paisaje adquiere más extension y se descubren magníficos horizontes. Se distingue de pronto la especie de isla sobre la cual están contruidos Pouliguen, Bourg-de-Batz y Croisic: se domina el canal de Traict, cubierto de embarcaciones, la calzada de Pembron y la de Tréhic. A lo léjos, se dibujan las islas Dumét, Hadic y Hout, rodeadas por las flotillas de pescadores de sardinas, y finalmente, el faro del Four, la costa del Morbihan y el Océano sin límites.

Despues de haber gozado durante una legua de aquel panorama, los tres carruajes atravesaron sin detenerse la Turbale, puerto de pescadores de bastante importancia, y llegaron á eso de las once á Piriac. Bajaron de los coches, cogieron las cestas de provisiones, y se dirigieron alegremente hácia la punta de Castelli, uno de los sitios más silvestres de aquella comarca. Trataron de poner la mesa delante de una de aquellas grutas que llevan nombres tan extraños: *El Agujero del Monje loco*, *la Gruta de Madama*, *la Colchoneta*, *las Almohadas*. Se decidieron por fin por *el Sepulcro de Almanzor*, y despues de haberse formado asientos en la arena y haber convertido en mante-

les á los periódicos, se precipitaron sobre los flambres y la empanada de rigor en toda comida de campo; trataron así de distraerse y de olvidar que el sepulcro de Almanzor era un antiguo altar druídico, sobre el cual los sacerdotes de Teutates hacían sacrificios humanos. El Dios de los Galos y los Germanos no hizo caso, al parecer, del poco respeto que le demostraban, y habiéndose terminado el almuerzo con toda felicidad, pensaron en la pesca de langostinos, objeto principal de aquella partida de placer. El momento era oportuno, y había sido perfectamente escogido: la mar bajaba hacía tres horas, y dejaba al descubierto una gran extension de arena y de rocas: todavía debía continuar bajando otras tres horas, lo que permitía ir bastante léjos sin ser sorprendido por las olas. Los unos se armaron de redes, llamadas *buitrones*, colocadas en unos mangos de madera para empujarlas hácia adelante; otros cogieron *lanzas*, pedazos de hierro de un metro de largo, para el caso en que se encontrasen langostas ó cangrejos de mar. Los más tímidos ó los más perezosos se contentaron con llevar las cestas destinadas á recibir la pesca; algunos otros, y entre ellos Luciano, se reservaron el derecho de no llevar nada.

Poco despues los que iban delante empezaron á dar gritos de alegría: los langostinos, muy grandes en aquellos sitios, se presentaban en abundancia; la langosta, dormida en un charco de agua, se despertaba al acercarse los pescadores, y cercada por todas partes trataba inútilmente de dirigirse al mar: todo anunciaba una gran pesca.

«¡Bah! á qué mojarse los piés!» se decían Luciano y Desvignes, que iban siempre á retaguardia.

Pero al fin tuvieron que avanzar, y cuando vieron que por todas partes les echaban en cara su culpable inercia, tuvieron que proveerse del buitron de rigor. Diana Berard, que se hacía notar por su celo, había llevado aparte á Luciano: «Qué! le decía, os han traído en carruaje desde Pouliguen á Piriac y os han dado de almorzar de una manera admirable, para que nos veais trabajar! Vuestra conducta es incalificable: habeis ocupado en la carretela de Mad. Desvignes y en la mesa del festin el puesto de un verdadero pescador; si no quereis contribuir con vuestra persona, podiais haberos quedado en vuestra casa haciendo labor con María de Rioux. Vamos, el que me ame que me siga!»

Estaba encantadora hablando así: su mirada, un poco animada por el champagne del almuerzo y el placer de la pesca, brillaba de una manera extraordinaria. Sus mejillas estaban más coloradas que de costumbre y á través de sus lábios enrojecidos por el aire, entreabiertos y sonrientes, se distingufan unos dientes de una deslumbradora blancura.

No se necesitaba tanto para vencer la afectada flojedad de Luciano y la resistencia que se había impuesto; cogió su buitron con mano firme, como lo hubiera hecho un pescador de profesion, y se lanzó en pos de las huellas de la mujer de fuego.

El pobre Mr. de Séry trataba de alcanzarlos, y sólo conseguía hundirse en la arena y tropezar en las rocas. Se habían dirigido hácia la punta de Penhareng: Diana registraba las rocas con su lanza, trataba de arrojar de ellas á los habitantes de la mar que allí se habían refugiado, y Luciano te-

nía su red dispuesta á recibir á los fugitivos. Hasta demostraba en sus útiles funciones una actividad digna de elogio, ya porque hubiera tomado gusto á la pesca, ó ya porque el entusiasmo de su compañera hubiera conseguido vencer su frialdad. A algunos pasos de ellos, un muchachillo del país llevaba una cesta en la que bullían ya confusamente las langostas, los cangrejos y los langostinos en gran cantidad. Sentado sobre una roca y ocupado en cubrir de ova la cesta para evitar que se escaparan los huéspedes confiados á su custodia, echaba de vez en cuando una mirada burlona sobre los pescadores de afición que le rodeaban, porque los demás se habían ido aproximando poco á poco. En fin, no pudo contenerse por más tiempo y dirigiéndose á los más inmediatos :

— Estais perdiendo aquí el tiempo, dijo; allá abajo en aquellas rocas hay magníficos langostinos.

— Tú eres muy malo, muchacho, replicó la graciosa *Capitana* del resguardo. Para llegar á esas rocas que indicas, es necesario meterse en el agua hasta las rodillas.

— Y bien! hizo observar Mad. Desvignes adelantándose, no estamos aquí para mojarnos?

— Sin duda, dijeron algunos.

— El salpicarse es lo que más divierte, dijo una muchacha.

— Yo, dijo otra, he hecho ya el sacrificio de mis botas.

— Es que, señoras, replicó la *Capitana* del resguardo, no se trata de nuestras botas sino de nuestros vestidos. Hay lo ménos un pie de agua.

— Tal vez haya dos, dijo el pilluelo.

— Pues es una gracia; quedaremos como una sopa para el resto del día.

— Tenemos un medio muy sencillo para no mojarnos, dijo Mad. Desvignes, quitémonos las botas y las medias como si fuéramos á bañarnos.

— Eso es, eso es.

— Sí, pero nuestros vestidos?....

— Nada más fácil, los levantamos.

— Oh! pero entónces... dijo la *Capitana* del resguardo.

— Entónces, qué?

— Nos verán las piernas.

— Vaya un inconveniente, exclamó Mad. Desvignes. Acaso hemos venido á Piriac á hacer dengues? Enseñar sus hombros en un baile ó sus piernas en la pesca, viene á ser la misma cosa, y además, el que piense mal peor para él! Veamos, yo doy el ejemplo.

— Y nosotras le seguimos, replicaron varias jóvenes.

— Yo, señoras, dijo la *Capitana* del resguardo con tono afectado, no creo que debo imitaros; mi marido me reñiría, os esperaré.

— Como queráis, señora, replicó Mad. Desvignes, que refugiada ya en una gruta con la mayor parte de sus compañeras, y al abrigo de las miradas masculinas, hacía una toilette de circunstancias.

— La *Capitana* debe tener algun defecto oculto, dijo Closel á Desvignes.

— Nunca lo he dudado.

— Por qué habeis invitado á esa insoportable criatura?

— Nosotros no la hemos invitado, ella se ha hecho convidar.

—Y bien! Diana, exclamó de pronto Mad. Desvignes, reuniéndose con su marido, no nos imitais?

—En qué? preguntó Diana Berard, que entretenida en perseguir una langosta rebelde, no estaba al corriente de la situación.

—Mirad, respondió Mad. Desvignes enseñando su nuevo tocado.

—La idea es excelente, exclamó Diana, y dentro de un instante estaré como vos.

—Pardiez! murmuró la *Capitana* del resguardo, desde el momento en que se trata de una nueva exhibición de su persona, estaba segura de que no vacilaría.

Luciano, fiel á sus deberes, continuó persiguiendo la langosta abandonada por Diana. Cuando despues de una gran lucha la hubo vencido y encerrado en la cesta de mimbres, buscó con la vista á su compañera de pesca. En aquel momento salía de la gruta convertida en gabinete de tocador de todas aquellas damas, y se adelantaba sobre la arena, ligera y sonriente, la falda artísticamente recogida, los piés descalzos, la pierna descubierta. No soñaba en semejante aparicion, y sintió como una especie de desvanecimiento.

La resolucion tomada por Mad. Desvignes y adoptada por sus compañeras, había animado de repente la playa de una manera pintoresca. Aquellos lindos y blancos piés, aquellas piernas delicadas ó robustas que corrían de un lado á otro, salpicadas de una menuda arena, cuyas plateadas partículas brillaban al sol, producían un efecto encantador. Un artista, un pintor, enamorado de aquel espectáculo, se hubiera tendido sobre la playa

á fin de no perder ni una línea, y admirar todos los contornos. Pero poco importaba á Luciano el conjunto del cuadro! No veía de él más que un lado, uno solo. No existía para él más que un punto luminoso; el resto se quedaba envuelto en la oscuridad. Y no era tampoco á Diana Berard á quien él admiraba. No se ocupaba ni de su lindo talle, ni de su busto elegante, ni de su expresiva cabeza. No tenía ojos más que para el nuevo descubrimiento que acababa de hacer. Analizaba con cariño aquel pie admirablemente dibujado, un poco moreno á causa de los baños de mar muy prolongados, aquellas sonrosadas uñas cortadas con esmero, aquel empeine encorvado, aquel talon fuerte y rollizo. Despues su mirada se dirigía más arriba y se extasiaba con la elegancia de la pantorrilla, que iba redondeándose poco á poco, tomaba en determinado sitio una voluptuosa gordura, y permanecía al propio tiempo nervuda y flexible. En tanto que se entregaba á aquel estudio, un rayo de sol, al dar de lleno sobre aquella delicada pierna, hacía resaltar el rojizo vello que la cubría y dejaba ver un delicioso lunar colocado en el nacimiento de la corva.

Los bañistas de Pouliguen no tuvieron por qué arrepentirse de haber seguido los consejos del pescadorcillo: en el sitio designado por él se cogieron hermosos langostinos, desconocidos en las demas playas. La pesca fué tan buena, que entretenidos con ella fueron sorprendidos por la marea que subía. La *Capitana* del resguardo, encargada de estar al cuidado de las botas, las medias y las ligas abandonadas en la gruta, que se había alejado de su puesto é internado en la playa, fué alcan-

zada por la ola y mojada hasta la cintura. Desvignes y Closel, testigos de aquel desastre, despues de haberse reido hasta más no poder, fueron á consolar á la náufraga y á aconsejarla que se quitara los vestidos para hacerlos secar sobre la arena. Ella se negó rotundamente y se envolvió de nuevo en su dignidad. Pero como ésta no la calentaba, tuvieron lástima de ella y apresuraron la partida. Despues de haber gozado durante toda la vuelta de una magnífica postura de sol, los alegres expedicionarios entraron á eso de las ocho en Pouliguen, fatigados pero al propio tiempo encantados de su excursion.

De este modo, poco á poco, la curiosidad de Luciano iba quedando satisfecha, el círculo de sus conocimientos se ensanchaba y daba un nuevo paso en el dominio de la ciencia. Pero se parecía á los intrépidos exploradores del Africa Central : al volver de un viaje, á pesar de los peligros que han corrido, sólo piensan en emprender otro, no tienen más que un pensamiento, caminar de descubrimiento en descubrimiento, y no quieren detenerse mientras exista un punto que explorar en la comarca ó region que se han propuesto conocer. Cada dia tenía más envidia de lo que sabían Desvignes y Closel. ¿Cada uno de sus nuevos descubrimientos, no le decía cuán favorecidos habían sido aquellos dos hombres, y qué placer debieron experimentar en los estudios completos que habían tenido ocasion de hacer? Aquel ardiente deseo de perfeccionarse y de igualar en ciencia á los más instruidos, llegó á ser en él una especie de enfermedad. Se preguntaba sin cesar, si la casualidad no le favorecería á él como había favorecido á sus

rivales. Nervioso, inquieto, agitado, solía pasearse con frecuencia, durante la noche, en las rocas testigos del baño misterioso. Pero la mujer de fuego ya no se bañaba una vez puesto el sol, y además, la mar es raras veces fosforescente en aquellos sitios.

Luciano se desesperaba y su idea fija le conducía insensiblemente hácia la locura, cuando se vió de pronto en salvo, gracias á una súbita inspiracion, seguida de una tentativa de las más culpables, sobre todo, por parte de un grave magistrado, pero excusable quizás si se tiene en cuenta el grado de exasperacion enfermiza á que había llegado.

Una mañana oyó en la playa la voz ágría é irritada de la *Capitana* del resguardo.

—Es una infamia, decía ella, voy á ir á quejarme al alcalde y al guarda campestre. Si es preciso, llevaré el asunto á los tribunales.

—Qué sucede, señora? preguntó Closel, que andaba por allí, como por casualidad, y que se acercó seguido de varias personas.

—Sucede, caballero, que han tratado de introducirse por fractura en mi caseta de baño.

—Ah! Dios mio! dijo con una admirable sangre fría. Y qué momento han escogido, señora, para cometer ese atentado?

—El momento, caballero, el momento en que... en fin... yo salía del baño é iba á vestirme.

—Muy bien, dijo Closel siempre imperturbable, acababais de dejar caer vuestro traje mojado. Era la ocasion oportuna.

—Cómo, caballero, la ocasion oportuna! dijo ella furiosa.

--Como la media noche, señora, es la ocasion oportuna para los ladrones. Todo es relativo. Lo que es malo para la víctima es bueno para el culpable. Supongo que le habréis preso?

--No le conozco.

--Será forastero?

--No lo sé.

--Sin embargo, si no le habeis conocido debe ser forastero.

--No podía conocerle.

--Estaba enmascarado?

--No, señor. Parece que lo haceis expresamente; os digo que no le he visto.

--Se ha introducido en vuestra caseta y no le habeis visto. Eso no es creible. Pongo por testigos á las personas que nos rodean.

--Me habeis comprendido mal, dijo ella turbada por la especie de interrogatorio que Closel la hacía sufrir. No es él el que se ha introducido, es su mirada, su mirada obscena... que yo he sentido fijarse en mí.

--Como la mirada del gavilan se fija en la paloma, dijo una voz entre la gente.

Era Desvignes que tomaba su parte en la diversion.

Closel continuó cada vez con más seriedad :

--Eso que me decís, señora, es grave, muy grave. Secretario del prefecto del Loira inferior, tengo, en ausencia de mi jefe, un deber que cumplir : el de velar por la seguridad y el bienestar del país, cuya administracion nos está confiada. Dignaos formular vuestra acusacion y yo daré parte, aun cuando tenga que conferenciar con el señor sustituto del procurador imperial, añadió vol-

viéndose hacia Luciano, quien no queriendo comprometerse, se contentó con sonreír.

—¡Dios mio! Caballero, yo ya he formulado, dijo la *Capitana* del resguardo, cada vez más turbada por las proporciones que al parecer iba tomando el asunto.

—Formulemos más, señora, formulemos. Una mirada se fijaba en vos. ¿Cuál era esa mirada? ¿Qué hacía esa mirada? ¿De dónde venía esa mirada?

—Venía de la caseta de al lado. Habían hecho un agujero con una barrena y...

—Basta, señora, comprendo. Vuestro pudor no debe sufrir por más tiempo. Yo me encargo de este negocio. Veré en seguida al guarda campestre, daré parte de todo al Prefecto, y si es necesario, á su excelencia el señor Ministro del Interior. Adios, señora.

Se inclinó respetuosamente, tomó el brazo de Desvignes y se alejó, mientras que la mujer del capitán del resguardo se preguntaba con ansiedad si los rumores que iban á esparcirse no comprometerían á su marido. «Yo debía tal vez impedir que el asunto siguiera adelante, se decía; el celo de ese jóven secretario le llevará demasiado lejos.»

Esta aventura fué durante dos dias el tema de las conversaciones de los bañistas de ambos sexos de Pouliguen. Se rieron grandemente de la *Capitana*, que no era simpática á nadie. «Es inverosímil, decían, que hayan tratado de contemplar sus formas; nadie se expone por gusto á semejantes espectáculos. Si algun atrevido hubiera cometido esa imprudencia, le hubieran encontrado en su caseta desmayado de terror.

—Tal vez, indicaba alguno, ella ha inventado esa historia para llamar la atencion.

—No puede ser, decía otro más indulgente, la *Capitana* es incapaz de inventar nada. El hombre de la barrena se equivocó sin duda; creyó que la caseta estaba ocupada por otra bañista.—¡Pobre muchacho! exclamaban, ¡cuál ha debido ser su admiracion y su espanto!»

Poco tiempo despues nadie se acordaba ya de aquella broma: sólo Luciano pensaba en ella alguna que otra vez. Se decía que en efecto, por medio de una hábil hendidura en el tabique, sería fácil ver desde una de las casetas lo que pasaba en la otra. Sólo era cuestion de hacer la abertura de antemano, lo más misteriosamente posible, y de procurar colocarse en la caseta inmediata á aquella que se quería vigilar. Pero este pensamiento no tuvo por de pronto nada de preciso; había sido emitido de una manera vaga y general. «Un jóven, sin posicion en el mundo, podría cometer una indiscrecion de este género, pensaba Luciano, pero un hombre que se respeta no podría, so pena de perder á sus propios ojos, hacerse culpable de semejante acción.» Algunos días despues, la idea era ménos vaga, tomaba cuerpo y se enunciaba del modo siguiente:» ¿No es una falta de delicadeza, un delito, sorprender los secretos más ocultos de una mujer? Yo nunca cederé á esta tentacion. Diana Berard no me ha dado ningun derecho para faltarla al respeto hasta ese punto.»

Pero, ya lo hemos dicho, hacía cerca de un mes que la imaginacion de Luciano Aubier estaba sobreexcitada de la manera más peligrosa. La envidia que le inspiraban Desvignes y Closel era

cada vez más intensa. Tenía la fiebre de lo desconocido, y había llegado á creer sériamente que se curaría el día en que hubiera satisfecho aquella imperiosa necesidad de ver y conocer, que se había apoderado de él. « Yo no la amo, se decía; he sido solamente fascinado, ofuscado por su belleza. He obedecido á una impresion enteramente física; esa impresion se borrará el día que me vaya de Pouliguen. Pero acaso sería más duradera si yo no cediese al capricho que se ha apoderado de mí, á la necesidad que me devora de no tener nada que envidiar á mis dos rivales. »

Resistió largo tiempo todavía. Por último, en una noche oscura, entró cautelosamente en la caseta inmediata á la de Diana Berard, y permaneció en ella algunos minutos. Al día siguiente, á la hora del baño, en el momento en que la bella Diana, despues de haberse entregado como de costumbre á sus caprichosos juegos de natacion, volvía á la orilla, Luciano entró, con el pretexto de desnudarse, en la caseta de la víspera. Tuvo cuidado de cerrarla herméticamente, á fin de hacer de ella una verdadera cámara oscura; despues se colocó, sin vacilar, en su observatorio. Al poco rato se abrió la caseta vecina, Diana Berard apareció, y tiritando un poco, se despojó de su traje mojado, se sentó en una silla, y tomó inocentemente su baño de piés, sin sospechar siquiera que la estaban observando. Los rayos del sol, penetrando á través de las mal unidas tablas de su caseta, la daban de lleno y parecían favorecer á Luciano. Este, inmóvil, conteniendo su respiracion, se abismaba en una larga y muda contemplacion. Cuando Diana se vistió, la siguió todavía con la

mirada, y cada vez que un importuno vestido le ocultaba una parte de aquel maravilloso cuerpo, su atencion se fijaba en otro detalle, y se absorbía en una admiracion parcial.

Algunos dias despues de esta calaverada, habiendo terminado su licencia, tomó el camino de Nantes, en compañía de su madre y de María de Rioux, que volvían tambien á la ciudad.

Poco tiempo despues, pudo Luciano Aubier justificar á costa suya, que es tan peligroso jugar con su imaginacion y sus sentidos como con su corazon, y que el amor de cabeza no le cede en violencia al otro amor. Se creía fuerte, porque suponía que no amaba en el sentido ordinario de la palabra: si al lado de Diana Berard experimentaba violentas emociones, no le inspiraba ninguno de esos sentimientos tiernos y delicados, inherentes, segun dicen, al verdadero amor. El la admiraba, pero no la quería. Ella obraba más sobre sus nervios que sobre su corazon. Orgulloso con este descubrimiento, seguro de triunfar, en un momento dado, de lo que él llamaba un capricho ó de la curiosidad, se había dejado arrastrar poco á poco á sensibles desvaríos, á peligrosos desórdenes. Se había pagado de palabras, y pronto iba á conocer su importancia. Capricho, ¡sea! Pero un capricho no satisfecho puede llegar á ser una pasion. Curiosidad, sea! Pero una curiosidad que poco á poco había obligado al grave sustituto á conducirse como un verdadero estudiante, á introducirse *con la vista* en el gabinete de tocador de una mujer, á

permitirse una especie de violacion de domicilio, esa curiosidad, decimos nosotros, era demasiado malsana para no acarrear alguna perturbacion moral. ¿No estaba ya sufriendo el castigo de su indiscrecion? Lo que la casualidad había enseñado á Desvignes y Closel, él tambien había querido verlo. Envidioso de los conocimientos adquiridos por ellos, se había decidido á instruirse y á superarlos en saber, y lo había conseguido. A su lado, aquellos dos señores no eran más que unos ignorantes, unos bachilleres delante de un doctor en derecho. Desde lo alto de su roca, á pesar de la fosforescencia de la mar, no habían podido hacer más que estudios incompletos; los suyos habían sido de los más sérios. Ellos se habían detenido sin duda alguna en las grandes líneas; él, había seguido todos los contornos, analizado todos los detalles y se había empapado en el asunto. ¿Estaba por esto más adelantado? Su indisputable superioridad sobre sus rivales le producía un gran bienestar? Sus estudios habían terminado, su educacion estaba completa, tenía su título; ya no podía envidiar á nadie y debía sentirse tranquilo, reposado. No sucedia nada de esto, sin embargo. Nunca había tenido sus nervios más sobreexcitados, nunca habían sido sus deseos más ardientes, jamás se había sentido ménos dueño de sí, ni más inquieto, ni más atormentado. Y es que si el estudio proporciona inefables satisfacciones, tambien tiene sus peligros; es preciso tener un alma muy bien templada para soportar el peso de ciertos conocimientos, y nunca desconfiarémos lo bastante del árbol de la ciencia; sus frutos son con frecuencia muy amargos. Desde que sabía, desde que había visto, Lu-

ciano sentía nuevas aspiraciones, se habían desarrollado en él otros deseos. Cuando los célebres navegantes, los intrépidos viajeros de que hemos hablado, descubren una nueva region, ¿creen ellos terminada su mision y les es permitido gozar de su trabajo? Nó ciertamente: no descansarán hasta el dia en que, á nombre de su gobierno, hayan tomado posesion de la tierra descubierta. Como ellos, Luciano no creía su tarea terminada; los sitios que había tenido ocasion de contemplar le habían parecido demasiado maravillosos para que no tratase de poseerlos.

Sus recuerdos le perseguían sin cesar, y el trabajo, al que se había dedicado con ardor, desde que había vuelto á Nantes, en nada le ayudaba. En su despacho, en la calle, en el tribunal, la mujer de fuego se presentaba á cada instante ante sus ojos, nó como la había visto durante un mes en el paseo, en traje de baile ó en traje de baño, sino como la había contemplado una sola vez, la última.

Y sin embargo, su razon luchaba siempre. Sufría como un niño y razonaba como un hombre. No en vano ha sido uno educado piadosamente, no en vano una familia honrada os ha enseñado el camino recto, y una madre cariñosa ha vigilado vuestros primeros pasos y os ha mecido con sus consejos. Además, ciertos cargos engrandecen á los que los desempeñan y les ponen al abrigo de toda caída moral. El se decía: «No se toma por mujer, no se busca para que llegue á ser la madre de sus hijos á aquella, que en vez de inspiraros dulces sentimientos, no os causa más que agitación, malestar y sufrimiento. El matrimonio debe

reunir dos corazones; está mal visto hacerle servir para legitimar dos caprichos. Un hombre sensato debe casarse con una amiga, con una compañera, y nó con una querida que no le dejará ni libertad de espíritu, ni libertad de acción.»

Aunque Diana había vuelto á la ciudad, él evitaba el verla. Huía de las casas en que hubiera podido encontrarla; se encerraba por temor de que la casualidad no le pusiera en su presencia. Trabajo inútil. Diana que no tenía ninguna razón para evitar su encuentro, y que acaso sufría por su silencio, le obligó pronto á romperle. Un día hizo que su padre le escribiera, para recordarle que el tribunal se iba á reunir en Nantes y pedirle las tarjetas ofrecidas en otro tiempo para poder asistir á los debates de la nueva sesión. Creyó que no debía rehusar, y como acababa de ser designado para hablar en la mayor parte de las causas, se expuso de este modo á encontrarse sin cesar con aquella de quien quería huir. Por lo demás, nunca había estado tan elocuente como en aquellas sesiones: la presencia de Diana, en vez de distraerle y estorbarle, le estimuló y le devolvió una energía, una claridad de ideas, una facilidad de palabra que había perdido desde su viaje. Ganó todas sus causas, es decir, que llenando las funciones del ministerio público, mandatario de la ley, hizo condenar por los jurados á todos los acusados contra los cuales tuvo que representar. Uno sólo fué absuelto, porque en vez de acusarle le defendió; hé aquí lo que pasó. Se trataba de un robo cometido á expensas de una mujer y acompañado de violencia y de golpes. La causa parecía que debía ser como las precedentes (falsificaciones ó abuso de confianza),

de esas á las cuales puede asistir todo el mundo: jamás se le hubiera ocurrido al presidente suplicar á las mujeres honradas que se retirasen. Pero los debates tomaron de pronto un giro inesperado: el acusado, hombre de veinticinco años, mozo de una quinta en Savenay, muy abatido desde que fué preso, y que ante el juez instructor se había negado á responder, se levantó de repente diciendo que había sido víctima de una calumnia y de una venganza. Sostuvo con energíá que jamás había pensado en robar á la que le acusaba. El la amaba apasionadamente y quería casarse con ella; ella rehusaba, y sin embargo, por coquetería, no cesaba de excitar su amor y de impelerle hasta el delirio. Un día, perdida la cabeza, había tratado de forzarla, y ella se había vengado acusándole de robo.

El ministerio público, en la persona de Luciano Aubier, hizo observar que aquella tardía relacion era inverosímil, mantuvo la acusacion tal y como había sido formulada, y pidió una severa repression. El abogado del reo, un jóven orador de los clubs, más fuerte en política que en derecho, defendió torpemente su causa, y se olvidó de sacar partido del incidente que se había presentado. Acababa de sentarse, y el presidente se disponía á resumir los debates, cuando Luciano pidió la palabra para replicar al defensor. Los jueces, los abogados, los jurados, los testigos se miraron con asombro. Replicar á qué, Dios mio? A tan detestable defensa? Esto era á la verdad demasiado celo y casi encarnizamiento contra el acusado. No le bastaba por lo visto al desgraciado haber sido tan mal defendido, era necesario todavía que se le

acusara de nuevo. Luciano habló, sin embargo, y pronunció una de esas magníficas improvisaciones, cuyo recuerdo aún se conserva en Nantes. Al mismo tiempo que parecía, con suma habilidad, que no abandonaba la acusación y continuaba cumpliendo los deberes de su ministerio, desenvolvió en favor del reo todos los puntos que el abogado se había olvidado de hacer valer, y defendió la causa de aquel desgraciado con una pasión y un calor extraordinarios. «Yo bien sé, exclamó, lo que el defensor hubiera podido responderme. Este hombre, hubiera dicho, de una conducta irreprochable hasta hoy, no puede haber robado. No se hace uno ladrón de pronto á los veinticinco años, después de haber servido siete en el ejército y haber obtenido una cruz. La instrucción se ha equivocado, pero nosotros estamos reunidos aquí para buscar la verdad, y no nos separaremos sin haberla encontrado. El acusado no es culpable, no puede ser culpable del crimen que, á consecuencia de intrigas fáciles de comprender, se han atrevido á imputarle. Sólo podeis echarle en cara un momento de extravío, un momento de locura y de embriaguez. Sí, de embriaguez, ¿creeis acaso que sólo el vino produce la embriaguez? ¡Ah! ella es mucho más terrible cuando es producida por una pasión largo tiempo contenida, que poco á poco se ha apoderado de vuestros sentidos, ha excitado vuestros nervios, ha vencido vuestras fuerzas, avasallado vuestra razón, dominado vuestra conciencia, ha trastornado vuestra cabeza, ha hecho de vosotros unos esclavos, unos brutos, unos locos! Yo estoy viendo á este desgraciado, á quien ni la educación, ni la familia, ni la religión podían prote-

ger, le estoy viendo presa de esa mujer cuya acusacion os ha permitido ya juzgarla y calificarla; porque, áun cuando la hubiera robado, debió callarse puesto que la amaba; le estoy viendo suplicándola que le conceda su mano, arrojándose á sus plantas, y en su lenguaje vulgar, pero no por eso ménos conmovedor, diciéndola: ¡Yo te amo y yo sufro!... Ella le rechaza. El se aleja y va á llorar en un rincon, como un pobre perro despedido con el pié... Pero la imágen de esa mujer está grabada de tal manera en su imaginacion, que le domina, le persigue, y no puede arrojarla de sí. La vé siempre, la vé sin cesar. Tal vez no es hermosa para vosotros, señores jurados, pero lo es para él. Esto basta. Y por lo demás, detrás de sus vestidos se ocultan quizás formas espléndidas, que hacen perder la razon á un hombre cuando una vez las ha contemplado. ¿No os acordais de estas palabras pronunciadas en el tribunal de Marsella, si no me equivoco, por un aldeano acusado de estupro: «¡Ah, señores, si como yo, la hubiérais visto desnuda!» Os sonreís, señores, como se sonrieron entónces. Lo esperaba. Haceis mal, esas palabras no son dignas de risa, porque son verdaderas. No son una de esas frases lanzadas á la casualidad para impresionar un auditorio: son un grito, un grito humano, un grito escapado á una naturaleza violenta, apasionada y brutal.

»La ve pues sin cesar, y sin cesar sufre; despues vuelve otra vez á su lado, y la repite lo que cien veces la ha dicho ya. Si ella le rechaza todavía, él habla de matarse. Ella hace más que rechazarle, se burla de él... Entónces una nube pása por delante de sus ojos y la estrecha entre sus

brazos... ¿ Vuestro veredicto debe enviar á presidio á este hombre ébrio de pasion , á este loco de amor? Nó. Vosotros no cometeréis semejante injusticia.

» Así es, señores, como sin duda debió hablar el defensor. Nosotros, ministerio público, nosotros hemos hablado de otro modo y nos creemos obligados á sostener nuestro parecer. Pero vosotros sois soberanos, señores jurados, y teneis el derecho de olvidar nuestra acusacion, para no acordaros más que de la defensa.»

El acusado fué absuelto.

Cuando terminó la audiencia, todos se acercaron á dar la enhorabuena al jóven sustituto. El presidente le felicitó por haberse encargado de oficio de una defensa, por decirlo así, abandonada. Los jurados le dieron gracias por haberles ilustrado, y muchos abogados fueron á estrecharle la mano con efusion y á decirle que era el maestro de todos en el arte de conmover un jurado. « ¡ Ah! exclamaba un anciano prior del colegio de abogados, ¡ qué mal haceis, señor sustituto, en no presentar vuestra dimision para inscribiros en nuestra lista! ¡ Cuánto mejor os quisiéramos tener por compañero que por adversario, y qué gran reputacion adquiriríais en poco tiempo! »

— Señores, respondía modestamente Luciano, os doy mil gracias por vuestra amabilidad. Pero os engañais en cuanto á mí; yo he nacido para convencer y no para conmover. Las funciones que desempeño son adecuadas á mi género de talento, que es frio y reflexivo. Si acabo de tener, segun decís, un momento de elocuencia apasionada, ha

sido por casualidad, creedlo; no sabría volver á empezar.

Habiéndose retirado á su despacho, el ugiere le entregó una targeta, y le dijo que deseaban verle. Pasó la vista por la targeta, palideció y dió la órden de que entrasen.

Eran Diana Berard y su padre, que no querían salir de la Audiencia sin darle las gracias por el billete que les había enviado y del que se habían aprovechado durante quince dias.

—¿Sabeis, caballero, dijo Diana, que no he faltado á ninguna de las sesiones en que habeis hablado?

—Os compadezco, señorita, replicó friamente Luciano.

—Pues yo no me compadezco de mí. He tenido un gran placer en escucharos: teneis un gran talento. Pero, os lo confesaré, despues del éxito que acabais de obtener, me agradais más en el papel de acusador que en el de defensor.

—¿No me habeis encontrado elocuente como abogado? preguntó.

—Al contrario, muy elocuente. Pero yo soy una original, ya lo sabeis. Yo admiro sobre todo en un orador la calma, la sangre fria, la frase limpia, incisiva, que va derecha al asunto, el razonamiento claro, la deducción fácil, la lógica, la verdad sin rodeos y sin afectacion. Eso es lo que me conmueve, y ninguno mejor que vos posee ese género de talento. En cuanto al otro, el que trata de apasionar, de enternecer y de hacer correr las lágrimas, lo confieso, no me hace sentir.

—En una palabra, señorita, preferís la frialdad á la pasion?

—Tal vez, dijo ella mirándole.

El también se atrevió á mirarla, y dijo :

— Hay momentos en que uno no puede ser frio; la sangre se sube á la cabeza, el corazon late más de prisa, y se olvida uno de su reserva habitual.

— ¡ Es evidente ! replicó ella con vivacidad. Entonces se llega á ser apasionado como vos lo habeis sido hace un instante, y lo parece uno tanto más cuanto que no está acostumbrado á serlo. En ese caso, perfectamente. Perdonadme mi profesion de fe, y no dudeis que os estoy muy agradecida.

Saludó para despedirse y quiso llevarse consigo á su padre. Pero Mr. Berard, que no había tenido aún ocasion de decir una palabra, creyó que también debía dar las gracias á Luciano y hacerle presente que recibía con frecuencia por la noche á algunos amigos, y que tendría mucho gusto en que les acompañase.

— Mil gracias, caballero, dijo sencillamente Luciano, inclinándose.

Cuando se quedó sólo, toda su calma le abandonó. « ¡ Ah ! murmuraba paseándose muy aprisa en su despacho, ¿ qué ha venido á hacer ella aquí ? ¿ Por qué ha despertado recuerdos que yo me esfuerso tanto en olvidar ? ¿ Tendré todavía fuerza para dominarlos por mucho tiempo ? ¿ No cometeré al fin alguna insigne locura ? »

Sin embargo, no se aprovechó de la invitacion de Mr. Berard. Era necesario conceder algo á su razon que, de vez en cuando, le hablaba todavía. Pero desde aquel momento, ya no tuvo valor para huir de la que amaba. ¿ Con qué objeto, si cuando él no la buscaba ella le salía al encuentro ? Se la

encontraba al volver del tribunal, en el boulevard Delorme donde él vivía con su madre, en el muelle de la Fosse, en el jardín de Plantas, en la plaza Graslin, en el pasaje Pommeraye, que son para los Nanteses otros tantos sitios de paseo y reunion, y vienen á ser como los boulevares en París. La veía en todas las reuniones oficiales; en casa del prefecto, del general comandante de la division, del presidente del tribunal, y en algunas tertulias íntimas á donde había tenido que ir por efecto de las relaciones adquiridas en Pouliguen, entre otras la de Mad. Desvignes. Despues de cada uno de aquellos encuentros, se sentía ménos fuerte, se sentía perdido.

Sin embargo, todavía no se habían hecho ninguna declaracion. Estaba reservado á los salones del prefecto el escuchar sus primeras confidencias, que fueron imprevistas, extravagantes, brutales como su pasion.

Acababan de valsar y Luciano, despues de haber acompañado á Diana á su sitio, en un pequeño salon solitario en aquel instante, se había contentado con saludarla, y se alejaba ya, cuando de repente, se volvió con rapidez, corrió hácia ella y cogiéndola las manos:

—Yo os amo, exclamó.

Ella se levantó y dejando sus manos entre las de Luciano, mirándole cara á cara y con una voz vibrante:

—Y yo, ¡yo te amo! le dijo.

Algunos importunos entraron en el salon; se alejaron el uno del otro, y no se hablaron más en toda la noche.

Ella había dicho la verdad; ella le amaba. Y

aquel amor era más acendrado, más puro que el de Luciano. En efecto, si bien es cierto que ella no desdeñaba las cualidades físicas del jóven sustituto, sus facciones regulares y bellas, su airoso cuerpo, su distincion natural, á ella la habían seducido, y lo hemos dicho ya, la posicion que él ocupaba, su indisputable mérito, su talento de orador, y más que todo esto, su moderacion, su calma, su frialdad aparente. Para Aubier, el punto de partida de su amor había sido la hermosura de Diana; su carácter extraordinario, su extravagancia. Por el contrario, él había agradado porque rara vez se vendía, porque era con frecuencia indefinible, porque excitaba la curiosidad, porque era dueño de sí, porque nunca dejaba de ser hombre de mundo. Y hé aquí porqué el amor de Diana Berard iba á ser más formal, más vigoroso, de más vida y más exaltado que el de Luciano: las cualidades que ella apreciaba en él, no podía perderlas, eran inherentes á su naturaleza. Hasta en los transportes de la pasion, no sabría salirse de la reserva que le era peculiar. En cierto sentido, él debía permanecer siempre misterioso y velado; y ocupada sin cesar en definirle y en comprenderle, ella no vería nunca disminuir su amor. En cuanto á Diana, no debía tardar en pronunciar su última palabra: el dia en que ella se entregase, se abandonaría por completo, nada más habría que esperar de ella, y la pasion de Luciano se consumiría por falta de nuevos alimentos. El amor puede nacer de otro sentimiento que la curiosidad, pero casi siempre es la curiosidad la que le sostiene.

Hemos caminado más de prisa de lo que que-

ríamos , hemos tratado de leer en el porvenir amoroso de Luciano Aubier y de Diana Berard , sin saber si sus amores estan destinados á tener un porvenir. ¿Qué iba á resultar de sus mútuas confesiones? ¿Qué partido iba á adoptar por fin Luciano? Tal vez hubiera continuado todavía inactivo por mucho tiempo , combatido por la pasion que le gritaba : «Cásate con ella, no tienes otro medio de recobrar la calma ,» y por la prudencia que no cesaba de repetirle : «la felicidad no está en ese matrimonio , no es esa la mujer que te conviene.» Pero estaba reservado á Mad. Aubier el trabajo de arrancarle de sus irresoluciones.

No había recibido ninguna confidencia de su hijo , ignoraba lo que pasaba en aquel corazon , rebelde á las expansiones , impenetrable á la misma solicitud maternal. Por eso un dia , creyó ella que podía hacer la cosa más natural y más sensata del mundo , suplicando á Luciano que se explicase sobre sus proyectos respecto á María de Rioux , llegando hasta decirle que ella había sondeado el terreno , que su petición sería bien recibida y que sólo de él dependía el obtener la mano de aquella jóven. El respondió claramente á su madre que debía renunciar á sus proyectos , y que no se casaría con la sobrina del presidente. Mad. Aubier quiso conocer los motivos de una resolucion tan firme , de una resistencia tan repentina é imprevista , y entónces , instado , apurado , feliz tal vez al ver forzar su corazon que él no sabía abrir , al sentirse arrastrado con violencia en la senda de las confidencias y las resoluciones , confesó su amor á Diana.

Apénas se hubo explicado , apénas Mad. Aubier

creyó comprender, le interrumpió y declaró con gran firmeza que ella nunca consentiría en su casamiento con Diana Berard. Como á su vez, él la preguntase los motivos de una negativa tan enérgica, ella, para hacerle renunciar á sus proyectos, le dió las razones que cien veces se había dado él á sí mismo. El instinto maternal de Mad. Aubier la hizo formar de Diana el mismo juicio que Luciano había formado otras veces. Pero en el proceso en que le hemos visto defender de pronto la causa del acusado, contra el cual acababa de lanzar una elocuente requisitoria, nos ha dado ya la medida de su talento, flexible y dócil á los cambios: cuando oyó acusar á Diana, olvidó sus defectos que él mismo había descubierto, se acordó solamente de sus seductoras cualidades y la defendió con calor. Pero no obtuvo con su madre el éxito conseguido en otro tiempo en el jurado. Ella permaneció inflexible en sus resoluciones. Acaso hizo mal en mostrarse tan absoluta: si Diana Berard, por temperamento amaba la lucha, si los obstáculos encontrados en su camino, léjos de detenerla, la daban más ánimo para llegar al objeto, Luciano Aubier debía parecerse á ella y participar de sus gustos, no por temperamento, sino por costumbre, por consecuencia de su carrera que es una lucha continua y en la que sin cesar se hacen esfuerzos para vencer, en lo criminal ante el jurado y en lo civil ante los jueces, los innumerables obstáculos puestos por el defensor ó por el abogado de una de las partes. En el momento en que madame Aubier pronunció su fallo sobre su matrimonio, él todavía no habia resuelto nada; vacilaba incierto, creyendo no depender más que de su vo-

luntad y ser el único árbitro de su destino. Al mismo tiempo que reconocía su error, cesaron sus incertidumbres; ya no tuvo más que un deseo, triunfar de los obstáculos que se le oponían.

Emprendió la lucha; todos los días, y á todas horas, abogó por su causa y la de Diana Berard. Pero tenía que habérselas con uno de esos caracteres enteros y duros, que no transigen jamás en ciertas cuestiones, con una de esas mujeres chapadas á la antigua, que se encuentran solamente en provincia en algunas familias de toga ó de espada, inflexibles consigo mismas para tener el derecho de serlo con los demás, pertinaces y firmes en sus designios, sabiendo á dónde van y lo que quieren, enemigas declaradas de las debilidades del corazon y de las reconciliaciones con la conciencia, dispuestas á sacrificar el objeto de su afeccion, ántes que consentir en lo que consideran como una falta ó como una caida.

Al cabo de algunas semanas, Luciano tuvo que renunciar á convencer á su madre, quien por lo demas, acabó por no quererle escuchar. Entónces se resolvió á dar parte á Diana de la situacion en que se encontraba. Despues de sus mútuas confesiones, reiteradas con frecuencia, creyó que por lo ménos la debía franqueza y confianza.

Un dia, á eso de las tres de la tarde, despues de haber visto á Mr. Berard en el pasaje Pommeraye, y adquirido la certidumbre de que no le encontraría al lado de su hija, se dirigió hácia la casa en que vivía Diana, en una de las calles pequeñas y tranquilas inmediatas al jardin de Plantas. Desde una alameda en donde se paseaba con frecuencia, la había visto algunas veces en su balcon y sabía

que vivía en el segundo piso. Subió, pues, sin detenerse y llamó á su puerta.

— Mr. Berard? preguntó á la doncella que vino á abrir.

— El señor ha salido, dijo ella; pero reconociendo á Luciano por haberle visto con frecuencia en Pouliguen con su señorita, añadió, según él lo esperaba: ¿Si quereis ver á la señorita?...

— ¡Oh! no quisiera molestarla.

— De ningún modo, caballero, dijo la muchacha, con ese celo tan natural en los criados de las casas de la clase media. Voy á avisar á la señorita. Podeis pasar á la sala.

El la siguió y se quedó sólo.

Aquella sala, que comunicaba con una de las más lindas calles del jardín, plantada de magnolias y camelias, recordaba una época en la que Mr. Berard no inventaba todavía, y no había arruinado enteramente á su mujer y á su hija. Algunos muebles antiguos salvados del naufragio de su fortuna y llevados de París, atestiguaban ciertas costumbres de elegancia y de lujo; pero en vano se hubiera buscado en aquella pieza algo que recordase la presencia constante de una jóven; no se veía sobre las mesas ninguno de esos álbums, de esos periódicos de modas, de esas labores, de esas mil fruslerías de que se rodean las mujeres y que dan la vida á una habitacion. El piano, cuidadosamente cerrado, parecía estar allí de adorno; ningún papel de música indicaba que se sirvieran de él. A no dudar, la dueña de la habitacion gustaba de vivir fuera de su casa, y cuando no salía, la existencia contemplativa y las largas meditaciones bastaban á su felicidad.

Diana entró vestida con una especie de bata, elegante como todo lo que ella llevaba, pero más propia de una mujer casada que de una joven soltera. Sorprendida indudablemente en traje de mañana por la visita de Luciano, para recibirle se había arreglado con precipitación á juzgar por sus cabellos un poco desordenados y por los polvos de arroz que se veían en sus mejillas.

— Preguntais por mi padre, le dijo tendiéndole la mano. ¿Teneis que hablarle?

— Nó, contestó él con gravedad. Yo sabía que Mr. Berard había salido; quiero hablar á solas con vos.

Ella le miró con inquietud, le hizo seña de que se sentára en el sofá, y tomando asiento á su lado:

— Hablad, le dijo.

Entónces él la contó lo que había pasado en su existencia durante un mes: sus proyectos, su conversacion con Mad. Aubier, sus contínuas luchas, y por fin la persuasión en que estaba de no poder triunfar de la oposicion maternal.

— ¿Creeis que no sabía yo todo eso? dijo ella, cuando él hubo terminado.

— Cómo?

— Sin duda. Hace ya mucho tiempo que he leído en los ojos de vuestra madre que jamás me admitiría por nuera. ¡Ah! yo tenía demasiado interés en agradarla, añadió ella con tristeza, para no comprender que nunca la agradaría.

Y como él tratára de excusarse y de excusar á su madre, ella le interrumpió diciéndole:

— Es inútil. Ni vos habeis herido mi amor propio ni yo voy á herir el vuestro. Si Mad. Aubier os crea dificultades, tambien mi padre me pone á mí

inconvenientes. Sí, he creído que podía hablar con él, no de vuestros proyectos, puesto que no me los habeis confiado, sino de mis secretos deseos, y los ha reprobado. Dice que sois demasiado jóven para mí, que dependeis, por vuestra posicion, de una de esas catástrofes políticas siempre de temer en nuestro pais; en fin, os echa en cara lo que tambien me echan en cara á mí; el no tener bienes de fortuna. Sólo que vuestra madre, debo hacerla esta justicia, no piensa más que en vuestro porvenir, y mi padre, sin darse cuenta de ello quizá, piensa siempre en su hélice. Cree con razon que sois demasiado formal para animarle en sus empresas, demasiado pobre para ayudarle, y continúa prefiriendo un yerno como Mr. de Séry, bastante débil de ingenio para creer en los inventores, bastante rico para beneficiar sus privilegios. ¡Ah! mi querido amigo, si vos dependeis de una madre demasiado austera y que os ama mucho, yo dependo de un padre que no me ama lo bastante. Pero de qué sirven estas quejas? Sin duda habeis venido á participarme alguna determinacion. Cuál es?

— ¡Ay! de mí! dijo, no tengo ninguna determinacion que comunicaros. Vengo á pedir os un consejo.

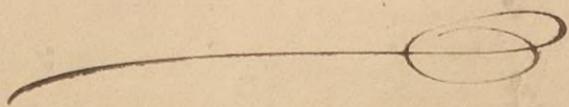
— ¡Un consejo! yo no debo dárosle. Debeis hacer lo que os dicte vuestro corazon.

— ¿Qué os dictaría el vuestro?

— El mio, dijo ella, animándose, no es necesario consultarle. No escucha la razon; obedece á sus inspiraciones, á sus deseos.

— ¿Cuáles son?

— Ya los conoceis. ¿Tendré necesidad de hacer os nuevas confesiones?



— ¿Entonces qué conducta os dicta?

— ¡Oh! si se tratase sólo de mí, no habría dificultades; soy mayor de edad, y no necesito para casarme el consentimiento de mi padre.

— Estais en un error, es indispensable.

— Pero si me le rehusa, yo puedo sustituirle por eso que llamais, segun creo, requerimientos respetuosos.

— ¡Qué! dijo él, no temeriais...

— Nó, ciertamente... ¡Ah! os he prevenido; no os admireis. ¿Por qué había yo de sacrificarme á un padre que no sacrifica nada por mí? ¡Oh! vos no estais en la misma situacion que yo, lo reconozco y no pretendo...

— Nó, nó, exclamó él, levantándose y paseándose con agitacion; ántes sufrir, ántes morir, que causar á mi madre semejante disgusto. Requerimientos á ella! Ni siquiera se le ha ocurrido que la ley me ha dado armas contra ella y que yo podfá invocarla. ¡Oh! nó, ya veis, hay familias en las que no se hacen esas cosas.

Diana no pareció fijarse en lo que tenía de cruel para ella la última frase escapada á Luciano, y respondió:

— No trato de censuraros. Teneis una madre, y os quiere con delirio. Hasta os confesaré que, previendo su negativa, había tambien previsto vuestra sumision.

Guardó un instante silencio, despues de pronto, se levantó con rapidez, corrió hácia él, y cogiendo sus dos manos:

— ¿Qué hacer entonces? dijo.

Luciano bajó los ojos ante su mirada clavada en él.

— ¿Me amais, continuó ella, como habeis dicho que me amabais?

— Sí, contestó él levantando la cabeza.

— ¿Me amais con pasion?

— Sí.

— ¡Pues bien! Todo es permitido á dos séres que se aman como nosotros nos amamos, y á quienes quieren tener eternamente separados. Nosotros no podemos casarnos, ¡yo seré vuestra querida!

Luciano retrocedió: tanto amor, tanta resolucion, tanta audacia, en vez de entusiasmarle, le dejaron frio. No se sentía á la altura de semejante mujer: tenía miedo... Y ella, que acaso se hubiera alejado, si cogiéndola la palabra, él la hubiera arrastrado hácia sí y estrechado en sus brazos, se mostró más apasionada al ver que la rehusaban el derecho de sacrificarse.

— Sois el primer hombre que ha hecho latir mi corazon, exclamó acercándose á él; no latirá jamás por otro, yo lo juro. Sois tambien el único— no cuento á Mr. de Séry porque es un enfermo y un viejo— que, sabiendo que no tengo dote, me habeis amado lo bastante para querer casar conmigo. ¿Por qué no me he de sacrificar por vos? El mundo me despreciará. ¡Qué me importa si soy dichosa!

— Nó. dijo él, no tengo el derecho de deshonoraros porque me ameis y porque yo os ame. Yo no puedo, yo no debo aceptar semejante sacrificio.

— Os espanta!

— Por vos, lo confieso.

— Y por vos tambien. Teneis miedo al escándalo.

—No había pensado en ello, respondió con firmeza, no pensaba más que en vos. Pero, puesto que me lo recordais; sí, temo el escándalo, que causaría á mi madre tanta pena como mi desobediencia á sus órdenes.

—Entónces todo ha concluido. ¿Debemos renunciar el uno al otro?

—Nó, las resoluciones de mi madre pueden modificarse. Yo esperaré.

—Esperaréis? preguntó ella, como si las palabras de Luciano la fortificasen en una idea que había tenido anteriormente.

—Sí por cierto, dijo él sin vacilar.

—¿Estais decidido á no casaros más que conmigo?

—Muy decidido, suceda lo que suceda.

—Sucedá lo que suceda, repitió ella pensativa; despues replicó: ¿Me esperaréis tres años?

—Sí.

—Me lo jurais?

—Os lo juro.

—¿Por qué?

—Por mi honor. No conozco otro juramento.

—¡Está bien! Ese me basta, y tengo fe en vos.

Despues se separaron.

Al dia siguiente de esta entrevista, Luciano recibió una carta en la cual uno de sus parientes, consejero en el tribunal de casacion, le encargaba que pidiese inmediatamente una licencia y que fuera á pasarla en París. Se trataba de presentar al jóven sustituto al nuevo canciller, con quien el consejero tenía muy buenas relaciones. Luciano partió sin vacilar; tenía, en aquel instante, necesidad de movimiento, de distraccion, y era di-

choso al alejarse de Nantes por algun tiempo.

— Cuando volvió, dos meses despues, la primera persona que se encontró en la estacion fué á Desvignes.

— ¡ Cuánto tiempo habeis estado ausente! le dijo éste.

— El ministro me había encargado un trabajo que tuve que concluir ántes de abandonar á París.

— ¡ Sea en buen hora! ¿ Y qué noticias traeis de la gran ciudad?

— Las que habeis leído esta mañana en vuestros periódicos. Nada más. Y aquí?

— Nada. Se aburre uno como de costumbre, á las mismas horas. No hemos tenido para distraernos más que dos bailes y una boda.

— Una boda, cuál?

— ¡ Eh! ¡ pardiez! Bien lo sabeis. No pueden menos de habéroslo dicho.

— Sólo mi madre me ha escrito, y no me ha hablado de ninguna boda.

— ¡ Ah! ¡ eso es demasiado! Soy yo quien vá á daros la noticia. ¡ Pues bien! querido amigo, cuando las mujeres se empeñan en querer casar á uno siempre lo consiguen. Mi mujer logró su objeto.

— Cuál?

— El de casar á su protegido, Mr. de Séry.

— Con quién?

— Con la que él amaba, con Diana Berard..... Pero, ¿ qué teneis? Os poneis pálido, cualquiera diría que os sentís mal.

— No es nada, dijo, reponiéndose por un gran esfuerzo de voluntad. El viaje me ha fatigado mucho, y no he tomado nada desde que salí de París.

— ¡ Qué decís!... Y yo que os estaba entretenien-

do con historias que nada os interesan!... Venid, amigo mio, venid, tengo aquí cerca mi carruaje y os llevaré á vuestra casa.

Luciano aceptó, y miéntras se dirigían al boulevard Delorme, Desvignes continuó hablando con su acostumbrada locuacidad, y decía:

— Si os he de hablar con franqueza, no me ha agradado ver á mi mujer ocuparse de ese matrimonio. Un hombre tan enfermo como Mr. de Séry no debe casarse. Mad. Desvignes dirá lo que quiera, pero yo no me equivoco, está tísico hasta la médula de los huesos. Con grandes cuidados hubiera prolongado algunos años su existencia. Pero no es buen modo de cuidarse el casarse con una mujer jóven y bonita como Diana Berard. Apostaría á que no vive dos años, y muy pronto la mujer de fuego llegará á ser un gran partido, porque de Séry la ha reconocido una dote considerable, sin contar con que, si ella sabe manejarse, la dejará toda su fortuna.

Habían llegado al boulevard Delorme, y se separaron.

Luciano acababa de comprender la frase pronunciada por Diana en su última entrevista con él: «Me jurais esperarme tres años, suceda lo que suceda?»

Y él lo había jurado.

Al dia siguiente de su llegada á Nantes, Aubier, despues de haber hecho algunas visitas oficiales, emprendió de nuevo sus trabajos.

En la orilla izquierda del Loira, á diez leguas de Nantes y á seis kilómetros de Paimbœuf, se levanta el castillo de la Sauvinière, propiedad de los Séry desde hace más de un siglo. Empezado, segun se cree, en el reinado de Enrique IV, y terminado en el de Luis XIII, debió ser construido en el terreno de un antiguo dominio feudal, que recuerda todavía una vieja torre guarnecida de buhardas y tapizada por el tiempo de yedra y madre-selva. Se compone de dos pisos cubiertos por tejados muy extensos y grandes chimeneas, en las que así como en el resto del edificio, se hallan muy bien combinados la piedra y el ladrillo. En medio de las dos fachadas, de las cuales la una mira al Loira y la otra al campo, gradas rodeadas de una balaustrada de hierro fundido, de un trabajo notable, conducen á los parterres. Estos forman al rededor del castillo un vasto terraplen cerrado, en toda su extension, por profundos fosos que se atraviesan por medio de un puente fijo echado en el sitio del antiguo puente levadizo y sostenido en la vieja torre. Grandes praderas, cortadas de trecho en trecho por una hilera de árboles nuevos, empiezan en el foso y terminan en el Loira, mientras que por detrás se extienden bosques espesos, una verdadera selva plantada de encinas, hayas y abetos. Praderas, bosques y selva, en una extension de cien hectáreas, son del dominio de la Sauvinière y hacen de ella una posesion de gran valor.

Un castillo tan pintoresco, admirablemente situado y casi histórico, porque si hemos de dar crédito á la crónica, había pertenecido á la mujer de René de Rohan, Isabel d'Albret, hija del rey de Navarra y hermana del abuelo de Enrique IV, de-

bía inspirar á los que le habitaban el deseo de tenerle en un perfecto estado de conservacion y de embellecerle cada vez más. Sin embargo, Mr. de Séry, enfermo, desesperanzado, sin familia, sin heredero directo á quien legar la Sauvinière, no se cuidaba de ella hacía muchos años y dejaba que se deteriorase, cuando Diana Berard llegó á habitarla desde el dia siguiente al de su casamiento.

— Aquí es donde quiero vivir, léjos del mundo, en un absoluto retiro, dijo ella á su marido. Esto os conviene?

Si le convenía aquello! Precisamente era su sueño, su más ardiente deseo. Qué! en el momento en que temía que ella tuviera la intencion de hacerle pasar una existencia vagabunda y mundana, tan contraria á su edad y á sus gustos, en que se disponía á sufrir esos mil pequeños dolores reservados á los hombres sobrado imprudentes para casarse á los cincuenta años con una mujer jóven y bonita, ella le proponía vivir en una tierra en que había nacido, que amaba, y vivir sola con él, léjos de los importunos y de los seductores. Ni siquiera había soñado tener tan buena fortuna, y anticipándose al punto á los deseos de Diana, la dió plenos poderes para devolver á la Sauvinière su antiguo esplendor.

Ella no perdió un instante; hubiérase dicho que Mr. de Séry la había legado en testamento su castillo y que esperaba llegar á ser dentro de poco su única propietaria. Se hicieron venir artistas y operarios de todas clases, y dirigidos por Diana se pusieron á la obra. Demasiado inteligente para que intentara cambiar nada en las disposiciones exteriores del edificio, se contentó con encargar tra-

bajos interiores destinados á dar á las habitaciones la comodidad y el lujo que les faltaba. En el piso bajo hizo pintar de nuevo, como lo habían estado anteriormente, los techos imitando vigas, y revestir las paredes de grandes tapices antiguos, todavía resplandecientes de color, comprados en una venta que tuvo lugar en aquella época en un castillo vecino llamado Plessis-Mareil. El pequeño salon del primer piso, el que ella debía ocupar de ordinario, fué cubierto de tapices de Beauvais, y encargó á un verdadero artista que pintara sobre las puertas y en el techo de su alcoba asuntos galantes al estilo de Lancret y de Watteau. Un delicioso tremol firmado por Francisco Boucher, fué sacado de un armario en donde Mr. de Séry le conservaba cuidadosamente, y colocado sobre la chimenea. Las paredes fueron colgadas de lustrina de variados dibujos, y la misma tela sirvió para cortinas y para cubrir los sillones y el lecho. Un espejo y una pequeña araña de Venecia, un relój de sobremesa de cobre, de elegante forma, dos muebles de Carlos Boule, un excelente retrato de Largillière representando una abuela de Mr. de Séry, célebre por su hermosura en la corte de Luis XV, acabaron de adornar aquella habitacion, que parecía dispuesta por una mujer enamorada, para recibir en ella á su querido amante. Al propio tiempo, grandes cofres de madera esculpida, que aún se ven en ciertas partes de la Bretaña, armarios y mesas de ébano con incrustaciones de marfil, sillones antiguos á lo Luis XVI, artísticamente reparados, sirvieron para amueblar las demas piezas del castillo. En el exterior se volvió á colocar sobre la puerta de honor el escudo de armas feudal, que hacía tiem-

po se había caído, y todas las veletas flordelisadas que el viento había esparcido acá y allá. Los jardineros recibieron la orden de formar de nuevo los cuadros de los jardines, que habían desaparecido bajo la yerba, de limpiar los fosos respetando en lo posible las plantas trepadoras que los tapizaban, y de abrir los caminos indispensables en el parque, próximo á convertirse en una selva. La nueva castellana creyó tambien que debía suprimir el puente fijo echado sobre los fosos, y reemplazarle por el antiguo puente levadizo, cuyas cadenas y demas piezas de hierro se encontraron sin dificultad. En fin, se dignó ocuparse de la vieja torre, y sin quitar nada de su originalidad á aquel recuerdo feudal, trató de sacar partido de él, haciendo reconstruir la escalera interior, arruinada hacia más de un siglo, y dando solidez á la plataforma, desde la que se pudo gozar desde entónces de un espléndido panorama : en primer término, más allá de la pradera, el gran Carnet, el pequeño Carnet y la Maréchale, islas deshabitadas, rodeadas de grandes cañaverales y situadas en uno de los brazos del Loira; enfrente, á más de dos leguas, Douges y toda la orilla derecha del rio perdiéndose en la bruma; á la izquierda Saint-Nazaire y el Océano.

Ningun arquitecto había entrado en la Sauvinière, á nadie se había pedido consejo; ella sola había concebido aquellos trabajos, aquellas disposiciones y las había hecho ejecutar. El deseo de embellecer aquella linda posesion y alguna secreta esperanza que su corazon acariciaba, habían bastado para hacer de una mujer, tan solo inteligente hasta entónces, una verdadera artista.

Mr. de Séry estaba extasiado delante de ella: lo aprobaba y lo admiraba todo. Léjos de quejarse de aquellos gastos los fomentaba: demasiado dichoso, decía él, al poder utilizar sus rentas acumuladas hacía muchos años. Tuvo ella la idea de adornar con algunos cuadros modernos un pequeño salon del piso bajo, é iba él á escribir á París para que se los enviaran de los primeros artistas, cuando ella le detuvo y le indicó pintores, más modestos, pero de un talento indisputable y cuyas obras había admirado en la última exposicion: Leon Flahaut, paisagista distinguido, discípulo de Corot; Ernesto Journault, que hizo con su maestro Gerôme el viaje á Palestina y trajo de aquel país excelentes estudios; Pinelli, pintor de género, cuyos últimos cuadros, la *Leccion de lectura* y *Un interior de la Bolsa de Perusa*, llamaron mucho la atencion. Ella creía que no debía comprarse un cuadro áun cuando estuviera firmado por Delacroix, sin haberle visto, y prefería á ciertas glorias brillantes, personalidades ménos conocidas, pero que ella sabía apreciar.

—Sea! decía Mr. de Séry, vuestros deseos serán satisfechos, mi querida Diana; pero tengo que dirigiros una grave reconvencion.

—Cuál, Dios mio!

—De algun tiempo á esta parte os habeis vuelto económica; parece como que sentís los gastos, indispensables sin embargo, que habeis hécho en nuestra morada. Por ejemplo, vuestro dormitorio, que es un modelo de gusto y elegancia, de qué os sirve? En lugar de habitarle, preferís estar siempre en una pieza, en la que habeis hecho colocar vuestros muebles de Nantes.

— Es mi mobiliario de soltera, no habéis mal de él.

— Dios me libre ! pero cuándo ocuparéis vuestra nueva habitación ?

— Cuando esté completa.

— Falta en ella algun objeto ?

— Sí por cierto.

— Decidme cuál es ; yo os le proporcionaré.

— No podríais ; esperaré.

— Y esa biblioteca que habeis querido formar, está incompleta. No se ven en ella nuestras novelas modernas.

— Yo no leo novelas.

— Al ménos debiérais haber encuadernado con más lujo las obras científicas y de derecho que habeis comprado. Yo quisiera que cada volúmen llevase vuestras armas.

— Hacedis mal. Si esos libros cambiasen de dueño se perdería la encuadernacion.

— ¿ Por qué han de cambiar de dueño ; vamos á venderlos algun dia ?

— ¡ Quién sabe lo que puede suceder !

Al mismo tiempo que combatía su discrecion y prudencia se veía obligado á admirarlas y se decía sin cesar : « Mis amigos de Nantes me censuran el haberme casado, á mi edad, con una mujer tan jóven. ¡ Ah ! ; si ellos la conociesen, si ellos supiesen qué razonable y qué juiciosa es ! »

Una sola persona, en la Sauvinière, parecía no participar de la admiracion de Mr. de Séry. Era un guapo mozo de unos veinticinco años, de estatura regular, ancho de espaldas y bien formado. Sus cabellos espesos y cortados al rape ; sus bigotes y barba, que dejaba crecer, eran negros como

el azabache. Tenía la tez colorada, la mirada penetrante, los dientes hermosos, la nariz un poco grande, el cuello muy grueso, la frente aplastada, los huesos maxilares muy pronunciados. Llevaba de ordinario un traje particular; una especie de casaca de caza de pana con botones de metal, el pantalon y el chaleco de la misma tela, polainas de cuero, y en la cabeza un sombrero hongo de fieltro negro, que no se parecía en nada al sombrero breton. Se le veía andar por los parterres, por la pradera ó por los bosques, con una escopeta al hombro, una pipa en la boca, y seguido de un hermoso perro de muestra. Era el administrador, el factotum, el arrendador principal, el guarda general, en una palabra Lami, el hermoso Lami, como le llamaban las muchachas del lugar, ó Mr. Lami como él se hacía llamar. Su padre, labrador de las cercanías, se había arruinado por querer enriquecerse muy de prisa, y él, á los veinte años, á pesar de un poco de educacion recibida en Paimboeuf, se habfa visto de pronto expuesto á aprender un oficio ó á ponerse á servir para no morir de hambre. Felizmente se le ocurrió ir á buscar á Mr. de Séry, cuya bondad y benevolencia eran proverbiales en el país, y despues de haberle hecho presente su triste situacion, le pidió un puesto en que pudiera utilizar sus escasos conocimientos. El castellano de la Sauvinière, sintiéndose ya enfermo en aquella época y no teniendo ni fuerza ni gusto para hacer valer sus tierras, consintió en tomar á Lami á prueba. No tardó en encontrar en aquel jóven la inteligencia, la actividad y la firmeza necesarias para defender los intereses que le estaban confiados y una gran honra-

dez en todas las cuestiones de dinero. Por eso al cabo de dos años había descargado en él todo el trabajo que proporciona la administracion de una gran propiedad. Siempre sólo en el castillo, había llegado, poco á poco, hasta á olvidar la distancia que le separaba de su administrador y á tratarle como á compañero. Para tenerle más á la mano, y porque se creía más seguro con él en su vasta morada, le había autorizado para que ocupase una pequeña habitacion en el piso bajo, en el ala izquierda del castillo. Despues de haberse limitado en los primeros años á convidarle á comer de vez en cuando, le recibía diariamente en su mesa y hacía de él su inseparable compañero. Esta benevolencia, afirmando la posicion de Lami con respecto á los arrendatarios de las inmediaciones, le había dado una autoridad muy provechosa para los intereses de Mr. de Séry; pero al propio tiempo había desarrollado desmedidamente la excesiva vanidad de aquel jóven. Infatuado ya con su físico por algunos éxitos fáciles, obtenidos en el campo y en el corto vecindario de Paimboëuf, se había orgullecido con sus méritos intelectuales, y les atribuía su inesperada posicion. Quizás había concluido por creerse el único propietario del castillo: ¿no le habitaba él sólo la mayor parte del año, desde que Mr. de Séry pasaba, á causa de su salud, todos los inviernos en el Mediodía? ¿no tenía un poder para hacer y deshacer los arrendamientos, vender las cosechas, firmar las escrituras en ausencia del dueño, y éste, á su vuelta, no pedía consejo en todo á su administrador? ¿se permitía comprar un bosque ó vender un prado sin haberle consultado?

En una palabra, Lami disfrutaba de la Sauvinière como si le perteneciera; vivía en ella en una cómoda habitacion, en ella cazaba, se alimentaba con su caza, con sus legumbres; bebía su vino, estaba servido por los criados de la casa, montaba los caballos de Mr. de Séry; y si no se comía las rentas de la tierra, era porque, estando alimentado y alojado, teniendo pagados todos los gastos, y disfrutando de un sueldo muy razonable, se hubiera visto muy apurado para emplear su dinero.

Fácil es de suponer el mal efecto que haría á Lami el casamiento de Mr. de Séry. ¡Cómo! permitirse tomar mujer, sin prevenirle; conducir á la Sauvinière una nueva persona, sin consultarle; disminuir su posicion de comensal, miéntras que venía á ménos su situacion de administrador; imponer un ama á quien se había librado de la autoridad del señor; procurarse una nueva familia cuando Lami había llegado á preguntarse, más de una vez, si no era él el hijo de la casa, el único heredero del castellano!

Si al ménos Mr. de Séry se hubiera casado con una jóven tímida, afable, dedicada únicamente á los quehaceres de la casa, tal vez Lami se hubiera consolado. Pero desde la llegada de Diana á la Sauvinière, el administrador comprendió que no tenía que habérselas con una colegiala, que estaba en presencia de una verdadera mujer. Apénas hacía ocho dias que habitaba en el castillo, y ya lo había revuelto todo; ella mandaba, disponía, construía, demolía, sin reparar al parecer en su presencia. Y aquel marido! la dejaba hacer, estaba como admirado delante de ella, se olvidaba tambien de los derechos de su administrador y no se

dignaba recordárselos á su mujer. Esto era demasiado. Había para morir de vergüenza y de rabia, ó por lo ménos para hacer dimision cuanto ántes de su empleo.

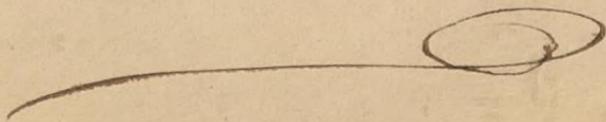
Cosa extraña, sin embargo, y que admiró á todos los que, en continuo trato con el administrador, conocían su carácter difícil, entero, envidioso, y su brutalidad; Lami, despues de haberse quejado á quien quiso oirle del casamiento de su señor, de haberse declarado en todo el país el enemigo acérrimo de Mad. de Séry, de haber anunciado en todas partes que iba á rendir cuentas, Lami, decimos, se había ablandado poco á poco, hablaba de la nueva castellana con más respeto y conservaba su destino.

Acabaron por atribuir este cambio al encanto ejercido por Diana sobre todos los que tuvieron ocasion de tratarla, durante el primer año de su estancia en la Sauvinière: arrendatarios, criados, operarios de todas clases, pobres y vecinos la elogiaban. Era imposible, decían, ser más cortés, más agradable, más graciosa, más caritativa que la bella castellana. De este modo llegaba á ser una hada bienhechora, adquiría partidarios en el país y arrastraba tras sí al displicente Lami.

Aquellos elogios, preciso es confesarlo, no eran exagerados, y el matrimonio favorecía á Diana Berard. Su belleza se desarrollaba de dia en dia, al aire libre, en aquel parque, en aquel castillo, en medio de todo el lujo que había reunido allí. Aquel era el marco que convenía á tan hermosa mujer encerrada durante muchos años en pequeñas habitaciones, en las que apenas podía arrastrar los pliegues de su vestido, servida por una

sola criada, obligada á economizar en todo, y á ocuparse en los menores detalles de la casa. Ella necesitaba salones de elevado techo, parterres esmaltados de flores, grandes árboles, setos espesos, hermosos horizontes, criados serviciales, muebles antiguos, telas de seda, cuadros, estatuas, obras de arte, una vida regalada y oro á manos llenas; todo esto lo había encontrado, y sonriendo á un porvenir más halagüeño, se abría á la vida en la atmósfera radiante de que se había rodeado. Se la hubiera podido comparar con alguna hermosa planta tropical, pronta á enfermar, bajo un cielo brumoso, á pesar de su vigor y su sávia; se la traslada á un sitio en que la den de lleno el sol y la luz, y al punto se abre y reverdece y encanta á cuantos la ven.

Y como si aquella exuberancia de vida, aquella expansion, debiesen comunicar el calor á todo lo que la rodeaba, iluminar con sus rayos á los que participaban de su ardiente existencia, el pobre enfermo con quien Diana se había casado parecía renacer y adquirir nueva vida. Quizás no estaba tan gravemente enfermo como los médicos y sus amigos le habían hecho creer; tal vez su aislamiento, sus constantes preocupaciones, las privaciones de todo género impuestas por los facultativos, le habían reducido á tan lastimoso estado. Parecía á la sazón más robusto, sus ojos tenían más brillo, su tez estaba ménos empañada, sus piernas tenían más fuerza. Sonreía, hablaba, estaba alegre, era dichoso. Habían dicho: el pobre hombre se casa para tener una compañera, una amiga, una enfermera, hay que disculparle. ¡Error! se había casado con una mujer, y tratando de



indagar, acaso se hubieran descubierto en él pretensiones de llegar á ser un verdadero marido. Al paso que va y miéntras que los tapiceros trabajan todavía en la Sauvinière, es capaz de hacer amueblar una habitacion para sus hijos. Ya no duda de nada.

Diana observa con aire pensativo aquella convalecencia, aquella primavera, que sin duda no había previsto. ¿La habría engañado Mr. de Séry? Como esos cardenales que se fingen enfermos y moribundos para conseguir que sus compañeros les eleven al papado, y que arrojan léjos de sí su decrepitud y sus muletas el dia en que el sagrado colegio, creyendo en su muerte próxima, les ha elegido, ¿el marido de Diana Berard, para casarse con más seguridad, ha representado el papel de un enfermo? ¿Se habría dicho: Ella esperará heredarne pronto, casarse de nuevo segun su inclinacion, y aceptará mi mano; pero yo viviré, yo viviré mucho tiempo y reanimaré mi enfermiza vejez con su lozana juventud?

El buen señor es incapaz de haber hecho semejante cálculo. Jamás se ha creido tan enfermo como decían y acaso no lo está; pero no hubiera tardado en morir en su aislamiento y su tristeza. Ahora está más fuerte y confiado, porque se imagina que tiene á su lado una amiga afectuosa, una mujer amante. Indulgente para todos, servicial, incapaz de hacer el mal y de creer en él, comunica á los que se le acercan los buenos pensamientos de que está lleno su corazon. Diana, piensa él, puede llegar á amarle, en agradecimiento al bien que la ha hecho, al lujo de que la ha rodeado, á la posicion que ocupa, á la fortuna que la dejará. Debe conmo-

verla su gran adhesion, y, por qué no confesarlo, su amor. Sí, su amor; el corazon no tiene edad, se ha dicho hace mucho tiempo, y aquel viejo ama, quizás por la primera vez de su vida; ama y desea. Desea con tanto más ardor, cuanto que por el temor, segun aseguran, de ver agravarse el mal de que padece, se le suplica que sea razonable y que se deje curar completamente ántes de pensar en hacer uso de sus derechos. Estos consejos se los dan con una voz tan dulce, con unos mimos tan expresivos y unas miradas tan tiernas, que cree escuchar al ángel de la esperanza, y por merecer el cielo, que le hacen vislumbrar ya muy cercano, consiente en dejarse cuidar únicamente. Así en lo moral, completa satisfaccion: cree en su salud y espera en su amor. En lo físico: reposo absoluto, vida saludable y fortificante. Los médicos no hubieran recetado mejor, y el castellano de la Sauvinière está de dia en dia desconocido. Por su parte Diana está cada vez más pensativa. ¿Se habrá tal vez casado con el marido eterno?

Felizmente vino en su ayuda Mr. de Séry: poco á poco, al recobrar las apariencias de la salud, había visto desarrollarse su amor, sus deseos se acentuaron más. Se sentía ágil, jóven, satisfecho y quiso que su pasion se aprovechára de aquella primavera inesperada. Largo tiempo luchó Diana Berard contra aquellas aspiraciones, y quiso calmar aquel ardor intempestivo: empleó mil ardidés para retardar la hora del sacrificio; invocó á Esculapio, dios de la medicina, y á Minerva, diosa de la prudencia. Vanos esfuerzos! Mr. de Séry ya no respetaba nada y se atrevía á todo. Fué preciso resignarse é inmolarse en el altar del deber. Pero

ella no quiso hacer semejante sacrificio sin que sirviese á sus designios. Por un instante había alimentado la esperanza de conservarse inmaculada para Luciano. Se oponían á ello, querían imponerse á su amor. Y bien! puesto que ella no podía evitarlo, resolvió sacar partido de todo.

No tan solo llegó á ser la mujer de Mr. de Séry, sino que fué su querida; una querida complaciente hasta el extremo, sometida á todos los caprichos de su amante y siempre dispuesta á complacerle. Representó la comedia del amor de una manera admirable; se hizo cariñosa para que lo fuesen con ella, llegó á ser ardiente á fin de inspirar siempre nuevos ardores. Con la idea fija en un solo objeto, impaciente y febril, decidida á todos los martirios para abreviar el tiempo y atravesar el espacio, inmoló su pudor y su recato y adquirió, sin esfuerzos, instintivamente por decirlo así, la ciencia de las más hábiles meretrices. A los cincuenta años cumplidos, el casto Mr. de Séry aprendió á conocer todos los placeres y fué iniciado en los más profundos misterios del amor. Demasiado enamorado para defenderse, demasiado inexperto para ver el peligro y evitarle, no supo resistir á las seducciones del vicio. Los dos amantes no se separaban: desde por la mañana, un almuerzo, encargado la víspera por Diana, que no descuidaba ningun detalle, les ponía de humor alegre para el resto del día. Segun el tiempo, se retiraban despues al pequeño salon, se perdían en el bosque, ó subían en un carrujito tirado por dos poneys que la misma Diana guiaba, y sin cochero, como verdaderos enamorados, iban á Pre-faille ó á Saint-Gildas, á buscar la soledad y á res-

pirar el aire vivificante del mar. Después de la comida, tan bien preparada como el almuerzo, Diana se dignaba admitir á su marido en el aposento amueblado por ella en otro tiempo con amor, y que en su interior había sido reservado con otro objeto. Resignada, ya lo hemos dicho, á todos los sacrificios, y contando, para acabar de perturbar á Mr. de Séry, con las seducciones de aquel misterioso gabinete cerrado hasta entónces, no había tenido inconveniente en abrirle de par en par. Todo concurría de este modo á hacer del castellano de la Sauvinière el más dichoso de los hombres, el marido más cuidado, el amante más querido. Su vida era un encanto, cada uno de sus días, un día de fiesta que hubiera podido celebrarse con este nombre: la fiesta de los sentidos. En cuanto á su salud, no se cuidaba de ella; tenía acaso tiempo para pensar en semejante cosa? Las flores que le cubrían le ocultaban la palidez de su semblante, y rodeado sin cesar de placeres, no podía ver que se desmejoraba.

¿Cuál era la actitud de Lami ante esta nueva situación? Sin duda había observado los cambios sobreenvenidos en las relaciones de los dos esposos, y sus observaciones habían sido tanto más fáciles, cuanto que poco á poco había logrado ganar la intimidad de sus señores. Diana había tomado las riendas de la casa, y le había relegado al segundo término, pero á un segundo término excelente, en el que su amor propio de administrador no sufría, y desde el que aún dirigía y gobernaba. Demasiado diestra para hacerse un enemigo irreconciliable de un hombre del que algún día podía necesitar, le había tratado con miramientos, había adu-

lado su vanidad, y había llegado á desistir de su reserva para con él. Mr. de Séry, á quien siempre había intimidado el carácter brusco de su administrador, estaba encantado de las buenas disposiciones de Diana respecto á Lami, y animaba á su mujer en la senda de la conciliacion.

Así, pues, el administrador ha vuelto á ocupar su sitio en el hogar del castellano. Le ha visto recobrar la salud durante los primeros tiempos de su casamiento, le ha visto más tarde decaer y ponerse peor que nunca. No deja de adivinar en gran parte las causas de aquella recaída, y si se le escapan los cálculos de Diana, comprende al ménos que Mr. de Séry, enfermo y quincuagenario, se conduce en su matrimonio como si tuviera veinte años. Un hermano, un pariente, un amigo se hubiera creído en el deber de hacer observaciones y dar consejos; Lami permanece encerrado en sus atribuciones de administrador y no dice una palabra. ¿Por qué esta reserva por parte de un hombre tan poco reservado de ordinario, esta discrecion cuando, por la primera vez quizás, tenía el derecho de ser indiscreto? ¿Por qué hacer traicion indirectamente con su silencio, á aquel amo que le ha llenado de favores, y al que con frecuencia ha dado pruebas de adhesion? Y es que Lami, en toda la fuerza de la edad, ardiente, vigoroso y sensual, que jamás ha conocido más que aldeanas ó muchachas de pueblo, se ha dejado deslumbrar por la belleza y la elegancia de Mad. de Séry. Su enemigo declarado al principio, cuando pensaba en sus intereses, los ha olvidado al contemplarla y ha llegado á ser su apasionado. La intimidad en que ahora vive con ella contribuye á tenerle encantado. La ve á

todas horas, la habla á cada instante, y poco á poco se le va subiendo la sangre á la cabeza. Le ha sucedido sorprenderla, en el salon ó bajo una enramada, cerca de su marido, y el espectáculo, medio velado, de sus amores, le ha trastornado cruelmente: «Ah! se ha dicho entónces, ¡ si en lugar de ese marido ajado, gastado, medio muerto, tuviera un amante como yo! » Porque, no adivinando los designios de Diana y no sospechando su amor por Luciano Aubier, puede creerla, si no enamorada de Mr. de Séry, al ménos enamorada del placer. Entónces toma odio á aquel marido indigno de sus riquezas y cuya vejez enfermiza aja la belleza y la juventud de aquella adorable mujer. «Sus fuerzas se van agotando cada dia más, se atreve á decirse Lami alguna vez, contemplando á su amo; tanto mejor, esa profanacion cesará más pronto.» Y entónces la imaginacion del administrador va más léjos todavía: «Yo soy un guapo mozo, se dice, soy jóven, valgo más que todos esos señores de la ciudad, ¿ por qué no he de aprovecharme de mi superioridad? ¿ Quién, pues, cuando sea viuda, la consolará, la tranquilizará y calmará sus sentidos sobreexcitados por sus viejos amores y nunca satisfechos? Podría yo jurar, además, que ella no prevé el porvenir y no piensa en mí? Ella me deja avanzar cada dia más en su intimidad, y ayer, sin ir más léjos, me ha mirado de un modo particular. »

Algunas veces desaparecía el hombre enamorado para dar paso al aldeano advenedizo, ambicioso y lleno de codicia. La Sauvinière, de la que por mucho tiempo se había creído el único propietario, era suya decididamente. Mad. de Séry, viuda, rica y

loca por él, consentía en darle su mano. En los libros viejos encontrados en el castillo, y que hacía tiempo había leído, ¿no había visto á grandes señoras casarse con hombres de poco más ó ménos y cuyos méritos no podían ciertamente compararse con los suyos? Aquel castillo, aquellos bosques, aquellos prados estan, pues, destinados á pertenecerle un día.

Y miéntras que así pasa el tiempo en la Sauvinière, miéntras que el marido se muere, la mujer vislumbra el fin de su martirio y la realizacion de sus esperanzas, y el administrador acaricia sus locas ilusiones, Luciano Aubier continúa desempeñando en Nantes el cargo de sustituto.

En los primeros meses que siguieron al casamiento de Diana Berard, sólo un incesante trabajo pudo llegar á dominar sus recuerdos y calmar su imaginacion sobreexcitada. Hacía heróicos esfuerzos para olvidar á la que amaba hasta el dia en que viniese á decirle: «Soy libre, ahora tengo una fortuna proporcionada á vuestra posicion, los tiempos han cambiado, nadie puede rehusarnos el derecho de ser felices juntos, casaos conmigo.»

Pero sobre este particular tenía algunos escrúpulos: ¿Sería delicado por su parte el casarse, viuda y rica, con la mujer á la que no se había unido cuando era pobre? Pero no era él quien había deseado un dote; él había hecho todo lo posible para unirse á Diana, á pesar de su pobreza, y no podía ser responsable de las exigencias materiales. Por lo demás, ¿no tendría el derecho de no tocar jamás á aquella dote y de trabajar sin descanso á fin de ayudar, con su fortuna personal, á la vida coman? Otros escrúpulos le preocupaban

más: la realización de sus sueños, ¿no dependía de la muerte de un hombre honrado de quien nunca había tenido queja? ¿No era inmoral el fundar su felicidad y su fortuna en la desgracia de otro y especular con la muerte del prójimo? ¿Pero esta muerte dependía de él? ¿Podían precipitarla sus deseos, y no estaba él dispuesto á sacrificar todas sus esperanzas ántes que apresurar un solo dia el fatal desenlace?

Si despues de haber examinado su conciencia, trataba de estudiar la conducta de Diana Berard, ¿no debía tambien declararla inocente? ¡Cómo no! durante más de un año Mr. de Séry la había perseguido con sus obsequios y ella los había rechazado. No se había dejado deslumbrar ni por su nombre, ni por la dote considerable que él prometía reconocerla, ni por la magnífica herencia que madama Desvignes garantizaba. Todas estas seducciones las había ella desdeñado ántes de conocer á Luciano; las ha despreciado despues de haberle conocido. Superior á muchas mujeres de su tiempo, no ha admitido que la fortuna pudiese luchar con el amor, y ha preferido sin vacilar un sustituto de provincia á un gran propietario con rentas. No la ha bastado sacrificar los millones de Mr. de Séry, sino que además proponía inmolarse su honor siendo la querida de Luciano. Si, más tarde, ella se ha casado con el marido que la causaba horror, ¿no es este un sacrificio mucho mayor todavía, y podía echársele en cara el que le había provocado?

¿Se aprovecha ella de su sacrificio, goza ella de su posicion, de su fortuna, ha pensado ella, como otras muchas, en reemplazar la felicidad por el placer y las satisfacciones de la vanidad?

¿Quién la impedía, después de su casamiento, ir á París y ser allí una de las mujeres más obsequiadas, una de las reinas de la moda, ó bien comprar en Nantes un hermoso palacio y dar en él fiestas, admirar á todos por su lujo y elegancia, y ocupar el primer puesto en una sociedad en la que anteriormente apenas había sido admitida? A todos estos goces, ella ha preferido una vida digna, tranquila, retirada en el fondo del campo, al lado de un marido viejo. Ha querido que el sacrificio fuera completo, y que Luciano tuviera que decir: «Ella se ha casado por mí, por mí sólo, por nuestros amores, por nuestro porvenir.» Así es como él juzgaba la conducta de Diana; con estos pensamientos vivió y esperó largo tiempo.

Pero los días y los meses se pasaron, y no llegó ninguna noticia directa de la Sauvinière. Sólo de vez en cuando oía decir á Mad. Desvignes que Mr. de Séry, que había ido á Nantes á causa de sus asuntos, había estado á verla, y que al parecer el matrimonio le probaba muy bien. Esto era poco tranquilizador. Al propio tiempo, sus recuerdos se iban borrando poco á poco, y se veía obligado á hacer algunos esfuerzos para recordar aquellas facciones, aquellas formas que poco ántes le perseguían sin cesar.

Mad. Aubier, no queriendo ser sorprendida como el día en que Luciano la había anunciado su amor por Diana y sus proyectos de matrimonio, vigilaba ahora el corazón de su hijo y pudo leer en él lo que pasaba. Cuando vió que el tiempo había representado su acostumbrado papel y llenado su misión en este mundo, la de calmar los más grandes dolores y borrar los recuerdos más vivos,

volvió á ocuparse de sus antiguos proyectos, y puso á Luciano en presencia de María de Rioux.

Volvió á encontrar á la jóven lo mismo que la había conocido: encantadora y graciosa hasta más no poder. Ella no le echó en cara su abandono, hábilmente explicado además por Mad. Aubier, y como si por instinto hubiera comprendido que era necesario no violentar aquel corazon todavía dolorido, olvidó que era mujer, que quizás amaba, y sólo vió en Luciano un compañero de la infancia, un hermano. No habiendo de este modo ninguna razon para asustarse, y no temiendo faltar al juramento hecho á Diana, llegó poco á poco, sin advertirlo, á dejarse seducir por su nueva compañera, á fijarse en su carácter afable, en su gracia y en su belleza á la sazón en todo su esplendor.

¿Adivinó Mad. de Séry lo que pasaba en el alma de Luciano; la casualidad la hizo saber que se le encontraba con frecuencia en compañía de María de Rioux, ó bien no pudo resistir por más tiempo al deseo de verle? Ello es lo cierto que le volvió á ver.

Quizás tambien, hácia el fin de este segundo año de matrimonio, se sintió en cierto modo desanimada; Mr. de Séry soportaba mejor de lo que se hubiera podido esperar el régimen á que le habían sometido. Estaba muy extenuado, es verdad, pero cierta sobreexcitación nerviosa, causada por sus excesos, le daba un vigor aparente que asustaba á las personas interesadas en su muerte. Un médico no se hubiera engañado: hubiera descubierto bajo aquellos pómulos colorados, bajo aquellos ojos todavía vivos, y bajo aquella sorprendente actividad, una completa extenuación,

una destruccion grande y todos los síntomas de una enfermedad mortal. Pero Diana y Lami se guardaban bien de hacer venir médicos á la Sauvinière, y en su ignorancia, se desconsolaban al ver el estado de Mr. de Séry, cuando más instruidos ó mejor enterados, hubieran podido regocijarse.

En esta disposicion de ánimo fué cuando Diana Berard concibió el proyecto de volver á ver á Luciano. Por prudencia, por temor de comprometerse y comprometer el porvenir, sostenida sobre todo por la esperanza de una próxima viudez, había resistido hasta entónces á este deseo. Ahora dudaba, veía alejarse cada vez más la época deseada, tenía necesidad de adquirir fuerzas y de combatir el desaliento que empezaba á apoderarse de ella.

Luciano ocupaba en la extremidad del boulevard Delorme un pequeño pabellon, dependiente de la casa que habitaba su madre, pero separado de ella por un ancho patio y con salida al boulevard. En el piso bajo se encontraba su despacho, en el que hacía tiempo se encerraba durante la noche para estudiar una importante causa criminal que le habían confiado. Se trataba de un propietario de Ancenis, Mr. X..., acusado de haber envenenado á su suegra. Durante la instruccion, el acusado había desplegado tanta inteligencia, el abogado, llegado de París para defenderle, gozaba de tal reputacion, que Luciano Aubier, encargado de la acusacion, no podía ocultarse las dificultades de su tarea y estaba asustado. La culpabilidad de Mr. X... no admitía duda para él, pero se trataba de demostrársela al jurado, y con el obje-

to de conseguirlo, no retrocedía ante ningún trabajo. Había llevado el escrúpulo hasta el extremo de convertirse, por algunos días, en médico y químico, á fin de estudiar los estragos producidos por ciertas sustancias. Como se suponía que el envenenamiento había tenido lugar por medio del arsénico, se había proporcionado una dosis de él, y con la ayuda de libros especiales le analizaba y estudiaba sus efectos. De este modo quería estar en disposición de contestar á las objeciones de los médicos llamados por la defensa, y de sostener el dictámen de los designados por la justicia.

Embebido en este trabajo, en una fría noche de invierno, sintió de pronto, á eso de las once, llamar á su ventana. Admirado de aquel ruido completamente inusitado, se levantó, se dirigió á la ventana, y entreabriéndola:

— Quién es? preguntó.

— Silencio, y abridme la puerta, dijo una voz que le hizo estremecerse.

Pálido, conmovido, temblando, obedeció. Diana entró con rapidez, y en tanto que él la miraba, sin atreverse á creer todavía que la tenía delante, ella se quitó un gran abrigo de terciopelo negro forrado de pieles, se acercó á la chimenea, aproximó al fuego sus botas húmedas, despues se volvió y, sin pronunciar una palabra, contempló largo rato á Luciano.

El empezaba á serenarse, y de pie, apoyado en su escritorio, la contemplaba también, sin atreverse á dirigirla la palabra.

No era aquella la jóven de otro tiempo, ya admirablemente bella, pero todavía incompleta en ciertos detalles. Dos años habían bastado para per-

feccionar todo lo que había en ella sin concluir; su belleza se había desarrollado, y la flor se había convertido en fruto. Grandes cambios se advertían también en su tocado: no iba ya vestida como una muchacha sin fortuna, tratando de reemplazar con ciertos adornos y un poco de excentricidad el lujo que su bolsillo le prohibía. Llevaba un traje de sumo gusto, en armonía con su posición. Un vestido de terciopelo como el abrigo, de larga cola, sin adornos, pero salido del taller de una gran modista, realzaba la elegancia de su talle, siempre esbelto aunque un poco redondeado, y la firmeza de su pecho que se había desarrollado más. Guantes de piel de Suecia, grises, botas de raso negro, dibujaban perfectamente los delicados contornos de la mano y del pié. Una toca de encajes cubría su cabeza, y de cada una de sus orejas admirablemente acabadas, pendía una perla negra. La llama de la chimenea alumbraba de lleno la rica sencillez de aquel traje y todas las perfecciones de aquella encantadora mujer.

El, al contemplarla, sentía revivir todos sus recuerdos, y despertándose de pronto su imaginación, buscaba ya bajo el terciopelo que la cubría los esplendores cuya vista le había enardecido en otro tiempo. Ella, comprendiendo que recobraba su imperio, saboreaba el encanto del triunfo, y apuraba el placer que una mujer experimenta al verse admirada por el hombre amado.

En fin, ella hizo una seña, y Luciano se arrojó á sus piés; entónces ella se inclinó y apoyó largo rato sus labios sobre su frente.

La valla estaba rota; hablaron en voz baja. Ella dijo que se había aprovechado de una indisposiciou

de su padre para escapar de la Sauvinière y venir á pasar veinticuatro horas en Nantes. Llegada durante el dia, habíá esperado que fuese de noche, y se habíá dirigido en secreto á casa de Luciano. Ignoraba si él habitaba todavía el mismo pabellon que en otro tiempo, y habíá sido muy dichosa cuando reconoció su voz. Despues de haberle consagrado algunas horas, llevaría á su retiro el recuerdo de aquella visita ardientemente deseada hacia dos años.

—De este modo, dijo ella al concluir, tendré más valor para esperar.

Esperar! esta era la gran cuestion, pero Diana se hubiera guardado muy bien de abordarla. Conocía demasiado la honradez de Luciano para hablarle de esperanzas basadas en la enfermedad y la muerte. Era á ella, á ella sola á quien incumbía el cuidado de ser viuda lo más pronto posible. Luciano no tenía por qué entrar en semejantes detalles; sobre todo, no debía sospechar nunca que Mad. de Séry, arrastrada por su pasion, se habíá atrevido á concebir la idea de ayudar á la naturaleza demasiado lenta segun sus deseos. Por lo demás, lo hemos explicado anteriormente, hacia algunas semanas que reconocía la inutilidad de sus esfuerzos, se veía casada por largo tiempo, y se desesperaba. Triste resultado que era inútil divulgar.

Cuando ella hubo contestado á todas sus preguntas, exigió á su vez que él la diese cuenta de su conducta durante dos años; quiso estar iniciada en sus trabajos, en sus esperanzas para el porvenir. El obedeció, y la especie de fascinacion que ejercía sobre él desde su llegada era tan gran-

de, que no tuvo inconveniente en hablarla de las relaciones reanudadas con la familia de María de Rioux. Habló de ella, sin temor, sin vacilacion, como de la cosa más natural del mundo, porque desde la llegada de Diana, ya no tenía conciencia de la simpatía que le inspiraba, una hora ántes, la protegida de su madre. Mad. de Séry le afeó con dulzura, con gracia, aquellas relaciones que, decía ella, eran una pequeña infraccion de su convenio; pero no quiso dar á aquella confesion más importancia que la que él mismo le había dado.

— Y ahora, continuó ella, sin darle tiempo de reponerse; ¿qué haceis, á qué trabajos os dedicais? ¿Cuál era vuestra ocupacion esta noche, cuando yo entré en vuestro despacho? Quiero saberlo todo.

Se había acercado al escritorio de Luciano, se había sentado en su sillón y hojeaba sus papeles.

— En este momento, respondió él, preparo un trabajo que puede tener gran influencia en mi porvenir. Si consigo hacer luz en un asunto rodeado todavía de tinieblas, si llego á convencer al jurado de que debe castigar á un gran criminal, en recompensa del servicio que habré prestado á la sociedad, seré probablemente nombrado dentro de poco procurador imperial.

— ¿De qué culpable y de qué asunto hablais? preguntó Diana.

— De un envenenamiento del que se ocupa en este instante todo el departamento, y pudiera decir toda la Francia.

— Ah! el proceso de Mr. X...

— En efecto; ¿teniais noticia de él?

— Ciertamente; es preciso, cuando uno vive en

el desierto como yo, leer de vez en cuando los periódicos. Pero no me habían dicho que fuérais vos el encargado de ese asunto. Dadme algunas noticias que me instruyan ántes que á los demas mortales. Es lo ménos que podeis hacer.

El la dió todos los detalles que podía sin faltar á la discrecion, y se fijó largo tiempo en las pruebas de culpabilidad.

—Estoy seguro, con arreglo á mi conciencia, dijo al concluir, de que la suegra de Mr. X... ha sido envenenada: lo ha sido por él, y se ha servido del arsénico.

—Ah! de veras! dijo ella, ¿segun eso es un buen veneno?

—Excelente, replicó él sonriéndose de la expresion; testigo Mad. Lafarge.

—Oh! nada prueba que ella haya sido culpable.

—Como magistrado que soy, dispuesto á creer en la infalibilidad de la justicia, permitidme sostener que lo era. Por lo demás, esa no es la cuestion. Es un hecho probado: Mr. Lafarge murió envenenado por el arsénico. No convendría, dijo riendo, entablar conmigo una discusion sobre ese veneno. Le conozco como si le hubiera inventado. Mirad, añadió, tomando de un cajon de su mesa varios paquetitos, ¿quereis la prueba de la conciencia con que yo hago mis estudios? Estos paquetes contienen arsénico y los he analizado todos.

—Cómo! de veras, dijo ella, eso es arsénico!... A ver?

Los tomó, los examinó, los olió, despues colocó los paquetes en su sitio, en el cajon, diciendo:



— ¿De modo que ese polvillo blanco basta para envenenar á cualquiera ?

— Oh ! dijo Luciano, hay ahí para envenenar á tres personas.

— Debía estar prohibido tener en su casa semejantes cosas.

— Está en efecto prohibido , excepto á los farmacéuticos.

— ¿ Y á los magistrados , segun parece ?

— Los magistrados no están exceptuados. Sólo que , cuando prueban que necesitan tener á su disposicion algunos granos de ese polvo , se los dan , pidiéndolos por escrito y bajo su responsabilidad.

La cuestion estaba agotada ; Diana abordó una nueva. Pero ya no parecía escuchar las respuestas de Luciano con el mismo interés : poco á poco , miéntras que él hablaba , se había quitado los guantes y sus manos colgaban blandamente á lo largo de su falda. Su toca de encaje había caido como por casualidad , y el negro terciopelo de su vestido hacía resaltar el color rojo de sus cabellos ; algunos rizos , no estando ya sujetos , vagaban al acaso sobre sus hombros y espaldas. Presa , sin duda , de una extraña flojedad , de una invencible languidez , se había tendido en un gran canapé colocado cerca de la chimenea. Se la hubiera creido acostada , tanta desidia y abandono había en su postura ; sus piernas cruzadas descansaban sobre un taburete , y la falda un poco levantada dejaba entrever una media de seda gris bordada de negro. Su pecho inclinado hácia arriba y casi horizontal parecía no haber en su corpiño , y se agitaba de vez en cuando como para romper la cárcel que le oprimía ; su boca estaba entreabierta , las

ventanas de su nariz dilatadas, y sus ojos medio cerrados miraban con languidez á Luciano.

Él hacía un instante que estaba callado y la miraba tambien. De pronto, no pudo resistir más: se lanzó hácia ella, la estrechó entre sus brazos y sus lábios se confundieron con los suyos. Ella no se movió; se la hubiera creído dormida ó muerta. No hizo la menor resistencia; ¿no era ella, hacía mucho tiempo, su bien amado?

Dos horas despues, Luciano creyó oir ruido en el patio de la casa. Temió que un criado demasiado madrugador, al ver luz en su habitacion, quisiera entrar, y salió un momento de su despacho para ir á cerrar las puertas que daban al patio.

Cuando volvió, Diana se había vuelto á poner su toca de encaje, sus guantes y su abrigo de pieles.

—Cómo! ya! la dijo él.

—Sí, contestó. Debo estar en casa de mi padre ántes que nadie se despierte.

—¿Y no os volveré á ver?

—Sí, muy pronto; yo lo espero... y para no separarme nunca de tí, dijo ella, echándole los brazos al cuello.

El recuerdo de aquella noche debía ser indeleble. Luciano se sentía ya bastante fuerte para resistir á todas las sugerencias maternas y para esperar la vuelta de aquella que, en el momento en que tal vez iba á flaquear, le había impregnado tan hábilmente de placer.

Tres meses despues de esta visita, Luciano Aubier supo por el rumor público que Mad. de Séry había enviudado. Esta muerte, prevista hacía mucho tiempo, no podía admirar á nadie. Se habló de ella únicamente para tener la ocasion de ocuparse de la bella Diana que, una vez terminado su luto, iba á ser uno de los mejores partidos del departamento. Se esperaba que iría á vivir á Nantes, y muchas familias, que apénas la habían tratado cuando era soltera y pobre, disponían ya para la rica viuda sus más graciosas sonrisas. Todos conocían su aficion al lujo, su elegancia, su gracia parisiense, y se conspiraba para retenerla en el país á fuerza de amabilidades.

Por de pronto, estas esperanzas y estos cálculos salieron fallidos; al dia siguiente del entierro de su marido, Mad. de Séry, acompañada de una doncella, abandonó la Sauvinière y se fué á viajar.

Seis meses se pasaron sin tener noticias de ella. Despues, un dia, se la vió llegar á Nantes é instalarse en casa de su padre. Al dia siguiente, Luciano avisado oportunamente llamaba á su puerta.

— Me esperábais? le dijo ella saliéndole al encuentro.

— Sí, en verdad, respondió él.

— Yo no podía volver aquí al principio de mi luto. No hubiera tenido fuerza bastante para cerraros mi puerta, y hubieran dicho que no respetaba la memoria de mi marido, lo que habría comprometido nuestro porvenir. Yo he preferido alejarme, colocar una barrera entre vos y yo y volver únicamente en la época en que pudiéramos vernos sin herir ninguna susceptibilidad. Espero que no me querréis mal por haber sido la salvaguardia de

vuestra posicion, de mi reputacion y de nuestros queridos amores.

Ella habia tenido otras razones para alejarse, pero las que daba, podian pasar por buenas y bastaron á Luciano.

— Yo espero, añadió ella al cabo de algunos instantes de conversacion, que ya no se opondrán á nuestro casamiento. Mr. de Séry me ha dejado en su testamento cincuenta mil francos de renta, y la posesion de la Sauviniére que es de gran valor. Esta fortuna es vuestra. Yo os la traigo y me considero muy dichosa al ofrecérosla. Debeis aceptarla sin escrúpulo: ¿no quisisteis casaros conmigo cuando era pobre? Por lo demás, el nombre que me daréis, la honradez y probidad de vuestra familia, vuestra posicion actual y la que estais llamado á ocupar, son el equivalente de mi dote. Disponed nuestro casamiento, que puede verificarse dentro de tres ó cuatro meses sin faltar á ninguna conveniencia. Hasta entónces nos veremos todos los dias, aquí, en casa de mi padre, en donde pienso vivir, y algunas veces, muy pocas, en vuestra casa; es preciso evitar las murmuraciones.

Luciano no podía hacer ninguna objeccion á estos proyectos; ¿no hacía mucho tiempo que tenia dada su palabra á Diana, y además, engañado por su imaginacion y sus sentidos, no creía estar locamente enamorado? Así pues se preparó á disponer su casamiento, segun la expresion de la linda viuda. Un suceso feliz que acaeció en esta época, vino á allanar muchas dificultades: Luciano fué nombrado procurador imperial. Supo al mismo tiempo que por un favor especial y de los más raros, no cambiaba de residencia á pesar de su as-

censo; el guardasellos había tenido en consideracion su deseo de permanecer en Nantes al lado de su madre, ya anciana para ponerse en viaje.

Sin embargo, la nueva posicion que le daba su nombramiento, la dote inesperada que le traían, no bastaron á convencer á Mad. Aubier de la oportunidad de un casamiento con Mad. de Séry. Trató todavía de decidir á Luciano á que renunciase á él; su instinto maternal la permitía leer en el porvenir y adivinaba peligros en una union que al parecer ofrecía tantas garantías de felicidad. Por fin, cansada de luchar contra la pasion de su hijo, comprendiendo que tal vez sería ridículo oponer su autoridad materna á las resoluciones tan persistentes de un hombre de treinta años, cedió al cabo despues de haber protestado por última vez en estos términos:

—En otro tiempo, dijo ella, me opuse con todas mis fuerzas á ese matrimonio, y ningun razonamiento, ninguna presion me hubieran hecho consentir en él. Entónces tenía para obrar así motivos materiales; aquella con quien querías unirte no tenía dote, y tú, sin fortuna de ninguna clase, estabas todavía empezando tu carrera. Hoy, la posicion no es la misma, y sin embargo, tengo la misma repugnancia y los mismos temores que otras veces. Mad. de Séry, estoy persuadida de ello, no es la mujer que te conviene, serás desgraciado con ella. En mi opinion, es cometer una gran falta el renunciar por ella á la mano de esa pobre María, tan desconsolada desde que la abandonaste. Pero no es esta la cuestion. Si María de Rioux no existiese, no por eso sería tu viuda menos temible, y esta vez, sin oponerme á tu casa

miento con ella , te suplico que reflexiones. Se trata de tu felicidad y de tu vida.

¿Reflexionó Luciano como su madre se lo había suplicado? Preciso será ponerlo en duda, puesto que resolvió casarse con Mad. de Séry.

En cuanto á ésta, su matrimonio con Luciano debía tambien encontrar obstáculos. No procedían ya de Mr. Berard ; Diana le entregaba sin cesar dinero para perfeccionar el famoso hélice, y miraba á su hija como á una especie de oráculo. Iban á provenir de Lami , más enamorado , más apasionado que nunca. Ya , cuando despues de la muerte de Mr. de Séry , Diana se resolvió á viajar , su administrador quiso seguirla , y para decidirle á quedarse en el castillo de la Sauvinière , tuvo que emplear toda su elocuencia.

—No podemos abandonar los dos á la vez esta propiedad, le había dicho. Alguien debe ocuparse de ella y administrarla. Yo os confio este cuidado y cuento con vos. En cuanto á mí, tengo necesidad de aire , de movimiento , de libertad despues de esta esclavitud de más de dos años , y parto. Pero volveré pronto y tendrémos mucho que hablar.

Dijo esta última frase de manera que animase las esperanzas del administrador , que le dejase vislumbrar la realizacion de los deseos que , hacía mucho tiempo , él no sabía disimular , y así obtuvo ella , á costa de una especie de promesa tácita, el plazo de seis meses que necesitaba. Terminado su viaje , se había fijado en Nantes y evitaba las persecuciones de Lami ; pero pensando que era peligroso huir de él por más tiempo , se resolvió á hacer una corta aparicion en la Sauvinière y á dar el golpe de gracia á su administrador.

Al pronto, él no quiso creer en los proyectos de matrimonio de que ella había ido á hablarle.

— Eso es imposible, dijo, sin duda quereis probarme.

Cuando ya no pudo dudar, se apoderó de él una cólera terrible que, durante un momento, no le permitió explicarse. Por fin exclamó:

— Nó, ese matrimonio no se verificará. ¡No puede verificarse!

— ¿Por qué? preguntó ella.

— Porque yo os amo! Bien lo sabeis, vos habeis alentado mi amor...

— Yo, dijo ella, tomando un aire inocente, yo he alentado vuestro amor, ¿y de qué manera? Si yo hubiese cometido esa falta, os diría que me la perdonáseis, pero entónces sería sin haberlo notado.

— Ah! de veras! replicó él alzando la voz, sin haberlo notado. Esto es demasiado!... Pero todo os revelaba este amor, todo os le hacía conocer sin cesar, y en vez de arrojarme de vuestra presencia, de despedirme por mi audacia, me conservábais en vuestra casa, me admitiais en vuestra mesa, viviais conmigo en una continuada intimidad. Un dia no tuve ya fuerzas para callarme y entónces me dijisteis: «Paciencia, valor, esperad.» Y no llamais á esto animarme! ¿Me tomais acaso por un imbécil de quien sea fácil burlarse durante tres años, para en seguida deshacerse de él con buenas palabras? Nó! nó! Me habeis dado derechos sobre vos y quiero hacer uso de ellos.

— Derechos! dijo ella.

— Sí, derechos; alentando mi amor como os lo acabo de probar, derechos, haciendo de mí vuestro cómplice.

Esta palabra de cómplice la hizo palidecer á pesar del dominio que tenía sobre sí misma, y como quería saber á punto fijo lo que Lami había querido dar á entender con aquella expresion, la repitió por dos veces, como admirándose.

— Sí, dijo él, habeis hecho de mí vuestro cómplice, obligándome á asistir á la lenta agonía de vuestro marido. ¿Pues qué, no he comprendido vuestra conducta con aquel desgraciado? Habeis abusado indignamente del amor que sentía por vos, de los deseos que vuestra belleza le inspiraba y le habeis muerto poco á poco.

La palidez, que por un momento había cubierto el semblante de Diana, desapareció. Satisfecha, sin duda, de la explicacion dada por Lami sobre aquella complicidad de que la acusaba, respondió con calma:

— Yo no he hecho con Mr. de Séry más que cumplir mis deberes de esposa. Si su amor le ha sido fatal, yo lo deploro amargamente, ¿pero á quién vais á persuadir de que una mujer comete un crimen, porque prodigue todas sus caricias á su marido? Acusadme si os atreveis. Creerán que estais celoso de vuestro amo, y nada más.

— Creerán lo que quieran, exclamó: pero el día en que yo hable, en que cuente lo que ha pasado aquí durante dos años, os perderé en la opinion pública!

Estas palabras, la opinion pública, no asustaron á Mad. de Séry. Si Lami las empleaba en el estado de cólera en que se hallaba, era porque no encontraba otras más expresivas; acababa de dar la medida exacta de sus fuerzas. Pero estas conversaciones eran inútiles y peligrosas bajo el

punto de vista del matrimonio proyectado : podían aumentar la hostilidad de Mad. Aubier , y perjudicar más tarde á la estimacion de Luciano. Diana debía ante todo calmar la irritacion de Lami , y por medio de hábiles concesiones, decidirle á llevarlo todo con paciencia. Para conseguirlo, era necesario emplear á la vez la entereza y la habilidad ; ella no se apuraba por tan poco.

—Y bien , dijo ella con resolucion , sin dar al parecer la menor importancia á las amenazas de su administrador ; supongamos que habeis obtenido el fruto de vuestras habladurías y perfidias; que habeis perjudicado á mi reputacion para con algunos habitantes de la ciudad y del campo. ¿Habríais adelantado algo con eso? Ante todo os habríais perjudicado á vos mismo , en vuestras pretensiones para conmigo , y si por casualidad, yo, apiadada de vuestro amor, hubiera tenido intencion de recompensarle, ¿debía continuar pensando en agradaros?

Estas últimas palabras , en las que iban envueltas nuevas promesas , le calmaron y respondió con voz más tranquila :

—Hasta hoy , me he sacrificado por vos ; ¿para qué me ha servido?

—Para conservar , respondió ella , á pesar de vuestro carácter violento , mi favor y mis simpatías.

—Oh! exclamó él , no se trata de favor ni de simpatías. Se trata de mi amor , y es burlaros de él el venir á anunciarme vuestro casamiento.

—¿Por ventura , me habeis condenado á permanecer viuda?

—Nó , pero...

— Pero, continuó ella, ¿es con vos con quien debía casarme, no es esto? Vamos, confesadlo, sed franco.

— Y bien! Sí. Por qué no?

— Por qué no? Voy á decíroslo, yo tambien seré franca. Habiendo llegado á ser rica, gracias á mi primer matrimonio, ahora deseo tener consideracion y quiero tener una posicion en el mundo, como he querido la fortuna. Esta posicion no me la podeis dar; por consiguiente ni me caso ni me casaré nunca con vos.

— Por qué, dijo él, me habeis hecho esperar?...

— Es falso, exclamó ella, jamás os he hecho esperar el matrimonio!

— El matrimonio nó, pero...

— Y bien, yo no os prohibo que esperéis!

— Según eso, no amais al que va á ser vuestro esposo?

— Poco os importa.

Ella se calló, pero él creyó haber comprendido.

Diana prometió ir, despues de su matrimonio, pero sólo despues de su matrimonio, para estar segura de Lami hasta entónces, á pasar, de vez en cuándo, algunas horas á la Sauvinière, con el pretexto, muy plausible, de ocuparse de sus negocios. Luciano no querría ciertamente, al principio, acompañarla á aquella hacienda impregnada todavía del recuerdo de Mr. de Séry, y gozaría de completa libertad.

Así, bajo el punto de vista de su amor, Lami no tendría por qué quejarse. En cuanto á sus intereses, que en su doble cualidad de antiguo aldeano y de advenedizo, no podría absolutamente olvi-

dar , Diana le prometió conservar le la administracion de sus bienes , y asegurarle , para el porvenir , una excelente posicion. Al propio tiempo , le hacía tambien comprender , con una extremada delicadeza , y con una entereza no ménos grande , que á la menor indiscrecion , á la más pequeña amenaza , al menor escándalo , y sin inquietarse por las consecuencias , ella recobraría su libertad como mujer y como castellana.

Lami , despues de haber tratado de resistir aún , comprendió que era prudente aceptar la situacion que se le proponía. Si no satisfacía enteramente sus deseos , era al ménos muy envidiable , y tuvo el buen juicio de conformarse.

No oponiéndose ya nada al matrimonio de Luciano y de Diana , se verificó en la iglesia de San Pedro , cerca de diez meses despues de la muerte de Mr. de Séry ; fué de los más brillantes , el obispo ofició y casi todo Nantes asistió á la ceremonia.

Dos años se pasaron , dos años durante los cuales la existencia de los dos amantes no fué interrumpida por ningun hecho digno de ser relatado. Unicamente en el tercer año de su matrimonio es cuando empieza á ser digno de analizar lo que les pasa.

¿Y ante todo , el amor de Diana por Luciano es siempre tan vivo , tan grande como en otro tiempo? Sí , y acaso lo es mucho más. No nos equivocamos , cuando en la primera parte de este estudio , adelantándonos á los acontecimientos , asegurábamos que la imaginacion de Diana , excitada sin cesar

por la curiosidad, no se enfriaría nunca. En efecto, ha estado siempre despierta, al lado de aquel hombre frío por temperamento, reservado por naturaleza, que se rinde por sorpresa un instante, siempre dispuesto á dominarse un momento despues. Diana trata sin cesar de vencer los obstáculos opuestos á su pasion, y la eterna lucha que sostiene y que se repite todos los dias, renueva, por decirlo así, su amor, le dá un vigor, una juventud sin cesar crecientes y una especie de acritud que ella saborea voluptuosamente. Si de la alcoba pasamos al salon, la imaginacion de Mad. de Aubier todavía encuentra nuevos alimentos. Luciano, gracias á su posicion presente, al porvenir que todos le pronostican, á su manera de cautivar la atencion, á sus universales conocimientos, y en fin, á su buena presencia, posee todas las cualidades á propósito para volver el juicio á una mujer, para levantarla de cascos, segun la expresion vulgar, pero exacta.

Por eso Diana está cada vez más enamorada de Luciano.

¿Y él, la ama del mismo modo? ¿Su frialdad, su reserva con ella, son naturales en él, ó provienen de alguna causa desconocida? Estas dos hipótesis pueden igualmente admitirse. Existen algunos hombres, hombres de estudio la mayor parte, que las mujeres más curiosas y más sabias no pueden nunca comprender, y que en vano se esfuerzan toda su vida para conseguirlo. Gracias á un temperamento particular, permanecen simples espectadores del desorden de los sentidos que ellos han provocado. Si vencidos por la naturaleza, pierden su sangre fría, ya la han recobrado cuan-

do su contrario se halla todavía en el más alto grado de excitacion. Se parecen entónces á esas personas que sólo beben agua en una comida en que todo el mundo se embriaga: llega un momento en que no comprenden nada de la conversacion, no están en el mismo diapason que el resto de los convidados, y éstos les hacen el efecto de locos que hablan para no decir nada y que se agitan en el vacío. Quisieran levantarse de la mesa y partir, pero la buena educacion se lo prohíbe, y continúan en su sitio hasta el fin de la comida. En amor, Luciano había bebido siempre agua; Diana, vino hasta la saciedad. El uno hacía mucho tiempo que no tenía sed, mientras que la otra no había estado nunca más alterada.

Hé aquí, pues, la respuesta á la primera hipótesis: la frialdad y la reserva de Luciano están en su misma naturaleza. Pero provienen tambien de una causa desconocida, ¿y cuál es esta causa? Es difícil de explicar, fácil de comprender, y nosotros la hemos dejado ya adivinar: Diana pertenece á esa especie de mujeres, tan naturalmente expertas en materia de amor, que parece que les han comunicado su ciencia las grandes meretrices de la antigüedad. Nadie les ha enseñado nada, ellas lo han adivinado todo por instinto. Lo que á las ménos pudorosas asustaría, les parece natural, y no tienen conciencia de su libertinaje. Si estas mujeres encuentran un amante, jóven, fuerte, ardiente, que con sólo una mirada se enardece, no tardan en volver á tomar el camino derecho, permanecen en él con placer y no se apartan de él nunca. Si, por el contrario, tienen que habérselas con una naturaleza fria, difícil de conmovér, se lanzan al

punto en los caminos desviados. Ya hemos visto á Diana recorrer estos caminos en la Sauvinière, y á su primer marido seguirla diligente. Pero si la ciencia de que hablamos produce efecto en algunos hombres, no tiene ninguná probabilidad de éxito para con otros muchos. Les admira desde luego, excita su curiosidad, y hasta llega á agradecerles por su irritante novedad. Pero bien pronto les indigna y les espanta. Su decoro sufre al verse presa de aquellas excentricidades, de aquellas extravagancias que llegan á ser para ellos una cosa que su conciencia rechaza y que les deshonra. Este es el sentimiento que Luciano debía experimentar muy pronto. Al mismo tiempo, Diana perdía á sus ojos su prestigio de mujer casada y de mujer legítima; si una querida puede dispensarse de inspirar el respeto, la esposa debe por el contrario aspirar á conseguirlo, y ciertos recuerdos de mal género lo hacen imposible. En fin, Aubier, al casarse con Mad. de Séry, había creído encontrar una compañera digna de ser iniciada en sus trabajos y de compartir con él el peso de la vida; había soñado una amiga inteligente que tan sólo sería mujer á ciertas horas, y sabría, de vez en cuando, dar pruebas de ingenio y de buen juicio; sus esperanzas no se realizaron. Lo que había encontrado era una querida perfecta, pero perfecta hasta la exageracion, pensando sin cesar en su amor y en los medios de satisfacerle, exigente, tenaz, celosa hasta el extremo, celosa hasta de las ocupaciones de Luciano que le alejaban de ella, no teniendo nunca presente que los que se dedican á ciertos trabajos necesitan muchos miramientos y el reposo material y moral, demostrando, en una pala-

bra, al cabo de dos años de matrimonio, en sus relaciones con su marido, un ardor tanto más vivo cuanto que nunca se veía satisfecho, y encontraba nuevo pábulo en la resistencia constante que se le oponía.

Esta situación recíproca producía entre ellos, ya hacía algún tiempo, escenas cada día más frecuentes. Luciano no daba motivo para ninguna queja seria y fácil de formular, pero eran cargos incesantes como éstos: «Tú no me amas ya, yo que te amo con tanta vehemencia, que soy capaz de todo por tí, yo que he hecho por tí tantos sacrificios!» El no daba ninguna importancia á estas frases inscritas en el repertorio de todas las mujeres incomprensibles ó abandonadas, y ni aún trataba de saber cuáles eran los numerosos sacrificios á que aludía Diana, pero se impacientaba y se irritaba al escuchar eternamente el mismo estribillo. Algunas veces, con el fin de evitársele y dar gusto á Diana, dejaba á un lado sus legajos, renunciaba durante una noche al trabajo, arrojaba lejos de sí su toga de magistrado, se ponía el frac del enamorado, se esforzaba para encontrar un antiguo resto de ardor, y se entregaba, atado de piés y manos, á la desordenada pasión de su mujer.

«Vamos al sacrificio, se decía aparte, sonriendo.»

Pero era en vano que se inmolará. El sacrificador adivinaba la inmolarion allí donde hubiera querido encontrar la iniciativa, y no conseguía otra cosa que encolerizarse más. En cuanto á la resignada víctima que se había hecho degollar sobre el altar del deber, continuaba largo tiempo

despues de su resurreccion bajo la penosa impresion de su sacrificio, y tenía sed, para reponerse, de reposo, de sosiego, y sobre todo de honestidad. No se comprende cómo ciertas naturalezas extraviadas en el vicio están ávidas de todas esas cosas, cómo se deja sentir con tanta fuerza el deseo de hacerse ermitaño despues de un día de crápula, y qué santo horror os inspiran aquéllos que os han arrastrado!

Esta necesidad de decoro debía precisamente obligar á Luciano á volver la vista á lo pasado y á preguntarse si no había cometido una gran falta el día en que, no teniendo en cuenta los consejos de su madre, se había casado con Mad. de Séry, y la había preferido á María de Rioux. No podía menos de pensar con frecuencia en aquella jóven tan reservada, tan casta y tan pura que le había amado y que quizás le amaba todavía. ¡Qué distancia la separaba de Diana!... La una era, por decirlo así, la viva antítesis de la otra, y Luciano se complacía en dirigir su pensamiento hácia la antigua protegida de su madre, en refugiarse, en cierto modo, en su recuerdo. ¿Qué había sido de ella? ¿En dónde vivía á la sazón? Lo ignoraba. Sabía solamente que había perdido á su tío y único protector, y que se había casado, de pronto, algunos meses despues, con un capitán de navío.

Un día, Luciano la volvió á encontrar.

Mad. de Séry, ya lo sabemos, en el momento de su matrimonio, y temiendo un escándalo, había dejado á Lami que continuase en el ejercicio de sus funciones en la Sauvinière, y se había comprometido á ir de vez en cuando á hacer agradable con su presencia la soledad de su administra-



dor. Ella cumplió su promesa sin encontrar ninguna dificultad material. Luciano había dejado por delicadeza á Diana la administracion de su fortuna, y era natural que fuese con frecuencia á la Sauvinière, donde tenía la mayor parte de sus propiedades. Aubier apenas sabía que existiese Lami; le habían hablado de un administrador que Mad. de Séry había heredado de su primer marido, pero le había dado la misma importancia que á un criado cualquiera. Tal vez, si le hubiese visto, si se hubiese fijado en su juventud y en su buena presencia, le hubieran dado que pensar los frecuentes viajes de Diana y se hubiera permitido, no sospechas (nunca hubiera ofendido á su mujer hasta el punto de creerla capaz de coquetear con semejante palurdo), pero sí consejos amistosos sobre la necesidad de no dar motivo á las calumnias. Pero Lami no se había presentado nunca en casa de Aubier y ni aún iba á Nantes; en cuanto á Luciano, creía que no había llegado todavía la ocasion de presentarse en la Sauvinière. Un hombre muere, amaba uno á su mujer, se casa uno con ella sin escrúpulos y se toma posesion de la fortuna que ha dejado. Pero se vacila, sobre todo cuando se tiene el alma delicada, en ir á habitar la casa en que el primer marido ha muerto y que está todavía llena de recuerdos de su reinado y de sus pasados amores. Diana, sin infundir ninguna sospecha, había, pues, quedado enteramente libre para ir á la Sauvinière con la frecuencia que había querido. Pero, fenómeno digno de tenerse en cuenta, había ido muchas más veces durante los dos primeros años de su matrimonio, que no despues. Era ella entónces feliz, y, desprovista de todo sentido

moral, encontraba muy natural hacer á los demás dichosos. En cuanto á los remordimientos que pudiera haber tenido por su infidelidad, se apresuraba á acallarlos, diciéndose que engañaba á Luciano para asegurar su dicha y su reposo. Si había podido casarse con él, ¿no había sido gracias á la especie de consentimiento tácito prestado en otro tiempo por Lami, y á las concesiones con que le había recompensado?

Además, puesto que nos hemos propuesto analizar todos los errores de un juicio enfermizo, de un alma gangrenada, no debemos tener inconveniente en confesar que la imaginacion ardiente de Diana encontraba una satisfaccion en la traicion que cometía. Esta mujer, que no tenía en su vida otro objeto ni otro móvil que el amor, encontraba un gusto especial en repartir así su persona. Los dos privilegiados tenían naturalezas tan diferentes, ofrecían tales contrastes! Todas las satisfacciones que faltaban en Luciano, las encontraba Diana en Lami; éste era, por decirlo así, el complemento de su marido. Si la moderacion y la reserva del primero la habían enervado con exceso, se consolaba con el pensamiento de encontrar un calmante al lado del segundo, y cuando despues de un día pasado en la Sauvinière, regresaba tranquila y abstraída, sentada sobre la cubierta del vapor que subía el Loira, solía sonreír voluptuosamente á la idea de las nuevas excitaciones, de los nuevos estimulantes que la esperaban á la vuelta.

Más de un año se pasó de esta manera, y Lami no tuvo por qué quejarse. Convertido en verdadero dueño de la Sauvinière, mandaba allí en jefe, y con una falta de tacto, muy natural en aquel adve-

nedizo, no tuvo inconveniente en ocupar la antigua habitacion de Mr. de Séry y en recibir en ella á los arrendatarios y abastecedores. Su amor tenía al propio tiempo todas las satisfacciones apetecibles ; dos ó tres veces al mes, alguna vez más durante el verano, una mujer linda y elegante se apeaba á la puerta del castillo, subía la escalera, y bajo el pretexto de examinar cuentas, firmar contratos de arrendamiento, y arreglar cuestiones de interés, se encerraba durante muchas horas con su administrador. Este, sin embargo, no se consideraba todavía bastante feliz: solía encontrar poco frecuentes las visitas de Diana y reñirla con motivo de su marido. Ella entónces prometía ir con más frecuencia, y hacía el eterno juramento de todas las mujeres casadas á sus amantes: «Yo no tengo nada que ver con mi marido, vivimos en habitaciones separadas, etc.» El hermoso Lami se dignaba entónces calmarse, y continuaban trascurriendo dias felices.

    Pero cuando el amor de Luciano vino á ménos, cuando Diana echó de ver aquella frialdad, disminuyó el número de sus viajes á la Sauvinière. Luégo los hizo, defendiendo su cuerpo, por temor de Lami. Segun ciertas personas debió haber sucedido lo contrario. Nosotros pensamos de otro modo; Diana debía gozar en imponer á su amante los mismos tormentos que ella sufría, y experimentar un secreto placer en hacer que él la dirigiese los mismos cargos que ella dirigía á Luciano. Despues, si el administrador podía apaciguar sus sentidos irritados, no conseguía tranquilizar su corazon que sufría y estaba herido. Ella se irritaba al encontrar tanto ardor en el hombre que no amaba y

tan poco en el que amaba. Las cualidades del uno parecían existir únicamente para acentuar más los defectos del otro y hacerlos resaltar á los ojos de la principal interesada. En fin, Lami había llegado á producirla el mismo efecto que ella producía á Luciano; le conocía demasiado, leía en él como en un libro.

Así, pues, en la época de que estamos hablando, Diana iba á la Sauvinière dos ó tres veces al mes cuando más. En el invierno, tomaba el tren de las nueve y media de la mañana, que la ponía en Donges á eso de las once, atravesaba el Loira en un vaporcito y llegaba á Paimbœuf hácia el medio día, para dirigirse en seguida á su casa en un birlocho de alquiler, ó en un carruaje que la enviaba Lami cuando estaba advertido. Despues de haber almorzado con él y examinado sus cuentas con toda comodidad, volvía á tomar generalmente á eso de las cuatro el camino recorrido por la mañana, y entraba en Nantes para comer con Luciano. En el verano, prefería levantarse más temprano y tomar á las siete el vapor que baja el Loira y conduce directamente á Paimbœuf. Algunas veces no llegaba á dicha villa; Lami, á quien había escrito la víspera, iba á esperarla en una barca, á la hora en que el vapor pasaba por delante de la Sauvinière. El vapor se detenía, Diana entraba en la barca, y se encontraba en su posesion á eso de las diez si la marea había sido favorable, ó á las once si había habido que luchar contra la corriente.

Un dia del mes de Mayo de 187... había tomado el vapor de la mañana, cuando Luciano, al recorrer su correo, reconoció la letra de su suegro, que á la sazón se hallaba en París, y por cuya sa-

lud estaba Diana con cuidado desde la víspera.

«Va á sentir, se dijo, el haberse marchado, ¡esperaba esta carta con tanta impaciencia! Estoy por remitírsela á la Sauvinière; ¿no me ha dicho que tomando el tren de las nueve y media y la góndola de Donges se llega muchas veces á Paimbœuf ántes que el vapor que sale de Nantes por la mañana?»

En tanto que hablaba de este modo, el sol, oculto hasta entónces por las nieblas tan frecuentes sobre el Loira, brilló de repente y le inundó con sus rayos:

«¡Qué hermoso día se prepara! se dijo entónces Luciano. Si le aprovechase para llevar yo mismo esta carta; justamente hoy no tengo nada que hacer en el tribunal. Si llego tarde á Paimbœuf para encontrar allí á Diana, ¿por qué no he de ir á la Sauvinière? Ya es tiempo de dar un vistazo á esa posesion, y ya no existen las razones que hasta ahora me han impedido visitarla. Vamos! añadió, apartando á un lado los legajos colocados sobre su mesa; estoy decidido, voy á buscar á mi mujer. Este celo por agradarla me valdrá quizás una recompensa; hace mucho tiempo que no la he merecido.»

Llamó á su ayuda de cámara, se vistió y pudo llegar á la estacion de la Bolsa á tiempo de tomar el tren.

Aquella escapatoria, aquella hermosa mañana de primavera, la vista del magnífico paisaje que se extendía ante él, le habían en cierto modo rejuvenecido, dado la vida. Sólo en su departamento de primera, corría de una á otra portezuela para admirar unas veces el campo, otras el Loira, cu-

bierto de baques. Era una verdadera alegría infantil, muy natural en un hombre que pasaba todo el año encerrado en su despacho ó en el tribunal.

En Savenay, el tren se detuvo algunos instantes para esperar el que viene de Redon y de Rennes, á tomar los viajeros con destino á Saint-Nazaire, y dejar á los que van á Vannes, á Lorient y á Brest.

Asomado á la portezuela, Luciano miraba maquinalmente lo que pasaba en el anden de la estacion, cuando de pronto llamó su atencion un grupo de tres personas. Se componía de una jóven de riguroso luto, de una criada que llevaba en sus brazos un niño, y de un empleado del ferro-carril con un saco de noche en la mano.

Se acercaban muy deprisa al departamento ocupado por Luciano Aubier, y éste, sin que pudiesen verle todavía, las contemplaba con admiracion.

—Mirad, señora, dijo el empleado, estaréis muy bien en este departamento, está desocupado.

—No tal, no está desocupado. Hay un caballero, dijo la criada.

La señora enlutada, al oirlo, quiso dirigirse á otro vagon. Pero Luciano asomó la cabeza á la portezuela, y dijo con voz conmovida:

—Podeis subir, señora, yo no os molestaré.

Al escuchar aquella voz, al reconocer á Aubier, la viajera lanzó un grito y estuvo á punto de ponerse mala. El empleado llegó á poner término á aquella escena.

—Vamos, señora, dijo, el tren va á partir, ya no podeis buscar otro coche. Teneis que subir en éste.

Al mismo tiempo abrió la portezuela. La señora tuvo que obedecer.

La persona cuya llegada acababa de sorprender tanto á Luciano, y que á su vez había experimentado una emocion tan viva, no era otra que María de Rioux. Al entrar en el vagon, se había serenado un poco y se había sentado enfrente del procurador imperial, por no parecer que huía de él, pero al mismo tiempo había tomado á su hijo de los brazos de la criada, y le había colocado sobre sus rodillas con el objeto de adquirir más presencia de ánimo.

Hacía un instante que se miraban en silencio, á hurtadillas, cuando Luciano, para no prolongar más aquella embarazosa situacion, tomó la palabra.

— ¿Estais de luto? dijo.

— Sí, por mi marido, contestó ella en voz baja.

— Ah! lo ignoraba; dispensadme.

Despues, María, por decir algo, por conseguir dominar su emocion, continuó con rapidez:

— Al casarse conmigo, me prometió no viajar más, fijarse en Saint-Nazaire, y aceptar una colocacion en el puerto; pero parecía tan desgraciado en tierra, se ponía tan triste cuando veía que un buque se daba á la vela, que al fin consenti que hiciera un nuevo viaje. ¡Ay de mí! nunca hubiera consentido; durante un gran temporal en el golfo de Méjico, fué arrebatado del puente de su navío por un golpe de mar, y las circunstancias eran tan críticas que la tripulacion no pudo socorrerle. Me ha dejado este querido hijo, añadió enjugándose una lágrima, y si me veis viajando con él, es que venimos de Rennes de pasar unos dias en casa

de su abuelo. Ahora volvemos á Saint-Nazaire; Mr. Berthauld compró allí una casa en la que vivo retirada.

Miéntras que ella se expresaba así, él la contemplaba con recogimiento, y todo su pasado se le agolpaba al corazon. Volvía á verla, con el pensamiento, en el salon de su tio, cuando él entraba por la noche, inclinarse, y ocultarse con rapidez, para disimular su rubor, detrás del bastidor en que estaba bordando. Recordaba las palabras cambiadas entre ellos en otro tiempo, resguardados por el piano, miéntras ella tocaba su vals predilecto y él volvía las hojas del cuaderno de música. ¿No se habia conducido indignamente interrumpiendo de pronto sus visitas? Es verdad que las habia interrumpido por decoro, cuando habia vuelto á ver á Mad. de Séry y soldado de nuevo la cadena de recuerdos que le unían á ella. ¿Pero no debió pensar que su inesperada ausencia iba á hacer sufrir cruelmente á aquella niña que le habia dado su corazon, y que, más delicada que él, no le volvía á tomar? Cierto es que él no la habia dado ninguna palabra, que no habia pedido su mano; pero sus repetidas visitas, sus atenciones, sus miradas, ¿no debieron haberle comprometido tan sériamente como una peticion en regla?

Ella se habia casado algun tiempo despues que él, por despecho quizás, y tambien porque, huérfana, sin fortuna, necesitaba un protector, un apoyo en la vida. Pero algunas conversaciones que habian llegado á oídos de Luciano, la emocion que habia experimentado al volverle á ver, su actitud, su mirada enternecida, su voz medio velada, ¿no decían bien claramente que ella le

había amado, y que tal vez le amaba todavía?

Al propio tiempo que abría su alma á estos pensamientos, que respiraba estos perfumes, admiraba aquel semblante encantador, aquellas grandes pestañas negras que parecían destinadas á velar la vivacidad de la mirada, aquella boca de niño encarnada y pura, aquella piel un poco morena, pero tan fina que se la veía, por decirlo así, estremecerse á la menor sensacion; admiraba aquel talle, al que ni el tiempo ni la maternidad habían quitado nada de su gracia, y aquel busto de virgen.

— Ya hemos llegado, dijo ella de pronto, despues de haber mirado por la portezuela.

— ¿A dónde? preguntó Luciano.

— A Saint-Nazaire.

— ¡Cómo á Saint-Nazaire! Entónces, hemos pasado á Donges.

— Ya hace tiempo. Ibais allí?

— Iba á Paimbœuf, y debía quedarme en Donges. Pero he olvidado.....

Ella le interrumpió diciéndole :

— Todo es fácil de arreglar. En cuanto entremos en la estacion os apeais sin perder un instante, atravesais el muelle en la direccion de los Transatlánticos, y preguntais por el vapor que sale todos los dias, á las doce, de Saint-Nazaire para Nantes, tocando en Paimbœuf. Es un retraso de una hora escasa, y si no teneis mucha prisa...

— ¡Oh! de ningun modo, se apresuró á responder.

En aquel instante el tren se detuvo, y como quisiera ayudar á Mad. Berthauld á bajar del coche :

—No os ocupeis de mí, le dijo ella. Son las doce menos cuarto. No teneis más que el tiempo preciso para alcanzar el vapor.

—¡Y bien! llegaré tarde, dijo.

Como ella había saltado ya en tierra quiso al menos cuidar del niño, y le llevó en sus brazos.

Cuando salieron de la estacion :

—Ahora adios, dijo ella, y designando un punto á la izquierda, ese es vuestro camino.

—Adios, repitió él, despues de besar al niño y sin atreverse á dar la mano á la madre, á quien no hizo más que saludar.

Dió dos ó tres pasos, y volviéndose de pronto, se acercó con rapidez á Mad. Berthauld, y la dijo con voz breve y conmovida :

—No tengo precision de ir hoy á Paimbœuf. Permitidme que os haga una visita, cuando hayais descansado, y ántes de que parta para Nantes.

María se sonrojó, palideció, sostuvo al parecer una lucha consigo misma, y por fin dijo :

—Yo no puedo cerrar mi puerta á un viajero perdido en una ciudad que no conoce. Yo no debo sobre todo olvidar que su madre me ha recibido muchas veces. Venid, pues, puesto que lo quereis; os esperaré con mi hijo. Habito una pequeña casa solitaria, rodeada de jardines, en el camino de Croisic, á algunos pasos de Saint-Nazaire. Por ahora separémonos, añadió sonriendo. Se admirarían de verme volver aquí, despues de una ausencia de tres semanas, del brazo de un extraño: Hasta luego.

El la saludó, y miétras ella hacía colocar su equipaje en el ómnibus del ferro-carril, se alejó en direccion de los muelles.

Tenía necesidad de movimiento, de aire, de soledad, para calmar su emoción, abstraerse y saborear de antemano el placer que iba á experimentar al encontrarse al lado de aquella encantadora mujer, de facciones tan agradables, de voz tan simpática y tan suave, y que esparcía á su alrededor como un perfume de honradez y castidad.

¡ Ah! ahora lo reconocía, aquella era la mujer con quien debía haberse casado. Ella hubiera sido la compañera fiel, la inteligente amiga que había soñado sin poderla encontrar. Aquella era la mujer que convenía á su carácter tranquilo, á su corazón ávido de ternura y de dulce afecto. Ella le hubiera proporcionado la dicha, mientras que al lado de Diana Berard solo había encontrado la embriaguez de los sentidos.

Entregado á estos pensamientos, recorría á la ventura Saint-Nazaire, sin cuidarse para nada de la población; ni siquiera hubiera pensado en almorzar si, al pasar por el muelle, delante del hotel de la Marina, no hubiera llamado su atención un ruido de cubiertos y de platos.

« Calle, pues es verdad, no he almorzado, » se dijo; y fué á sentarse en la mesa redonda, más bien por cumplir un deber de conciencia que por necesidad.

Una hora después se presentaba delante de la casa que María le había indicado y preguntaba por Mad. Berthauld. La criada que le abrió la puerta, natural sin duda de Bourg de Batz ó de Croisic, porque llevaba la pintoresca cofia de estas comarcas, le hizo atravesar un pequeño jardín admirablemente cuidado, y en que los árboles frutales se mezclaban con las flores. Al fondo y resguarda-

da de los vientos del Oeste por dos hermosas magnolias, se levantaba una casa de modesta á la par que graciosa apariencia, toda tapizada de yedra.

Le abrieron una puerta y penetró en uno de esos interiores, de los que sólo algunas mujeres poseen el secreto. Todo allí respira orden, buen gusto y honestidad. Allí todo está en su sitio, todo reluce, todo brilla. No se ven allí esos grandes detalles que tanto agradan á los artistas, pero en ciertas disposiciones se advierte un gusto, un encanto, una armonía, que el mismo arte no podría ménos de reconocer.

Esperó un instante en la sala, y despues se presentó ella llevando en los brazos á su hijo. Se acercó á él, le alargó con franqueza la mano y le dijo que se sentara.

Hablaron largo tiempo de todo y de nada, por decir algo, y comprendiendo los dos que tenían cosas más interesantes que decirse.

Por fin se le escapó á Luciano esta frase :

— ¡ Ah! qué dichoso sería yo aquí!

— Pues qué, ¿ no sois dichoso en Nantes? se apresuró ella á preguntar, sin tener en cuenta lo peligroso de la pregunta, y olvidándose de que se había prometido no tocar ciertas cuestiones.

— Nó, no soy dichoso, respondió él, levantándose, y paseándose por la sala con cierta agitación, añadió de pronto : Yo he debido casarme con vos; he cometido una falta, y sufro el castigo, perdonadme!

Ella guardó un instante silencio, saboreando, por decirlo así, las palabras que se le acababan de escapar á Luciano. Despues se acercó á él, le de-

tuvo en su camino y le dijo, con voz vibrante, con un relámpago en la mirada :

—Sin embargo, ¡la amábais mucho!

—Nó, yo no la amaba, exclamó, he creído amarla y hoy conozco que no la amo. ¡Ah! yo me había jurado no decir esto jamás... Sí, me lo había jurado. Cuando uno comete una falta debe soportar con valor las consecuencias. Yo me negaba el derecho de confesarme á mí mismo que era desgraciado... pero al veros me ha faltado la entereza, mi corazón se ha enternecido... hablo y... lloro, ya lo veis, lloro.

Ella se acercó á él lentamente, le colocó la mano sobre el hombro, y le dijo :

—¿No teneis hijos?

—¡Ay de mí! nó, respondió, no tengo esa dicha.

Ella se volvió, se inclinó hácia su pequeñuelo, que jugaba sobre la alfombra, le tomó en sus brazos y llevándosele á Luciano :

—Amad á éste, exclamó.

El cogió al niño, le contempló y le cubrió de caricias.

La valla estaba rota; ya no tenían necesidad de hablar de generalidades. Pudieron decirse todo lo que guardaban en el corazón. Segura de sí misma, fuerte con su honradez, preservada de todo peligro con solo pensar que Luciano estaba casado, y que toda esperanza les estaba prohibida, no tuvo inconveniente en hablar del pasado, de sus sueños de soltera, de su dolor el día en que los había visto desaparecer. No dirigió cargos de ninguna especie, hizo constar tan sólo sus sufrimientos, con una deliciosa castidad de expresiones. Dijo las ra-

zones que muy luego la habían obligado á casarse á su vez, cuando ella hubiera querido permanecer soltera toda su vida. Pintó á grandes rasgos á Mr. Berthauld : un hombre sencillo, bueno, leal. Nunca le hubiera amado, pero poco á poco se había prendado de él, y su muerte la había causado un gran sentimiento. Ahora su vida había terminado, pero la de su hijo iba á empezar muy pronto, y pensaba consagrarse enteramente á la educación de aquel niño.

Luciano habló tambien de sus esperanzas desvanecidas: sin tocar á ciertas cuestiones que no pueden abordarse con una mujer honrada, explicó que entre Diana y él no existía ninguna comunidad de ideas, ninguna simpatía seria, y que á su lado se sentía mortificado, á disgusto.

— Cualquiera diría, añadió él sonriendo, porque la comparación era un poco fuerte y así lo comprendía, que existe entre nosotros un secreto, casi un crimen.

A las cinco, tuvieron que separarse.

— ¿Podré volveros á ver? preguntó Luciano.

— Si la casualidad os conduce á Saint-Nazaire, respondió ella, venid á saber cómo está este inocente niño que ya parece amaros, y á preguntar por la madre... vuestra hermana, añadió. Pero vuestras ocupaciones no os permitirán volver por aquí y podemos despedirnos.

— ¡Oh! nó, exclamó él, estrechándola la mano, hasta la vista.

Y volvió á tomar, á través de los campos, el camino que había recorrido algunas horas ántes. El día había cumplido las promesas de la mañana, promesas que le habían decidido á abandonar sus

trabajos habituales : en el cielo no se veía una nube; á lo léjos la mar brillaba como un espejo; todo parecía reverdecer al soplo de la primavera; el aire entibiado, impregnado de violeta y azahar, acariciaba suavemente á la tierra; los pájaros revoloteaban en los matorrales y lanzaban gritos de amor; todas las alegrías se despertaban á su paso. Por la primera vez en su vida quizá, Luciano admiraba el espectáculo que da la naturaleza al volver de su letargo, despues de un largo invierno, y se extasiaba encantado. La primavera renacía en él como renacía sobre la tierra, y su alma se abismaba en un sentimiento de bienestar inefable.

Mas ¡ay! bien pronto llegó á las primeras casas de Saint-Nazaire y tuvo que volver á tomar su vida en donde la había dejado por la mañana.

Al salir de Saint-Nazaire á las cinco, Luciano no ignoraba que su mujer iba, segun su costumbre, á tomar el tren en la estacion de Donges. Pero él no tenía la eleccion, y ademas creía que no debía ocultar á Diana el viaje que acababa de hacer, y del que ella había sido el pretexto. En cuanto á decirle cómo había empleado el tiempo, eso era otra cosa. Tenía ella demasiada predisposicion para los celos, y muy poca delicadeza en el corazon para admitir la pureza de ciertas relaciones. Las mujeres que se abandonan á su imaginacion y á sus sentidos, suponen á todo el mundo hecho á su imágen y semejanza, y no quieren creer que dos seres, jóvenes y hermosos, que se han amado, se limiten á hablar de sus antiguos amores.

Esta vez Luciano no dejó pasar la estacion de Donges sin fijarse en ella. Se apresuró á asomarse

á la portezuela, y en cuanto vió á Diana, la llamó y bajó para hacerla subir con él.

—¿ Vos aquí? dijo ella, admirada.

—Entrad, vais á saberlo todo, y por de pronto aquí teneis una carta; es, segun creo, de vuestro padre.

—¡ Ah! dádme la al momento.

La leyó, comunicó en breves palabras las noticias que contenía, y dijo al concluir:

—Esto no me explica cómo os encuentro aquí.

—Es muy sencillo, respondió él. Esa carta llegó esta mañana una hora despues de vuestra partida; yo no he querido hacéros la esperar todo el dia y tuve la idea de llevárosla.

—A dónde? preguntó ella con rapidez.

—A vuestra casa, á la Sauvinière.

—Ah! dijo ella sonrojándose. Y añadió al punto: ¿Y por qué no habeis venido?

Entónces él contó que despues de haber tenido la torpeza de haber dejado pasar la estacion de Donges, había llegado tarde á Saint-Nazaire para tomar el vapor. Que había esperado el tren de las cinco y veinte, sabiendo que la encontraría en el camino y que recibiría su carta dos horas ántes.

Preocupada con los peligros que hubiera podido correr si Luciano se hubiera presentado impensadamente en la Sauvinière, no se le ocurrió admirarse de que un hombre serio y de juicio hubiera dejado pasar la estacion á la cual se dirigía. Se contentó con darle las gracias y añadió, á fin de saber las precauciones que debía tomar para lo sucesivo:

—¿Es decir que ya consentís en visitar la Sauvinière?

— Sin duda, y en cuanto tenga un momento disponible, si me lo permitís...

— Sí que lo permitiré, pero no ahora.

— Por qué?

— La casa está en un completo desorden. He dispuesto que se hagan algunas reparaciones, y por coquetería, añadió sonriéndose, deseo que todo esté terminado para haceros los honores de mi... quiero decir, de nuestro castillo.

— Muy bien, dijo Luciano, esperaré.

De este modo ganaba ella tiempo para pensar en las medidas que había de tomar con respecto á Lami, porque no se le ocultaba el peligro de una visita de Luciano á la Sauvinière. Las últimas horas pasadas con su amante habían sido todavía más agitadas que de costumbre: Lami se había mostrado despótico y celoso hasta el extremo. La había atormentado con motivo de las relaciones que segun él existían entre ella y su marido. No había querido dar crédito á ninguna de sus protestas y se había encolerizado hasta el punto de exclamar: «Si llegase á tener la prueba de que usa de sus derechos sobre vos, le mataré y á vos tambien.»

No era, pues, aquel el momento oportuno de poner al amante y al marido uno enfrente de otro, y Diana se había apresurado á retardar la época en que este encuentro llegaría á ser inevitable. Por lo demás, acostumbrada á la lucha, astuta como la que más, dispuesta para el combate, ávida de emociones de todo género, no era mujer que se dejase abatir por los peligros que la rodeaban, y esperaba llegar á dominarlos.

Al calcular así, no tenía en cuenta la pasión,

que hace cometer faltas á los más hábiles, y obliga con frecuencia á denunciarse á los criminales ménos expansivos.

Luciano no podía haber renunciado á volver á ver á María Berthauld; aquella primera visita le había en cierto modo tranquilizado, devuelto la vida, y los recuerdos que de ella conservaba eran demasiado agradables para que no desease volver lo más pronto posible á Saint-Nazaire. No se le ocultaban los peligros de ir con frecuencia á una ciudad en la que nada tenía que hacer, pero la tentación era tan fuerte que sucumbió á ella. Escogía de ordinario para estas expediciones el día en que Diana se dirigía á Paimbœuf, y mientras que ella iba á tratar de calmar sus deseos nunca satisfechos, y la ardiente pasión que le inspiraba su marido, él corría al lado de Mad. Berthauld, á purificarse del amor demasiado exaltado de su mujer.

Durante algunos meses, estos viajes por partida doble se verificaron sin ningun contratiempo. Una de esas casualidades, que no se pueden ni impedir ni prever, ocasionó la tempestad. Diana, una mañana, hacía algunas compras en la calle Crébillion, y salía de una tienda para entrar en otra, cuando encontró á Desvignes.

Después de los saludos de costumbre, el armador la dijo:

— ¿No fuisteis ayer á Saint-Nazaire?

— Nó, respondió ella, yo nunca voy más allá de Paimbœuf; la Sauvinière está al lado. ¿Por qué me preguntais eso?

— Es muy natural; he encontrado ayer á vuestro marido en Saint-Nazaire, y he supuesto que habiais ido allí juntos.

—Mi marido en Saint-Nazaire! estais en un error.

—De ningun modo, le he visto atravesar una calle á eso de las dos de la tarde, y si no le hablé, fué porque yo iba muy deprisa al camino de hierro. Pero, añadió, advirtiéndome un poco tarde el efecto producido por sus palabras, tal vez esté equivocado...

Se despidió de Desvignes, sin dar lugar á que se embrollára más, interrumpió sus compras y entró en su casa. Al cabo de una hora, por medio de preguntas hábilmente dirigidas á los criados de la casa, estuvo al corriente de las acciones y de los gestos de su marido durante más de dos meses, y adquirió la prueba de que siempre que ella partía para Paimbœuf, él se ausentaba tambien.

¿A qué causa atribuir semejante alteracion en las costumbres de Luciano? ¿Sospechaba de ella? ¿Trataba de saber lo que pasaba en la Sauvinière? ¿Tenía citas con algun misterioso agente que iba á informarle? Estos pensamientos cruzaron por su mente, sin darlos importancia, tan inverosímiles eran. En efecto, si Luciano tenía informes que escuchar, sería en Nantes, en su despacho de magistrado en donde recibiría á sus agentes, y al ménos por dignidad, por respeto á la profesion, él no iría á buscarlos. Si se trataba de una prueba judicial, la haría en Paimbœuf y no en Saint-Nazaire; un brazo de mar de legua y media separaba á estas dos ciudades y las hacía casi extrañas la una á la otra.

Entónces ella abordó otro órden de ideas: Luciano seguía en Saint-Nazaire alguna intriga; estaba allí enamorado y tenía una querida; su frial-

dad, su indiferencia se explicaban así. A la sola idea de que podía ser engañada se ponía furiosa; no pensaba que con su conducta había dado á su marido el derecho de ser infiel. Nó, su pasión no la permitía admitir la pena del talion. Si él la hubiese amado, tal vez le hubiera permitido una traición; pero él no la amaba y ella le amaba á él.

Diana no era mujer capaz de permanecer largo tiempo en la duda, de mostrarse celosa de un ser imaginario. Si era engañada, quería conocer á su rival.

Sin embargo, dedicó una semana á estudiar á Luciano, á tratar de adivinar lo que pasaba en su alma. Le pareció inquieto, nervioso, agitado, poco dispuesto al trabajo, y cada vez más despegado de ella.

Una tarde, durante la comida, le dijo:

—¿Qué tiempo creéis que hará mañana?

—Yo no sé, respondió él, echando una mirada hácia el balcón. El cielo está sombrío, es muy posible que llueva.

—Lo sentiría, respondió ella: quería ir á la Sauvinière á dar algunas órdenes á los operarios. Hace dos días que me esperan.

El se calló, pero terminada la comida, abrió la ventana, y despues de haber observado el cielo con gran interés:

—Tal vez me haya equivocado, dijo, las nubes se disipan y el viento salta al Norte. No sería extraño que mañana tuviésemos un hermoso día.

—Entónces, le aprovecharé, dijo ella, mirándole con atención. Seríais muy amable si mañana por la mañana á las siete me acompañáseis hasta el vapor.

—Con mucho gusto. Pero y si llueve? añadió con una expresión de temor.

—Oh! me pondré un traje á propósito, no ten-gais cuidado. En esta época del año, el mal tiempo dura poco. Y además, ya os lo he dicho, me es-peran.

—Pues convenidos, dijo él alegremente.

A las seis y media de la mañana siguiente, abandonaron el boulevard Delorme, y cogidos del brazo, como dos verdaderos amantes, se dirigie-ron al Loira. Las nubes se habían disipado, el dia prometía ser hermoso. A la última campanada de las siete se separaron y Diana entró en el vapor.

Cuando una media hora despues el empleado, que había concluido por reconocer en Mad. Aubier una de sus mejores parroquianas, quiso darle su billete para Paimbœuf, ella le detuvo diciéndole:

—Nó, hoy voy á Saint-Nazaire.

Miéntas que ella bajaba el Loira, Luciano, se-guro de tener un gran día de libertad, entró en su casa, despachó varios asuntos urgentes, y tomó el tren de las nueve.

A las doce estaba en Saint-Nazaire, en la linda casa de Mad. Berthauld y almorzaba á su mesa, entre ella y su hijo.

Nunca habían sido los dos más felices al vol-verse á ver, jamás habían estado más contentos al hallarse reunidos. Eran dos amigos, dos herma-nos que, encontrándose despues de una ausencia siempre demasiado larga, tenían mil cosas que decirse. Luciano hablaba de sus últimos trabajos, de los asuntos de que estaba encargado, del acu-sado que le había inspirado interés y que había hecho absolver convenciendo al jurado de su

inocencia ; del otro , contra el que había tenido que pedir una pena severa , creyendo así cumplir con un deber y librando á la sociedad de un ser peligroso. La hablaba tambien de su madre: le había cedido su casa del boulevard Delorme , demasiado grande para ella sola , y vivía en la calle Lafayette , muy cerca del palacio de justicia. La veía todas las mañanas , cuando iba á su despacho , y muchas veces durante el dia , entre dos audiencias , encontraba medio de pasar algunos momentos con ella. La pobre señora tenía ya los cabellos blancos , lo que la daba un aspecto todavía más respetable y un poco de coquetería , porque todos se complacían en decirla que con su mirada penetrante , sus cabellos blancos la rejuvenecían. En cuanto á lo moral , continuaba siendo buena é indulgente para las personas que amaba , severa para las que no habían sabido merecer sus simpatías , de una firmeza inquebrantable en sus convicciones , no transigiendo nunca con su conciencia , y dispuesta á sacrificar su vida y la de los suyos , si creía su honra ó la suya interesada en el sacrificio.

María hablaba de su hijo , de los cuidados de que le había rodeado , de los mil temores de que el corazon de una madre está siempre lleno , de sus proyectos para el porvenir de aquel niño. Solía tambien consultar á Luciano sobre los asuntos de la testamentaria , que aún no estaban completamente terminados , y sobre una porcion de cosas que ella no quería emprender sin tener su parecer. Ella tenía el alma tan pura , el corazon tan noble , y él sentía tanto respeto por ella , que ni siquiera se le ocurría inquietarse por aquella intimidad , ni creerla peligrosa.

Concluido el desayuno, Luciano sacó de la gran silla de niño en que estaba sentado al hijo de Mad. Berthauld, y le puso en el suelo despues de haberle besado. El pequeñuelo de dos años y el grave procurador imperial vivían, desde que se conocían, en la más estrecha intimidad. El uno abusaba un poco de la complacencia de su amigo, pero el otro era tan feliz con las libertades que se tomaba con él!

«Por favor, dejadle hacer, (decía él á María, que quería interponerse cuando veía á su hijo coger con ambas manos las patillas de Luciano y tirar de ellas sin compasion), dejadle, esto le divierte, y os juro que tambien me divierte á mí. »Si yo hubiera tenido la dicha de tener un hijo, ¿no me habría tratado de esta manera bárbara? »Dejad que me figure por un instante que soy »padre.»

Entónces colocaba al niño sobre sus rodillas, le hacía saltar imitando el trote y el galope de un caballo, y divirtiéndole á más y mejor, se complacía en admirar aquellos lindos cabellos rubios naturalmente rizados, aquella frente tersa, aquellos ojos á la vez dulces y picarillos, aquella pequeña nariz apénas formada, aquella boca fresca de la que se escapaba una risa juvenil y franca, y aquellos hombros robustos, aquellos brazos y aquellas manos rollizas, aquellas piernas ya sólidas, aquellos piés diminutos, en una palabra, todas las maravillas de que se compone el cuerpo de un niño pequeño. Aquel hombre, privado de las santas alegrías de la familia, que tan bien habría apreciado, tomaba por lo serio su papel de padre, cubría de caricias al hijo de Mad. Berthauld y se hu-

biera podido verle enjugar furtivamente una lágrima, cuando el pequeñuelo, colgándose á su cuello para darle gracias por sus bondades, le rozaba con sus labios.

Hacia rato que estaban los dos entretenidos de este modo, cuando entregaron á María una carta que acababa de traer un marinero. La leyó en alta voz. Un amigo de su marido, comandante de un buque que había entrado la víspera, la hacía saber que había adquirido en su último viaje noticias acerca de la muerte de su antiguo amigo y compañero el capitán Berthauld, y que quería comunicárselas á su viuda. Detenido á bordo por todo el día, la suplicaba que fuera á verle, á ménos que no quisiera esperar su visita hasta el día siguiente.

—Nó, en verdad, no esperaré, dijo ella al concluir. Quiero saber cuanto ántes esas noticias y voy á ver al capitán.

—¿Sola? preguntó Luciano.

—Con mi hijo. Pero despues de haber reflexionado, añadió: Nó, esto sería una imprudencia. Las tablas dispuestas para subir á bordo son muy estrechas; la muchacha puede asustarse y dar un mal paso; iré sola.

—¿Por qué no he de acompañaros yo? preguntó Luciano.

—He pensado en ello, porque acaso estaré ausente mucho tiempo, y no está bien que os deje sólo, cuando habeis venido á Saint-Nazaire por mí; pero hubiera querido evitar que nos viesen pasear juntos en la ciudad.

—¿Por qué han de vernos? No podemos dirigirnos al puerto por los terrenos siempre solitarios que empiezan cerca de aquí?

— En efecto, dijo ella. Vamos, venid, no tengo valor para dejaros aquí sólo esperándome, y además tal vez sería comprometido el que fuese sola á ver al capitán. En las pequeñas ciudades como ésta suelen ser muy mal pensados.

Salieron, se dirigieron al puerto por caminos extraviados y subieron á bordo del buque en donde el capitán les recibió en la cámara de los pasajeros.

Después de una conversacion bastante larga, durante la cual Mad. Berthauld supo, respecto á su marido, diferentes detalles que la interesaron vivamente, subieron al puente, obligaron al oficial á que volviese á sus ocupaciones, y ántes de abandonar el navío, uno de los más hermosos de la línea, y que todos los extranjeros de paso en Saint-Nazaire se creen obligados á visitar, se pasearon un instante sobre cubierta.

De pronto, en el momento en que pasaban por delante de la escalera que conduce á los camarotes de primera clase, se encontraron enfrente de un grupo de personas, á las que iba enseñando el buque un hombre de la tripulación. Detrás de ellas y aprovechando las explicaciones que las daban, sin formar parte del grupo, marchaba una mujer cubierta con un velo, que se detuvo súbitamente al ver á Mad. Berthauld y á Luciano. Al mismo tiempo éste reconoció á Diana y se estremejó.

— ¿Qué teneis? preguntó su compañera.

— Nada, respondió tratando de aparecer tranquilo; venid conmigo.

Y marchó resueltamente al encuentro de su mujer: era el único partido que debió tomar.

Quando estuvo enfrente de ella, se volvió hácia María y dijo en alta voz:

— Señora, permitidme que os presente á mi mujer, y dirigiéndose á ésta: Mi querida amiga, añadió, os presento á Mad. Berthauld.

— ¡Oh! he reconccido perfectamente á esta señora, dijo al punto Diana con voz ahogada por la cólera; ¿no he tenido el honor de encontrarla muchas veces en los baños de mar y en Nantes? y ademas, añadió sin poderse contener, hace mucho tiempo que la fama de sus amores me hizo fijar en ella mi atencion.

— ¡Oh! exclamó María.

— ¡Qué teneis, señora! replicó Diana, hablo de vuestros amores con mi marido; me parece que si alguno tiene derecho á ocuparse de ellos, soy yo.

Como Mad. Berthauld fuése á responder, Luciano la detuvo diciendo severamente á su mujer:

— Yo no os he presentado á esta señora para que os permitais hablarla de ese modo.

— ¡De veras! exclamó ella. Olvidais, querido amigo, que esa presentacion era de rigor. ¡Ah! os creen en Nantes, en el tribunal ó en vuestro despacho, y os paseais en Saint-Nazaire, cogido del brazo de...

— Callaos, dijo Luciano, interrumpiéndola, os suplico que os calleis; y volviéndose hácia María: señora, la dijo, voy á tener el honor de acompañaros á vuestra casa.

— Eso es, exclamó Diana, se me deja sola, á bordo de este buque, á mí, la mujer legítima, y se acompaña...

Ya en el colmo de la cólera, iba sin duda á pro-

nunciar la palabra *querida*. Luciano, que lo temió, la volvió á interrumpir diciéndola :

—No hay ningun inconveniente en que vengais con nosotros, y yo os acompañaré tambien. Pero yo no debo abandonar á esta señora que me ha hecho el honor de salir conmigo, hasta tanto que la haya dejado en su casa. Yo no podía adivinar, añadió, que os iba á encontrar en este buque.

—Es evidente, dijo ella, pues de lo contrario los dos os hubiérais ocultado mejor, y no habríais salido de la casa en que os encerrais hace dos meses. La conozco, está muy bien situada y es muy solitaria. ¡Ah! trabajo me ha costado el descubrirlos, pero al fin lo he conseguido.

—Venid, señora, dijo Luciano á María, sin contestar á su mujer y alejándose de ella.

Durante un momento, Diana pensó en separarlos violentamente y cogerse del brazo de su marido. Pero por fin pudo resistir á este deseo.

Sin embargo, cuando los vió poner el pie sobre las tablas que conducen del puente del buque al muelle, una idea infernal atravesó por su mente: «Si me arrojase sobre ellos, se dijo, los dos caerían al mar y quedaría vengada.» Pero ántes que ella hiciese un movimiento, ya habían saltado á tierra.

Permaneció un instante contemplándolos, sin saber qué partido tomar, despues tuvo un momento de razon, abandonó el buque y se dirigió rápidamente á la estacion del camino de hierro.

Tomó el tren de las cinco, y á las siete estaba en Nantes.

Luciano, que no pudo salir hasta las seis y media, entraba en su casa á las nueve.

Encontró á Diana instalada en su despacho. Ella guardó un instante silencio, y le dejó recorrer las cartas llegadas durante el día. Despues, se dirigió lentamente hácia él y con una voz que dejaba adivinar una de esas cóleras frias y por lo mismo terribles, le dijo:

— Es decir que teneis una querida!

El esperaba aquel ataque y había llamado en su auxilio toda la sangre fria de que podía disponer. Por eso respondió con voz firme pero tranquila:

— Sois injusta con Mad. Berthauld y conmigo. Una mujer no es de precision la querida de un hombre, porque se pasée con él á la luz del dia.

— Vos lo creeis así!... exclamó ella; y cuando á esa mujer se la ha conocido soltera, cuando se la ha amado y ella os ha amado, cuando ha llegado á ser viuda y dueña de sus acciones, cuando uno se oculta para ir, todas las semanas, á encerrarse dias enteros con ella en una casa solitaria!... Ah! si estas pruebas no bastan, entónces...

Se calló, la cólera no la permitía encontrar la expresion que buscaba.

El respondió, siempre con la misma calma:

— Os equivocais. Os digo que os equivocais.

— De veras! replicó ella, ¿y me equivoco tambien cuando afirmo que la amais?

El guardó silencio.

— Pero responded, dijo ella, responded. No veis que esto es lo importante. Qué me importa á mí que ella haya sido vuestra querida si no la amais ya, si es á mí á quien amais siempre, si no habeis tenido por ella más que un capricho pasajero...

Ella se detuvo para que él pudiese contestar, pero permaneció mudo.

Aquel silencio, aquella sangre fría la exasperaron. Hubiera querido que él dijese cualquier cosa, que hubiera tratado de engañarla, que hubiese mentido, con tal que le hubiese oído hablar y defenderse.

Pero si la calma de Luciano duplicaba la cólera de Diana, á causa del fenómeno que hemos indicado muchas veces, aumentaba al mismo tiempo su pasión. La resistencia era para ella un estimulante, los obstáculos exaltaban su imaginación. Mientras que le maldecía, admiraba su sonrisa desdeñosa, su mirada severa, su aspecto tranquilo. No se advertía en él la menor turbación, hubiérase dicho que él era el juez y ella la acusada. Hubiera querido clavarle las uñas en la carne, estrangularle con sus manos, y al propio tiempo estrecharle entre sus brazos y confundir sus labios con los suyos.

De repente se lanzó hácia Luciano Aubier, le cogió por las muñecas, y mirándole cara á cara, fijos sus ojos en los suyos, le dijo:

— Escucha; que ella haya sido ó nó tu querida, no quiero saberlo y te perdono. Que tú la hayas amado y que sientas todavía por ella alguna inclinación, consiento en ello y te disculpo!... Pero dime que me amas, dime que me deseas, dime que me quieres!

Luciano no pronunció una palabra.

Entónces fuera de sí, llegada á ese grado de locura en que uno no sabe lo que dice ni lo que hace, en que se prescinde de toda prudencia, en que se deja á la vez hablar á la conciencia y gritar

á los remordimientos, le soltó las muñecas, se arrojó en un sillón, y oprimiéndose la cabeza con ambas manos:

— El miserable!... ya no me ama, exclamó... y por él he sido criminal, por él he dado muerte á mi marido.

Si estas imprudentes palabras hubiesen producido una viva impresion sobre Luciano, tal vez ella hubiera recobrado á tiempo la razon para negarlas ó explicarlas de algun modo. Pero él no las había comprendido; pensó que hablaba en sentido figurado y que en el desórden de ideas en que se encontraba, decía haber muerto á su marido, solamente porque había deseado su muerte. Por eso no se conmovió, y como ella quería á todo trance que se conmoviese:

— Si, yo le maté, añadió, porque el término de los tres años que yo te había pedido se aproximaba; porque yo quería reunirme contigo cuanto ántes; porque él nos separaba; porque tardaba demasiado en morir... Ah! tú no me crees, tú no crees que yo te haya amado hasta ese punto, ingrato!... Pues bien! acuérdate de la noche en que vine aquí... ya sabes, aquella noche en que fuí tuya por primera vez... ¿Qué hacías tú cuando yo entré? Estudiabas un gran asunto criminal. Se trataba de un hombre que había envenenado á su suegra... Oh! tengo buena memoria!... Tú entónces me enseñaste varios paquetes de arsénico que analizabas... Dos de esos paquetes, dijiste, bastan para matar á un hombre... Un instante despues, saliste de tu despacho para ir á cerrar las puertas que daban al patio, te acuerdas, no es verdad? Yo entónces me aproveché de tu ausencia y te

robé, no dos paquetes de arsénico, podía haber errado el golpe, sino tres para estar más segura... Poco tiempo despues, llegaba á tu noticia que yo era viuda... Me crees ahora? ...

— Sí, la creía, porque á aquellas palabras, dichas con demasiada pasion para no ser verdaderas, venía á unirse el hecho, el hecho brutal; la desaparicion de aquellos tres paquetes, que echó de ménos en otro tiempo, sin habérsela podido explicar nunca.

— Esta vez fué él quien se lanzó hácia Diana y la cogió por las muñecas, diciéndola:

— Miserable! miserable!

— Ah! exclamó ella, al fin te has conmovido! Necesitas crímenes para conmoverte!

El la soltó las muñecas, hizo un supremo esfuerzo para recobrar su sangre fria, lo consiguió, y despues de haberse paseado precipitadamente durante un momento, se acercó á su mujer, y dijo con voz firme:

— Ya comprenderéis que no podemos vivir juntos. Entrad en vuestra habitacion. Mañana, iréis á París á reuniros con vuestro padre. Os queda toda la fortuna de Mr. de Séry, yo os la restituyo, y seréis bastante rica para que yo no pueda inquietarme por vuestra suerte.

— De veras! dijo ella enderezándose delante de él, ¡es así como arreglais mis asuntos, como disponéis de mí y de vos! Yo iré á vivir á París, y vos á Saint-Nazaire, sin duda, al ménos que, y esto es lo más probable, no hagais venir aquí á vuestra querida. Yo habré dado muerte á un hombre, yo habré merecido el cadalso, ó por lo ménos el presidio, para venir á parar á este resultado!

Vamos! estais loco y no me conoceis!... Escuchadme. Yo tambien tengo mi sangre fria ahora, soy como vos; escuchad: No tan sólo no me perderá, ni me perjudicará la confianza que acabo de haceros, sino que quiero que me aproveche! Yo no abandonaré esta casa ni vos tampoco la abandonaréis; y si volveis á ver á Mad. Berthauld, una hora despues, entendedlo bien, una hora despues, toda la magistratura de Nantes, toda la policia, toda la ciudad sabrán que yo he asesinado á mi marido y que vos sois mi cómplice.

— Desgraciada!

— Y queréis saber qué pruebas daré á los jueces de vuestra complicidad... porque, en cuanto á mi crimen, no hay duda ninguna... yo confieso, y aún es tiempo de encontrar el arsénico, haciendo la autopsia. Esas pruebas, yo las dividiré, como vos y vuestros compañeros las dividís ante los tribunales, en pruebas morales y en pruebas materiales: las pruebas morales son vuestro amor por mí, la peticion de mi mano, la negativa de vuestra madre porque yo no tenía dote, mi casamiento con un hombre rico, casamiento concertado con vos probablemente, la visita que yo os hice y la muerte que la siguió. En fin, un año despues, nuestro propio matrimonio... ¿Queréis conocer ahora las pruebas materiales? Existen muchas, pero una sola bastará: habeis hecho que os entregue un farmacéutico de Nantes diez paquetes de arsénico, con el objeto de analizarlos; vamos! con el objeto de entregarme á mí una parte, y me la habeis entregado, puesto que ya no podeis presentar más que siete paquetes. Advertid tambien que la muerte de Mr. de Séry coincide perfecta-

mente con mi visita clandestina á Nantes y con la entrega del arsénico. Emitid ahora vuestro dictámen , señor procurador imperial , vos que tantas veces le habeis emitido contra los demás... Oh! bien sabeis que seréis condenado , y si lo que no es posible , no lo fueseis , quedaríais deshonrado y perdido para siempre... He dicho todo lo que tenía que decir. Me retiro á mi habitacion , como me habeis mandado ; pero mañana , estaré todavía en esta casa , y es preciso , entendedlo bien , es preciso que yo os encuentre en ella.

Diana salió y él cayó abrumado , sin fuerza , sin valor , sin ideas. Cuando logró vencer aquel primer movimiento de debilidad , trató de examinar la nueva situacion que le habían creado. Por de pronto se preguntó si no soñaba , si la acusacion que Diana había lanzado contra sí misma era seria , si sus declaraciones eran sinceras. «Tal vez , se decía , al ver que yo me escapaba de entre sus manos , ha tratado de intimidarme y de retenerme por el temor : yo me negaba á ser su amante , ella ha querido hacer de mí su cómplice.» Pero no pudo conservar mucho tiempo esta esperanza. Las revelaciones de Diana habían sido demasiado claras , demasiado precisas , y por qué no decirlo , el crimen era demasiado probable , para que le fuera permitido ponerle en duda. Y él había creído en aquella miserable , la había amado , había vivido á su lado muchos años! ¿No debía , como hombre honrado , como marido , como magistrado , hacerla prender en seguida , sin mirar atrás , sin ocuparse de los peligros que él mismo corría?

No se atrevió á entregar á la que había amado y le amaba , con un amor afrentoso , con un amor

reprobado, pero que al fin le amaba. Tuvo miedo al escándalo que recaería sobre su nombre, aquel nombre sin mancha que su padre le había legado, aquel nombre que él trataba de ennoblecer. Tuvo también piedad de su anciana madre, á quien un suceso tan terrible quitaría la vida.

En cuanto á la cuestion de complicidad iniciada por Diana, no se ocupó de ella en mucho tiempo; no quería que pesase en la balanza de su conducta; sobre todo se negaba á admitir que pudiese alcanzarle semejante monstruosidad. Sin embargo, después de agotados los demás asuntos, fué necesario examinarla. Consideró esta cuestion como si él no estuviera directamente interesado en ella; la estudió como magistrado, como procurador imperial. Diana no era su mujer; comparecía ante él, y después de haber confesado su crimen, acusaba á su marido de complicidad. Examinó, una por una, todas las pruebas que acababa de darle con este motivo; las clasificó, las escudriñó, las desmenuzó por decirlo así; se hizo comparecer á sí mismo, se interrogó y se contestó. Concluido este estudio, terminada esta instruccion, no pudo ménos de reconocer que debía lanzar una orden de arresto contra el marido de Mad. Aubier, y que, á no dudar, los jueces no vacilarían en confirmar este arresto.

De este modo la posicion era muy clara: comparecer ante los tribunales, ó vivir con una miserable que le causaba horror.

Pesó largo tiempo el pró y el contra de estas dos situaciones, y por fin se decidió por la última. Continuaría viviendo con su mujer. Sólo que á esta determinacion la puso una sencilla restriccion, que

fué la siguiente: «Cuando ya no pueda soportar la existencia, me mataré.»

Despues de haber permanecido toda la noche en su despacho, á eso de las ocho de la mañana, examinó el correo como si nada hubiera pasado en su existencia desde la víspera. Despues se vistió y se fué al tribunal, en donde habló durante tres horas en un negocio civil de suma importancia.

A las seis se sentó á la mesa, enfrente de Diana, cambió con ella, delante de los criados, algunas palabras insignificantes, y despues se dirigió á casa de su madre, que al verle amable y afectuoso como de costumbre, no pudo sospechar las terribles emociones por que acababa de pasar. Los dias siguientes fueron exactamente iguales. Ya no se le encontraba en su casa más que á las horas de comer. Pero de seguro se le encontraba, ó en el palacio de justicia, ó en casa de su madre, ó en el camino que conduce del boulevard Delorme á la calle de Lafayette y al tribunal. Los dias de fiesta, cuando no tenía audiencia, se encerraba todo el dia en su despacho, algunas veces toda la noche. Un trabajo incesante y continuado le hacía olvidar lo horrible de su situacion é impedía que su pensamiento se perdiese en el camino de Saint-Nazaire.

Con su mujer, gracias á enérgicos esfuerzos y á una fuerza de voluntad sorprendente, se mostraba estrictamente cortés y conveniente. Jamás se le escapaba un gesto de impaciencia, un movimiento de mal humor, una palabra ofensiva. El no la dirigía el primero la palabra; pero siempre que ella le preguntaba, respondía con cortesía y continuaba la conversacion si ella la había empezado. Unicamente evitaba toda alusion peligrosa,

toda discusion , y procuraba no dar pretexto á las recriminaciones. Se mostraba , en una palabra, resignado , sin afectacion y sin jactancia. Esta prudente actitud , si no hubiera sido exigida por las circunstancias , era la única que podía escoger para vengarse de Diana. Despues de las terribles declaraciones que la cólera y la pasion la habían arrancado , una vez recobrada la calma y la serenidad , debió procurar volver sobre ellas y disminuir su efecto. Pero Luciano , con sumo cuidado, evitaba una explicacion y ella no se atrevía á pro-vocarla. Nó , no se atrevía y no hay porqué admirarse de esto : audaz , descarada , hasta cínica, bajo el dominio de un sentimiento exaltado y ar-rastrada por la pasion llegada á su paroxismo, se volvía en las circunstancias ordinarias de la vida , casi tímida ante el hombre que amaba ; tem-blaba delante de su víctima. Ardía en deseos de gritarle : «Tu frialdad , tu desprecio me matan; déjame explicarte cómo he llegado á ser criminal. Te he confesado mi falta bruscamente , sin deta-lles , sin preparacion : tú no conoces más que el hecho brutal , ignoras cómo llegó á suceder , en qué circunstancias se produjo. Cuando te sustraje el veneno , yo no estaba resuelta á hacer uso de él , no había decidido á sangre fria la muerte de Mr. de Séry , hasta ignoraba si me aprovecharía de él para mí. He aguardado mucho tiempo , mu-cho tiempo he esperado ser libre y ser tuya , sin tener que mancharme con un crimen. Pero los dias pasaban , yo me decía sin cesar que tú concluirías por ceder á las súplicas de tu madre ; pensaba con-tínuamente en esa hermosa María á quien podías amar , yo estaba celosa , estaba enferma , estaba lo-

ca, y una noche sucumbí... vertí el veneno... Oh! pero el veneno no le mató... le acabó, y nada más... No soy por eso ménos miserable, lo sé; pero no me desprecies, no me condenes, tú por quien yo he cometido el crimen, tú á quien he amado hasta el punto de descender á esta infamia, tú por quien no he retrocedido ante el temor de comparecer un día delante de los tribunales, y de morir sobre un cadalso!»

Peró ella no podía decirle todo esto sin un motivo, sin ser obligada á ello, y él no la obligaba. Ni áun tenía el recurso de dirigirle alguna de esas reconvenções que hubieran producido inevitablemente una cuestion, de la que ella se habría aprovechado. ¿Qué podía echarle en cara? Le había dicho que no insistiera en que ella abandonase la casa, y no había vuelto á hablar de semejante asunto: Le había prohibido alejarse, y nunca se le había visto en otro camino que en el que conducía al palacio de justicia y á casa de su madre. En fin, no quería que volviese á ver á María, y tenía la prueba de su obediencia. ¿Qué podía decir, qué podía hacer? ¿Iba, pues, á vivir siempre así? ¿Su alma ardiente guardaría un eterno silencio? ¿No se calmarían nunca sus sentidos? ¿No podría ya salir de aquella mar de hielo, que la rodeaba por todas partes, y Luciano, por su implacable resignacion, en lugar de ser su víctima, llegaría á ser su verdugo?

Durante una calurosa noche del mes de Julio, en que el sueño huía de sus párpados, en que mil recuerdos, mil ideas la asediaban en tropel, en que su imaginacion vagarosa la atormentaba más que nunca, se arrojó de pronto del lecho, se puso

apresuradamente un vestido, atravesó el salon que separaba su habitacion de la de Luciano y llamó á su puerta. Viendo que no la contestaba, entró. La habitacion estaba alumbrada por una lámpara, y Luciano tendido sobre un sillón, cerca de la ventana abierta. El calor, la tempestad que se cernía en el aire, ó tal vez crueles pensamientos, le impedían, como á ella, dormir. Cuando ella entró volvió la cabeza, pero no pareció admirarse de su presencia y no se movió.

Entónces, ella se lanzó hácia él, y arrojándose á sus piés :

— ¡Perdon, perdon! murmuró.

— Perdon, preguntó él, ¿perdon de qué?

— Perdon para mi crimen.

— ¡Vuestro crimen! ¿Qué crimen? ¡No sé lo que quereis decir! Yo no quiero que hayais sido criminal; os prohibo recordármelo.

— Entónces, exclamó ella levantándose y estrechándole en sus brazos, déjame que te ame.

El no opuso ninguna resistencia á sus arrebatos. Más áun, se abandonó á ellos, como otras veces en los primeros meses de su matrimonio. ¿Qué le importaba una afrenta más? Y despues, como el estudio y el trabajo que había llamado en su auxilio para matar su pensamiento, no le habían bastado, trataba de conseguirlo por medio del desorden de los sentidos. Esta vez quizás la materia llegaría á dominar al espíritu, la fuerza bruta vencería á la moral.

A aquella primera noche sucedieron otras semejantes, sin interrupcion. Diana pudo creer que jamás había sido tan querida. En cuanto á Luciano, cuando alguna vez pensaba en su situacion, se

preguntaba si el crimen no es un estimulante de la pasión, si aquel infame envenenamiento, aquella muerte terrible, que se levantaban sin cesar entre su mujer y él, no inflamaban su imaginación, y no habían despertado de repente sus nervios y sus sentidos.

Únicamente durante el día, volvía á aparecer impassible, frío, tranquilo. Iba siempre al tribunal con la misma exactitud y hablaba con el mismo talento. Nadie hubiera podido imaginarse lo que le pasaba, ninguno hubiera podido sospechar la existencia que llevaba.

Pero no se gasta impunemente así la vida; las fuerzas humanas, cualquiera que sea la voluntad que las sostiene, tienen sus límites. Luciano hubiera podido todavía entregarse largo tiempo á los trabajos intelectuales á que se había condenado para adormecer su pensamiento, pero con la condición de encontrar en la calma de la noche, en un sueño tranquilo, un reposo reparador. ¡Ay! sus noches eran aún más agitadas que sus días; el tiempo que no consagraba al trabajo se lo dedicaba á su mujer. Vértigos, espasmos, dolores continuados de cabeza, cierta debilidad en las piernas, temblores nerviosos debieron ya hacerle reflexionar; pero no quiso hacer ningun caso de estas significativas advertencias, y no varió en nada de vida. La naturaleza se encargó de detenerle en la funesta pendiente á que se había lanzado.

Un día en el tribunal, mientras que estaba hablando con una elocuencia admirada de todos, se le vió de pronto llevarse la mano á la frente como para contener las ideas que se le escapaban, y después caer desplomado.

Todos se asustaron, se suspendió la audiencia, y corrieron á buscar un médico.

Felizmente se pudo encontrar en su casa, calle de Newton, á un hombre de talento, el doctor M... Corrió al palacio de justicia, examinó á Luciano y dijo que era una apoplejía que presentaba síntomas peligrosos, pero que podía no tener consecuencias sérias.

Después de un reposo de dos horas y de continuos cuidados, el jóven procurador imperial fué trasladado á su casa, en donde se habían hecho ya preparativos para recibirle.

—Sobre todo un reposo absoluto, dijo el doctor á Diana y á Mad. Aubier madre, que le interrogaban con ansiedad, cuando se reunió con ellas en el salon, después de haber acostado él mismo al enfermo y colocado un vigilante á su cabecera.

—¿No puedo yo asistirle? preguntó la madre de Luciano.

—Por ahora, ni vos ni esta señora, respondió el doctor. Es preciso evitar toda emocion, hasta la menor impresion. Permaneced en esta sala dispuestas á auxiliar á la enfermera, pero no entreis, os lo prohibo expresamente.

Mad. Aubier y Diana obedecieron: se instalaron en el salon, y no salieron de él en muchos dias. Era la primera vez que vivían así en una especie de intimidad. Hasta entónces sólo se habían hecho visitas de puro cumplido, lo preciso para ocultar al mundo las pocas simpatías que mutuamente se inspiraban. El dolor, el temor las reunía entónces, pero continuaban manteniéndose á la defensiva. Tal vez Mad. Aubier, después de ciertas observaciones y guiada por ese instinto maternal

que nunca engaña, hacía á Diana responsable de la enfermedad de su hijo; acaso ésta tenía conciencia de su indignidad, y no se atrevía á acercarse á la madre de Luciano. Una sola vez hubo entre ellas una especie de contacto, ó por lo menos de comunidad de pensamientos. El doctor M... acababa de salir de la habitacion del enfermo, y como segun su costumbre, las dos le acompañaban hasta la puerta haciéndole preguntas:

— Hoy no estoy contento, dijo. Ignoro lo que ha pasado; pero el enfermo debe haber experimentado una de esas emociones, que trato de evitar con tanto cuidado.

Diana era la causa de aquella complicacion, pero se guardó muy bien de confesarlo. Atormetada por el deseo de ver á Luciano, había aprovechado, la noche ántes, un momento en que su suegra se había quedado dormida, para acercarse á la puerta de la alcoba del enfermo. El había abierto los ojos, la había visto y se había estremecido. Esta emocion bastó para agravar su estado.

Apénas volvió al salon, despues de la declaracion del doctor, Mad. Aubier madre, afligida por lo que acababa de oír, y esperando mitigar su dolor por medio de la oracion, se arrodilló de repente y elevó su alma á Dios.

Diana al pronto la contempló admirada. No podía comprender que se pudiese sentir así, de repente, la necesidad de rezar en una habitacion lo mismo que en una iglesia. Poco á poco, sin embargo, arrastrada por el ejemplo, ó dominada por algun recuerdo de su infancia, inclinó la cabeza, dobló las rodillas y acabó por humillarse contra la tierra.

¿Qué oracion se atrevió á hacer á Dios? ¿En qué términos se dirigió á Él? ¿Qué expresiones pudo encontrar aquella conciencia perturbada? ¿Se humilló únicamente? ¿Pidió perdon de sus errores y sus crímenes? O bien se atrevió á rezar, á rezar por Luciano, por su salud, por que se le conservase á su amor? ¿Quién sabe? Acaso aquella oracion fué agradable á Dios, y tuvo piedad de aquella gran pecadora.

Así al ménos se podía pensar; cuando se levantó, despues de haber estado de rodillas más de una hora, su semblante estaba bañado en lágrimas. Aquel dolor conmovió á Mad. Aubier, que hacía largo tiempo la observaba. Se adelantó hácia su nuera, é iba tal vez á tenderla la mano, cuando Diana, adivinando su intencion, asustada, corrió á refugiarse en un rincon de la sala.

Luciano fué mejorando poco á poco; el doctor permitió á su madre y á su esposa reemplazar á la enfermera. La primera usó ampliamente de la autorizacion; se instaló en la habitacion del enfermo hasta su completa curacion. En cuanto á Diana, recordando sin duda la impresion que había producido, se mostró más discreta y sólo hizo á Luciano breves visitas. Pero continuó cuidándole con una solicitud incesante y sin alejarse jamás de la casa. Desde la enfermedad de Luciano no había ido una sola vez al castillo de la Sauvinière; arrostrando las iras de Lami, se había contentado con responder á su último llamamiento: « Mi marido está muy enfermo. El deber me ordena permanecer á su lado y no le abandonaré. Haced lo que querais. ¡ Poco me importa! »

El administrador, que no pudo poner en duda

aquella enfermedad de que se habían ocupado todos los periódicos del departamento, consiguió dominar su impaciencia y esperó días mejores.

Luciano estaba en plena convalecencia, y sin embargo, aún cuando había triunfado del mal y ya no temía ningún accidente sensible, el doctor M... no parecía enteramente satisfecho del estado de su cliente. Al prefecto, que le había pedido noticias de Luciano, le había respondido:

—Está curado de la enfermedad que nos ha inquietado. Pero ántes de asegurar que no se reproducirá otro ataque, yo quisiera conocer las causas del primero, y destruirlas si es que puedo.

—No puede haber otras causas, hizo observar el prefecto, que un trabajo demasiado excesivo. Nuestro querido procurador imperial se ha estado matando. Servíos de vuestra autoridad sobre él, doctor, para que se cuide más, y le conservaremos largo tiempo.

«Si el trabajo, se decía el doctor M..., si las fatigas corporales hubieran producido esta enfermedad, como lo piensa el prefecto y como lo cree todo el mundo, mi cliente se repondría más deprisa. Le he condenado á un reposo absoluto, tengo la prueba de que me obedece, y á su edad, con su robustez, el mal hubiera desaparecido hace tiempo con la causa. Aquí debe haber algún misterio que probablemente no podré penetrar nunca. Los enfermos nos confían su pulso, nos permiten reconocerlos, pero se niegan á abrirnos su corazón, y muchas veces es el corazón lo que nos convendría conocer.»

El doctor M... tenía razón. Era la parte moral

de su cliente la que se encontraba gravemente enferma. Con la salud, había recobrado poco á poco la memoria: se encontraba á la sazón cara á cara con todo el horror de su situación, y ya no tenía el valor ni las fuerzas necesarias para combatir, como otras veces, su pensamiento y aniquilarle. Tendido, en su habitación, sobre un canapé, no teniendo ya á la mano sus libros favoritos, porque habían mandado hacerlos desaparecer, era necesario pensar, era preciso sufrir. Diana, ya lo hemos visto, evitaba imponerle su presencia, pero sus cortas apariciones eran todavía demasiado frecuentes para aquel espíritu enfermo y debilitado. Cuando ella se acercaba á él, no podía ménos de temblar y aterrorizarse: su vista le recordaba aquellas escenas licenciosas con que en otro tiempo se había mancillado y que ahora le causaban horror. Temblaba como un niño á la sola idea de que aquella cortesana, aprovechándose de su debilidad, como otras veces se había aprovechado de su desesperación, pensase todavía en ajarle con sus caricias. Alguna vez su imaginación sobreexcitada por la fiebre le llevaba más léjos; le parecía que en lugar de ser el segundo marido de Diana, era el primero: que no se llamaba Luciano Aubier, sino Mr. de Séry, y cuando su mujer se aproximaba, se decía temblando: viene á acabar conmigo.

Un día, el médico, encontrando á Luciano más nervioso, más agitado que de ordinario, le había recetado una poción calmante, que debía tomar de hora en hora. Mad. Aubier madre la preparó, pero como todavía no había llegado el momento de dársela y se veía precisada á salir un instante, su-

plicó á su nuera que la reemplazase al lado del enfermo.

A la hora marcada, Diana entró en el salon en que se encontraba Luciano, y se acercó á él con una taza en la mano.

El la vió llegar, y empezó á mirarla con una fijeza sorprendente. Cuando estuvo á su lado, alargó con rapidez la mano hácia la taza y dijo:

—¿Habeis puesto toda la dosis, no es verdad? Los tres paquetes de arsénico están aquí. Voy á morir. Gracias. Adios.

Y bebió con ánsia, miéntras que Diana, abrumada por aquel terrible castigo, caía desmayada.

Sin embargo, á medida que renacían sus fuerzas, aparecía más tranquilo y no sucumbía ya á tan injustificados terrores. Comprendía que no tenía nada que temer de aquella mujer, y que quizás ella sufría tanto como él. Pero entónces, su imaginacion, siempre inquieta, abordaba otro órden de ideas: «Sois mi cómplice, había ella exclamado, yo lo probaré cuando quiera,» y estas palabras no se apartaban un instante de su pensamiento. «Tiene razon, decía él, soy su cómplice, pero no en el sentido que ella daría á esta palabra ante los jueces; yo no he tomado parte material en el crimen, yo no la he entregado el veneno; pero ella me lo ha quitado, se ha servido de él, porque obedecía al amor fatal que yo había inspirado, que yo había fomentado. Si yo hubiera escuchado los consejos de mi madre y hubiera renunciado á este matrimonio, Mr. de Séry viviría todavía. «Concededme tres años, me decía ella, juradme que me esperaréis tres años,» y yo me atreví á jurar, sin comprender que me asociaba á sus designios, que

me hacía cómplice de los crímenes que ella pudiera cometer... Soy tan culpable como ella y hago mal en despreciarla. »

Otras veces conseguía librarse de sus remordimientos y arrojar lejos de sí los pensamientos que le atormentaban. Invocaba entonces la graciosa amiga de su juventud, y cuando se dignaba aparecer, gozaba un instante de reposo, se bañaba en la honestidad, y se purificaba de todas sus manchas. Pero la misma María no podía llevar la calma absoluta á aquella alma perturbada. Al placer de volverla á ver, se unía el pesar de estar separado de ella para siempre, de pensar que era preciso renunciar á aquellas agradables horas tan alegremente pasadas en la linda casa de Saint-Nazaire, al lado de la adorable mujer que la habitaba. Se unía también el remordimiento de haber pasado al lado de la felicidad sin verla, sin haberse detenido; de haber preferido la mujer que le había hecho tan desgraciado y que le mataba, á la que hubiera podido proporcionarle una vida llena de encantos. Estas diversas causas impedían el completo restablecimiento de Luciano, y el doctor M..., á pesar de su penetración, debía buscarlas inútilmente.

El concienzudo médico quiso al ménos, puesto que en lo moral nada podía, proporcionar á su cliente todos los cuidados materiales reclamados por su estado. Convencido de que un cambio de aires podría fortalecer al enfermo, de que algunas semanas pasadas en el campo influirían favorablemente en su lenta convalecencia, expresó una mañana, delante de Diana y de Mad. Aubier, el deseo de que Luciano saliese de Nantes.

—Bah! para qué? dijo éste muy desanimado.

—Amigo mio, no podeis ser juez en esta cuestion, replicó el doctor con autoridad. Me habeis llamado para curaros, y os prescribo lo que me sugiere mi experiencia. Sois muy dueño, es verdad, de no hacerme caso, pero cuento con estas dos señoras para obligaros á que consintais. Los aires del campo os son muy necesarios, casi indispensables, y deseo que los tomeis cuanto ántes. Estamos á principios de Setiembre, y aún podeis aprovechar dos meses.

—El doctor tiene razon, es preciso partir inmediatamente, dijo Mad. Aubier. Te suplico que consientas, Luciano.

—Sea, dijo él mirándola con ternura.

—Ya lo veis, doctor, añadió Mad. Aubier, seréis obedecido. ¿Pero á dónde nos aconsejais que vayamos, al mar, tal vez?

—Nó, la estacion está muy adelantada y el aire del mar es demasiado fuerte para un convaleciente. Yo quisiera el campo, el verdadero campo. Pero ahora que recuerdo, añadió dirigiéndose á Luciano, ¿no teneis precisamente una posesion cerca de Paimbœuf, la Sauvinière, segun creo?

—Esa posesion es de mi mujer, dijo el enfermo.

—No es lo mismo? Es preciso que os vayais allí en seguida.

—Permitidme haceros observar, doctor, dijo Diana, que si temeis que la mar perjudique á vuestro enfermo, la Sauvinière no está muy léjos de ella.

—Está á tres leguas por lo ménos, conozco perfectamente el sitio. A esa distancia, el aire ha

perdido mucha fuerza y conserva ciertas propiedades que serán saludables á vuestro marido.

— Entónces quedamos convenidos, dijo Madama Aubier, irémos á instalarnos en la Sauvinière, siempre que mi nuera consienta en darme hospitalidad en su casa hasta que mi hijo esté completamente curado.

— Oh! señora, exclamó Diana, cómo lo podeis dudar? Pero, añadió, la proximidad del Loira hace que mi casa sea muy húmeda, cuando llega el otoño. ¿No sería mejor alquilar una casa de campo vecina, más separada del rio?

— Es completamente inútil, dijo el doctor levantándose. La Sauvinière os conviene en todos sentidos, y espero veros instalados allí á los tres mañana ó pasado mañana lo más tarde. No hay tiempo que perder.

Difícil hubiera sido á Diana, ante una opinion tan claramente expresada, hacer nuevas objeciones, pero contaba con Luciano, quien sin duda ninguna, despues que se marchara el doctor, se negaría á ir á la Sauvinière. Mas no sucedió así: Luciano declaró, cuando su madre volvió á tocar la cuestion, que estaba dispuesto á seguirla á donde quisiera. Mad. Aubier decidió pues el viaje, y Diana, con el pretexto de ir á dirigir los preparativos para recibir á sus huéspedes, partió en seguida con el objeto de preparar á Lami ántes de la próxima llegada de su marido.

Por el camino, no cesó de preguntarse cómo Luciano había consentido tan fácilmente en ir á su casa? ¿Estaba más enfermo de lo que se creía, y perdía por momentos el recuerdo del pasado? Nó, él no había olvidado nada por su desgracia, y esta

era precisamente la razon que le hacía querer habitar la posesion de su mujer. Perseguido por sus remordimientos, se decía que su castigo sería más completo el dia que se encontrase en el teatro del crimen. Se condenaba á ver los sitios en que, por su causa, y sólo por él, Mr. de Séry había perecido tan miserablemente. El creía expiar así aquella complicidad que en su febril extravío se echaba en cara sin cesar. Tal vez esperaba además que la mansion de la Sauvinière le sería tan funesta como á Mr. de Séry, y que muy pronto iría á reunirse con él.

Cuando Diana entró en el castillo, aún no se había dado cuenta de estos diversos sentimientos. Ya no tenía tiempo de pensar en ellos; era necesario catequizarse al feroz Lami, y esto no era cosa fácil.

No había salido como de costumbre á su encuentro, así que el carruaje había pasado el puente levadizo. Creyó que estaría en el parque ó en el campo, y mandó á un criado que fuese á avisarle.

—El señor administrador está en su despacho, dijo el criado.

Por lo visto Lami tenía ya un despacho.

Diana no tenía tiempo que perder; fué á reunirse con su administrador.

—¿Es así como salís á esperarme, le dijo?

—Hace mucho tiempo que no os he visto, replicó Lami con voz áspera, y ya no sé reconocer el ruido de vuestro carruaje.

—No he podido venir ántes, dijo ella, y a os he escrito la razon.

—Bah! si hubiérais querido, ya hubiérais encontrado un momento.

— Un momento, es posible. Pero se necesita un día para venir aquí.

— Y yo no merezco que se pierda un día por mí, no es verdad?

— Os he probado muchas veces lo contrario. Pero en esta ocasión, os lo repito, no me ha sido posible; Mr. Aubier estaba muy enfermo.

— Felizmente para vos, dijo Lami con insolencia, he sabido esa enfermedad por los periódicos. De lo contrario...

Acostumbrada á las amenazas de su amante, no dió importancia ninguna á la que acababa de oír; tenía además mucha prisa de llegar á su objeto para detenerse en detalles.

Lami, que hasta entónces había fingido no mirarla, fijó en ella sus ojos, en el momento en que se quitaba los guantes y arreglaba sus cabellos, y adelantándose de pronto, dijo:

— ¿Qué tal se encuentra?

— ¿Quién?

— Vuestro marido.

— Está todavía muy enfermo.

Dió dos pasos, la cogió las manos, y mirándola cara á cara:

— Si se muere como el otro, preguntó brutalmente, ¿te casarás conmigo esta vez?

Ella se estremeció, se puso muy pálida, y guardó silencio.

— Vamos, responde, dijo él.

Y como ella no desplecase los labios, añadió con cólera:

— No me había engañado, tú le amas!

— Eh! ya os he dicho que nó, exclamó ella incomedada, desprendiéndose de sus manos.

— Si no le amases, no hubieras estado dos meses á su cabecera. El deber te detenía allí, segun dices. ¿Entónces qué haces en la Sauvinière? ¿no acabas de asegurarme que está muy enfermo? Dentro de algunas horas te reunirás con él; ¿cuánto tiempo vas á estar sin verme?

— Os veré hoy, mañana, pasado mañana, y mucho tiempo quizás si quereis ser razonable.

— ¿Qué dices? exclamó, y la alegría se reflejaba en su semblante. Oh! no te burles de mí... Soy exigente, grosero, brutal, pero te amo, qué quieres, te amo apasionadamente. ¡Vienes á fijarte aquí, ya no me abandonarás!

— Durante un mes, dos meses, quizás tres, respondió ella.

— Ah! qué alegría tan grande!..... Y á él, ¿le abandonas?

— Nó... pero está enfermo, muy enfermo, ya lo sabeis, los médicos le han recetado los aires del campo y le trasladan aquí.

— ¡El! exclamó Lami con violencia, él aquí! jamás!

— ¿Por qué?

— No quiero verle; ya te lo he dicho. No quiero!

— Entónces, marcháos, se atrevió ella á decir.

— Yo, marcharme y cederle el puesto! exclamó furioso. Ah! pues ya! tú no me conoces. Marcharme! dejarte sola con él, en esta casa en que yo te he amado... en esta casa que es la de nuestros amores... Jamás... ántes le mataría!

— Entónces vuelvo á partir en seguida, dijo ella con calma, á fin de buscar á algunas leguas de Nantes una casa de campo en la que pasarémos el otoño.

Y al mismo tiempo hizo ademán de ponerse su manteleta colocada sobre un canapé.

Lami corrió hácia ella, la arrancó la manteleta de las manos y la dijo :

—Tú quieres exasperarme, ¿no es esto?

—Cómo exasperarte! no comprendo. Vengo alegre á anunciarte que, por la primera vez despues de tres años, voy á vivir en esta casa, á tu lado; tú rehusas, y soy yo, segun dices, quien te exaspera. En verdad, no se debe ser injusto hasta ese punto, continuó ella con cólera para hacer creer á Lami que estaba enfadada. Los médicos han dispuesto que tome los aires del campo. ¿Quién nos impedía alquilar una casa? Pero no hubiera podido verte, tendría que estar separada de tí todavía seis semanas ó dos meses. Entónces me ocurrió la idea de hacer que mi suegra y mi marido se instaláran aquí. Me ha costado mucho trabajo vencer su resistencia. Por fin triunfo... y eres tú el que te quejas. Ah! si se tratára de un marido robusto, lleno de salud y muy querido, comprendería tu oposicion. Pero mañana le verás, y si te inspira celos, será porque á tí te dé la gana. Por lo demás, á qué viene el decirte todo esto, tú no quieres que venga. Sea! no vendrá. Déjame únicamente partir para que no se ponga en camino. Le instalaré en las cercanías de Nantes, y vendré á hacerte una visita en cuanto pueda, dentro de quince dias ó tres semanas.

Estas palabras, á la vez dulces y fuertes, en las que al lado de la amenaza se vislumbraban voluptuosas promesas, produjeron sobre Lami el efecto previsto por Diana. No tardó en considerar con más calma su situacion y en mirar como posible la

llegada de Luciano á la Sauvinière. Solo que si Mad. Aubier era hábil, él tambien lo era á su modo, y no debía rendirse sin haber fijado con claridad sus condiciones.

— ¡Sea! dijo al cabo de un instante de reflexion, vuestro marido se instala aquí. ¿Qué vida llevaréis los dos? Explicadme eso para que yo pueda formarme una idea.

— Nuestra existencia será de las más sencillas. Mi marido pasará una parte del dia en la cama ó tendido sobre un sofá en el salon. Si hace buen tiempo, tal vez le sacaremos al parque para que tome el sol.

— ¿En dónde comerá? ¿En la mesa ó en su habitacion?

— En su habitacion durante algunos dias, en la mesa cuando recobre las fuerzas, si es que llega á recobrarlas... Pero eso no os impedirá...

— Nó, dijo él interrumpiéndola. Estaría violento. Volveré á ocupar mi antigua habitacion en el ala izquierda... ¿Y en dónde va á dormir?

— He pensado en el gabinete azul.

— ¿Y vos?

— Yo ocuparé la habitacion de siempre.

— Nó, no quiero; está demasiado cerca del primero; habitaréis al otro extremo.

— Bien. No veo en ello inconveniente. Qué más condiciones teneis que imponerme, mi señor y dueño, preguntó ella, acercándose á él y envolviéndole en una profunda mirada destinada á vencer sus últimas resistencias.

El la cogió las manos, y estrechándolas entre las suyas:

— Vas á jurarme, dijo, que todas las noches, to-

das las noches, lo entiendes bien, vendrás á pasarlas conmigo.

— ¡Oh! dijo ella.

— No hay más remedio.

— Tú no consideras que mi suegra y mis criados van á vivir aquí. ¿Cómo quieres tú que todas las noches salga de mi habitación, baje las escaleras y atraviere todos los corredores del castillo? Sé razonable.

— Si tú me amases, dijo él rechazándola, eso te importaría poco. No eres tú mujer á quien asusten esas bagatelas.

Y tenía razon; si ella le hubiese amado como amaba á su marido, hubiera encontrado un placer en aquellos viajes nocturnos sembrados de peligros. Pero, ya lo hemos explicado; hacía tiempo que Lami le era indiferente, y sus sentidos se habían calmado durante la enfermedad de Luciano. Estaba ávida de reposo, tal vez de honestidad, y se asustaba de las condiciones que la imponía su administrador, del porvenir que la esperaba.

— Las bagatelas de que hablas, replicó Diana, merecen ser tenidas en cuenta. Lo que pides es imposible.

— Entónces, exclamó él con violencia, no hay nada de lo dicho. ¡Tu marido no vendrá aquí!

Al dirigirse á la Sauvinière, se había jurado permanecer tranquila para triunfar con más facilidad de los arrebatos de Lami, pero esta escena se había prolongado demasiado, sus nervios habían tenido tiempo de irritarse, y perdió la paciencia.

— Mi marido vendrá aquí, dijo con violencia, porque yo estoy en mi casa y él en la suya. Los que no estén contentos pueden marcharse.

— ¡De veras! tú se lo permites. Pues bien, no harán uso del permiso; ¡yo me quedo!

— ¡Tened cuidado! dijo ella exaltándose poco á poco, abusais de los derechos que os he concedido, de mis bondades para con vos. Despues de todo, nada nos liga eternamente el uno al otro, no tengo por qué temeros. ¿Qué podeis hacer?.. ¿Qué podeis decir?.. ¡Ah! sí... ya me acuerdo... ¡vuestras antiguas amenazas!.. Me acusaréis de haber amado demasiado á mi primer marido, de haberle amado con tanta pasion que ésta ha sido la causa de su muerte... Pero eso es ya muy antiguo, amigo mio, y además nunca os he tenido miedo. ¡Vamos! decididamente he sido demasiado buena. Todo tiene un término. Mañana, mi familia y mis criados estarán aquí, y no habrá entre nosotros más relaciones que las que siempre debieron existir. Seréis el administrador de la Sauvinière, y nada más.

Si se la hubiera ocurrido, miéntas que hablaba, mirar á Lami, sin duda no hubiera concluido: su tez, colorada de ordinario, se había vuelto lívida, y en más de una ocasion, sus ojos se habían fijado en una pistola cargada que estaba encima de la chimenea. Sin embargo, consiguió dominarse y respondió á Diana despues de un instante de silencio.

— Está entendido. Yo ya no soy más que vuestro administrador; pero esta posicion yo no la quiero. Renuncio á ella y rendiré mis cuentas á Mr. Aubier en cuanto llegue.

— No teneis cuentas que rendir, dijo ella, sin adivinar todavía adónde quería ir á parar. Yo acepto las vuestras y firmaré lo que me presentéis.

— ¡Oh! replicó él, eso no sería regular. Estais casada y vuestro marido tiene derecho á enterarse de vuestros asuntos ; yo le pondré al corriente de todo. Debo solamente advertiros que si me pregunta, como es probable, por qué despues de diez años dejo la administracion de esta propiedad, yo le diré el verdadero motivo de mi marcha.

— ¿Qué quereis decir con eso? dijo ella con inquietud.

— Es muy sencillo. Le diré : Yo era el amante de vuestra mujer , y ella me había prometido que no vendríaís nunca á habitar esta posesion. Habeis venido , sea! yo no os lo puedo prohibir , pero me retiro.

— ¿Y os atreveréis á decir eso?

— ¡Que si me atreveré! exclamó con violencia. ¡Ah! cómo podeis dudarle , conociéndome como me conoceis!

Y le conocía en efecto. Ella sabía que la poca educacion que había recibido no había podido dulcificar la aspereza de aquella ruda naturaleza , ni inspirar á aquel aldeano , esos vulgares sentimientos de honor y de delicadeza , con los cuales tiene derecho de contar una mujer. Un hombre cualquiera , engañado , abandonado por su querida , tratará alguna vez de vengarse , pero nunca se le ocurrirá la idea de revelar al marido la falta de su mujer , la falta de que él ha participado. Un advenedizo como Lami debía mirar esta confesion como muy natural , y hubiera sido inútil tratar de demostrarle lo indigno de semejante accion.

Así , pues , hablaría , hablaría sin vacilar , ella estaba segura de ello , y ante esta idea , todo su valor la abandonó. Aquella mujer que se había

atrevido en un acceso de locura, es verdad, pero que al fin se había atrevido á confesar á su marido un crimen horrible, temblaba á la sola idea de que iba á conocer su traicion; consentía en ser para Luciano una envenenadora, y no quería que la creyese adúltera. Y es que el crimen le había cometido por su causa, por el amor que la inspiraba. El podía despreciarla; pero no merecía su odio. Había indignado la conciencia del hombre honrado, pero no había de ningun modo, segun su opinion, herido el corazón del amante. Las revelaciones con que Lami la amenazaba afectaban, por el contrario, á su mismo amor: hacían imposible toda reconciliacion entre ella y su marido. Ignorante de lo que pasaba en el corazón de Luciano, no habiéndose dado nunca cuenta del horror que inspiraba á aquel hombre honrado, solía creer algunas veces que la perdonaría el crimen cometido por él, pero sabía que no podría perdonarla la falta cometida contra él, el ultraje que le había hecho. De aquí su turbacion y su espanto. Era necesario, áun á precio de todas las concesiones posibles, impedir que Lami hablase.

Por eso, de pronto, con aquella flexibilidad de ingenio que la hacía tan peligrosa, contuvo su cólera, y aproximándose al administrador, con la sonrisa en los labios, le dijo:

— Repite tu amenaza.

— Sí que la repetiré, diré á vuestro marido que...

— Que has sido mi amante. Comprendido, dijo ella. ¡Qué bestia eres!

— ¡Eh! decís...

— Eres un bestia, y desgraciadamente yo nada tengo que envidiarte sobre este particular. Estamos

aquí cuestionando hace una hora, á propósito de qué, yo te lo pregunto, de viajes nocturnos que yo deseo hacer tanto como tú.

—Entónces, ¿por qué rehusas?

—Porque tú no sabes pedir. En lugar de decirme: «Nos aprovecharémos de tu estancia aquí, para vernos con la mayor frecuencia posible, ¿no es verdad?» impones condiciones, eres exigente, brutal, y yo que soy nerviosa, me exalto y no acabamos nunca. Veamos, los dos hacemos mal, confesémoslo y hablemos de otra cosa.

—¿Vendrás todas las noches?

—Vendré cuando me agrade venir, caballero, y me agradará con frecuencia, añadió, presentándole sus labios.

Lami estaba vencido: Luciano podía ya ir á la Sauvinière sin peligro.

Llegó al día siguiente acompañado de su madre. Fatigado por el viaje, subió á su habitación de la que no pudo salir durante dos días. Pero pasado este tiempo, Mad. Aubier madre le dijo que hiciéra un esfuerzo y que bajára al salón. Este era el momento escogido por Diana para presentar á Lami. En efecto, hubiera sido una torpeza ocultar por más tiempo al administrador de la Sauvinière. Diana lo había comprendido, había aleccionado á su amante durante las dos noches precedentes, y conseguido que consintiera en aquella presentación oficial y obligada.

Luciano estaba en el salón hacía una hora, con su mujer y su madre, cuando un criado, instruido de antemano, llegó á decir que Mr. Lami pedía permiso para entrar.

— Quién es Mr. Lami? preguntó el enfermo.

— El administrador ó el gerente, como queráis, de la Sauvinière, respondió Diana que aguardaba aquella pregunta. Ya sabeis, os he hablado de él con frecuencia.

— Es posible, pero no me acuerdo.

— Es el que cuida, con mucho celo, esta posesion ya hace diez años.

— Ah! de veras, tanto tiempo... Que entre, tendré mucho gusto en verle.

Lami entró en el salon; para esta presentacion se había puesto el traje del domingo, no por respeto, sino por coquetería, por presentarse con todas sus ventajas delante de su rival.

Mad. Aubier madre, que trabajaba cerca de un balcon, levantó los ojos sobre el recién llegado, y no pudo ocultar su sorpresa; no esperaba, de seguro, encontrar instalado en casa de su nuera, á un administrador jóven, robusto y bien formado. De Lami, su mirada se fijó en Luciano, despues en Diana, y una triste sonrisa cruzó por sus labios.

En cuanto á Luciano, ni siquiera paró su atencion en Lami bajo el punto de vista plástico. Poco le importaba. Aquel hombre únicamente le interesaba, porque hacía diez años que vivía en la Sauvinière.

— Acercaos, muchacho, le dijo, viendo que se detenía en medio del salon.

Esta expresion familiar de «muchacho» aplicada al que se hacía llamar, en toda la comarca, Mr. Lami, no podía agradarle al administrador, pero no lo dió á entender. Se adelantó, y como Luciano no le invitaba á tomar asiento, Diana, que

estaba en todo lo que pasaba , hizo seña á un criado para que trajera una silla.

— Mi mujer me ha dicho , añadió Luciano , que vivís en la Sauvinière hace diez años.

— En efecto , poco más ó menos.

— Habitais en el castillo? preguntó Mad. Aubier madre , desde su sitio.

— Sí , señora.

— ¿ En qué parte?

— En estos últimos tiempos , respondió Lami , como el castillo estaba desocupado , habitaba en el ala principal , pero desde ayer me he trasladado al ala izquierda , en el piso bajo.

— ¿ Teneis familia?

— No , señora.

— ¿ Ni mujer , ni hijos?

— Soy soltero.

— Ah ! muy bien.

Estas preguntas , dirigidas por Mad. Aubier , tenían á Diana en un potro. Felizmente para ella , Luciano , impaciente sin duda por interrogar á su vez á Lami , vino á interrumpir á su madre.

— ¿ Os dá mucho que hacer esta posesion? preguntó para reanudar la conversacion y poderla dirigir despues á su antojo.

— Segun y conforme , dijo el administrador. Cuando el año es bueno , los arrendatarios cumplen á la letra su contrato ; pero si ha habido mal tiempo , sequía , si la yerba no abunda y el trigo escasea , hay que pincharles.

— Y vos les pinchais. Pero no siempre habeis estado sólo en esa tarea. El antiguo propietario del castillo os ayudaba.

— Muy poco , estaba siempre enfermo.

— Ah! de veras. ¿Cuál era su enfermedad?

— Nunca se ha sabido á punto fijo; yo creo que estaba enfermo del pecho.

— Y su mal concluyó por llevarle al sepulcro; ¿acaso es mal sano el clima de la Sauvinière?

— Basta mirar á Mr. Lami para tener la prueba de lo contrario, se apresuró á decir Mad. Aubier, que no pudiendo comprender el verdadero sentido de las palabras de su hijo, se creía en el deber de tranquilizarle.

Luciano replicó dirigiéndose al administrador:

— ¿Estábais aquí cuando murió Mr. de Séry?

— Sí, señor.

— ¿Ha sufrido mucho?

— Ah! no lo sé! Yo no le he visto en sus últimos dias. Y sintiéndose fastidiado por esta especie de interrogatorio, añadió, señalando á Diana: la señora, que no se separó de él, está más enterada que yo.

— Sin duda, dijo Diana, tratando de aparecer tranquila. Pero me parece, que podíamos cambiar de conversacion, y dirigiéndose á Mad. Aubier: ¿No es éste vuestro parecer, Señora? añadió.

— Precisamente.

Se levantó, se acercó á su hijo y le dijo:

— Vamos, Luciano, procura desechar esas fúnebres ideas. No te pondrás completamente bueno si no eres más razonable. ¿No tendrías un placer en pasearte bajo esas hermosas alamedas, en ese parterre todavía esmaltado de flores? Mira qué magníficas tintas ha esparcido el otoño sobre esos árboles. Cúrate pronto, yo te lo suplico. ¡Cuánto deseo recorrer ese parque y esas praderas cogida de tu brazo!

Miéntras que trataba de distraer á su hijo y de hacerle tomar apego á la vida, Lami, á una seña imperceptible de Diana, se había retirado silenciosamente. Cuando á eso de las once de la noche se reunió á él, segun le había prometido, le encontró descontento de todo el mundo y de sí mismo.

— ¡Pues apénas me han aburrído con sus preguntas! exclamó; más de diez veces estuve tentado á no contestarles y á dejarles plantados. No quiero volver á hacer semejantes servicios. Se acabó, por más que hagas no volverás á pescarme.

El no decía la verdadera causa de su descontento: se había sentido cortado y á disgusto al lado de aquellas dos personas, de exterior distinguido, de modales finos, de lenguaje escogido. Había tenido que reconocer su superioridad sobre él y la distancia que de ellas le separaba, distancia que ellas sabrían conservar siempre y que él no se atrevería á salvar. El ridículo amor propio de aquel antiguo aldeano mimado por la fortuna debía sufrir cruelmente, y Diana se resintió de ello. Como no quería confesar sus verdaderos agravios tuvo que buscar otros.

— Tú me has mentido, decía, cuando me has pintado á tu marido moribundo y casi en la agonia. Ha podido estar enfermo, pero está en plena convalecencia, y dentro de ocho dias ya no tendrá nada. No esperes que entónces te permita permanecer á su lado con frecuencia. Oh! nó, eso sería muy cómodo: un marido para el dia, un amante para la noche. Yo no quiero las sobras de ese hermoso caballero, porque tu marido es muy buen

mozo. Por qué aparentabas hacerle ascos? Te casabas con él, segun decías, por ambicion, por tener una posicion y nada más... Yo creo que te has burlado de mí, eh?... Pero ya se acabó, ya no te burlaras más, te respondo de ello. Yo os vigilaré á los dos.

Hablando tan groseramente, y humillando á Diana, es como se vengaba de la superioridad de Aubier. Y ella tenía que sufrir aquel lenguaje; ¿no se había convencido, á su llegada, de que toda resistencia era imposible?

Las reconvenciones de Lami, con motivo del estado de salud de su rival, podían explicarse. A primera vista Luciano no parecía tan gravemente enfermo. Segun las predicciones del doctor, el aire del campo y el sol le habían mejorado notablemente; iba adquiriendo fuerzas, su mirada apagada hacía seis semanas recobraba su antiguo brillo, y su palidez disminuía poco á poco. Pero este cambio no era más que exterior: solamente el cuerpo se aprovechaba de la vivificante accion á que estaba sometido; el espíritu, profundamente herido, no se curaba. La mansion de la Sauvinière, tan provechosa para Aubier en un sentido, acababa en otro de desanimarle y abatirle. Todo en aquella posesion le recordaba á aquél que había muerto allí tan miserablemente, y de cuya muerte se acusaba. Aquellos árboles, Mr. de Séry los había plantado; aquellos parterres, él los había dirigido, segun aseguraba el jardinero; aquel pabellon había sido construido con arreglo á sus diseños, decía un antiguo servidor de la casa. Porque Luciano, que había ido, segun ya hemos dicho, á buscar en la Sauvinière el castigo de su imaginario crimen, inter-

rogaba, con febril curiosidad, á todos los que podían hablarle de su predecesor.

Un dia se hizo conducir á la habitacion que habia ocupado aquel desgraciado, y permaneci6 encerrado en ella largo tiempo, alimentándose de lúgubres pensamientos y consumiéndose en sus remordimientos. Le preocupaba sobre todo la idea de saber si el fin de Mr. de Séry habia sido doloroso, si le habian oido gritar, cuánto tiempo habia durado su agonía, y preguntaba á todo el mundo sobre estos particulares, como en otra ocasion habia preguntado á Lami. Unicamente á su mujer no se atrevia á dirigirse. ¿La tenia miedo? Cualquiera lo hubiera creido al ver el cuidado que ponía en huir de ella y en no dirigirla jamás directamente la palabra. Habia evidentemente en su conducta un principio de locura, él mismo lo comprendia y se asustaba. A todo el que le daba la enhorabuena por su completa curacion, y por su buen semblante, le contestaba: « En efecto, como por cuatro y engordo; me voy pareciendo á los locos.»

Tan sólo el recuerdo de María le distraía algunas veces de su idea fija y le preservaba de un peligro inmediato. Cuando conseguía quedarse á solas con ella, se sentía tranquilo y como regenerado. Volvía á tomar posesion de sí mismo y examinaba discretamente su situacion. Pero este examen era de tal naturaleza que no le podia proporcionar ni consuelo ni alegría: dejando á un lado toda idea de remordimiento exagerado, de temores ridiculos, ¿no debia reconocer que estaba condenado á vivir quizá largos años lejos de la que amaba y al lado de una mujer aborrecida? « ¿Para qué alargar una existencia miserable? se preguntaba en-

tónces con frialdad. ¿Qué interes puedo tener en vivir; por quién viviría? Por mi madre; ya es muy anciana, no podré conservarla mucho tiempo, y sufrirá ménos con mi muerte que al verme desgraciado. ¿Qué amor, qué afecciones me ligan al mundo? Ya ni amo el trabajo, he abusado demasiado de él en estos últimos tiempos, y para trabajar se necesita tener un objeto; yo ya no le tengo. ¿Qué me importa ascender en mi carrera; no debía, por el contrario, presentar mi dimision; está permitido administrar justicia al marido de una envenenadora?»

En esta disposicion de ánimo, Luciano no podía tardar en tomar alguna grave determinacion que tuviese por objeto apresurar su libertad. Un paso dado por su mujer le obligó á ello, y provocó el desenlace de este drama.

¿Qué pasaba en el corazon de Diana desde la enfermedad de Luciano? ¿Se habían apoderado de él los remordimientos y producían sus naturales efectos? No lo creemos. El crimen que había cometido le justificaba á su manera: «Si yo hubiera sido rica como otras muchas, se decía, Mad. Aubier hubiera consentido fácilmente en mi matrimonio, me habría casado sin obstáculos con el hombre que amaba, y hubiera sido la más feliz y la más honrada de las mujeres, puesto que en realidad yo no he amado nunca más que á Luciano. Pero una miserable cuestion de interés me separaba de él; ¿no debía yo tratar de vencerla? ¿Qué es lo que he hecho? Me he sacrificado. He consentido en encerrarme aquí con un hombre que me era odioso, un viejo, un enfermo, casi un moribundo. Mi juventud se sublevaba, he hecho callar á mi juventud.

Mi corazón rechazaba disgustado las caricias de mi marido, he dominado mi repugnancia... Podía yo dominarla siempre y sacrificarme eternamente? ¿Por qué no se moría aquel hombre, que en cierto modo me había prometido morir? ¿Pues qué, su edad, su delicada salud, su ajado semblante, no eran un convenio tácito hecho conmigo para devolverme pronto á la libertad y al amor?... Tardaba en cumplirle, yo no podía esperar más; Luciano estaba perdido para mí si yo no tomaba una determinación. Puesto que la muerte no quería venir, yo debí llamarla en mi ayuda... Y despues de todo, ¿es acaso un gran crimen abreviar algunos meses, tal vez algunas semanas, una vida ya próxima á extinguirse, poner de pronto término á sufrimientos reconocidos como mortales por la ciencia? ¿Aquél á quien yo maté era por ventura un hombre? ¿Antes de morir, ese hombre no era ya un cadáver?... Además, ¿la pasión que me devoraba no me había vuelto loca? ¿tenía yo la conciencia de mis actos? ¿Era yo á sabiendas y en realidad culpable? No, yo debo, pues, evitarme remordimientos inútiles, arrojar de mi vida el recuerdo de un execrable pasado, y gozar, en fin, de mi nueva posición á tanta costa comprada.»

Y gracias á este monstruoso razonamiento, había disfrutado de ella, sin remordimientos, hasta el día en que aquella posición se había hundido, en que el hombre por quien todo lo había sacrificado se había alejado de ella.

Largo tiempo todavía la lucha que sostuvo para tratar de conservar el corazón que huía de ella, de hacer revivir un amor próximo á extinguirse, y reanimar sentidos que ya estaban fríos,

la ocupó por completo y la preservó de todo pensamiento extraño á esta lucha. Sonó por fin la hora en que tuvo que confesarse que ya no era amada, que quizás no lo había sido nunca, que su sacrificio y su crimen habían sido inútiles.

Entónces ella pensó sériamente en aquel crimen, pero no fué el remordimiento el que penetró en su alma, fué el pesar. El pesar de no haber conseguido su objeto, de haberse comprometido inútilmente, de haber seguido una senda funesta que la había conducido á la ruina de sus esperanzas, á la pérdida de sus amores. Dichosa, amada, ella hubiera vivido tranquilamente en perfecta armonía con su conciencia, porque es preciso confesarlo, se confunde algunas veces el remordimiento con el sentimiento del mal éxito y la vergüenza que le sigue; los criminales se arrepienten, con frecuencia, no de su falta, sino de la inutilidad de esta falta.

Como Luciano, Diana, á cada paso que daba en el parque ó en el castillo de la Sauvinière, se sentía turbada, experimentaba un sufrimiento. Aquella arena al rechinar bajo sus piés, la recordaba que en aquella alameda, una noche, había concebido el crimen y se había decidido á llevarle á cabo. Bajo aquel bosquecillo, veía aparecer á Mr. de Séry, que la decía: «¿Por qué me has muerto? yo te amaba tanto! ¿No podías haber esperado? Apenas me quedaban tres meses de vida. ¿Qué objeto ha tenido ese crimen? ¡Sólo ha servido para hacerse odiosa á tu amante!»

En aquel gabinete, su primer marido se presentaba todavía de repente delante de ella: «¡Desgraciada? exclamaba, tú crees no haber premedi-

tado el asesinato y haber obedecido á un movimiento de locura; ¿ olvidas, pues, que durante dos años has presenciado á sangre fria mi prolongada agonía?... Tú eres quien me ha conducido poco á poco á la tumba; tú has sido conmigo infamemente viciosa, friamente lasciva... Ah! no ha sido el veneno el que me ha muerto, fué el amor que tú me inspiraste hábilmente, fueron mis vicios que tú excitaste, fueron los tuyos que tú pusiste á mi servicio! Tú no mereces ni gracia ni piedad, y esa fortuna robada, tu amante la rechaza, le causa horror!»

Así la conclusion era siempre la misma: el crimen había sido inútil. De aquí el desaliento profundo que poco á poco se había apoderado de aquella alma inaccesible hasta entónces á toda debilidad. Ménoa afortunada en esto que Luciano, quien alguna vez, pensando en María, podía reposar su pensamiento, Diana no tenía ninguna graciosa imágen que invocar y no veía lucir ninguna esperanza en su noche sombría. Lami, el mismo Lami, no podía distraerla. Si continuaba reuniéndose con él todas las noches, no era por temor á sus amenazas, cansada, desanimada, disgustada de todo y de sí misma, no se cuidaba ya del peligro, se reunía con él por costumbre, porque lo había hecho la víspera, porque experimentaba demasiado cansancio para arrostrar un lance, porque el sueño huía de sus párpados y la soledad la espantaba.

Tampoco se tomaba ya el trabajo de contemplar el amor propio del administrador, de engañarle acerca de la naturaleza de los sentimientos que inspiraba, de calmar sus celos cada vez más vivos.

Cuando se quejaba de que ya no le amaba y de que le engañaba con Luciano, le escuchaba en silencio. Por más que él la gritaba: «Pero habla, habla pues, defiéndete!» ella permanecía impassible y taciturna. Una sola vez pareció dispuesta á salir de su apatía habitual. Lami, en el colmo de la cólera la había dicho: «Parece que estás cansada de la vida, pues bien, confiesa que no me amas ya, confiesa que eres suya, y sin vacilar te levanto la tapa de los sesos y yo me mato en seguida.»

Y apoderándose de dos pistolas, dirigía la una sobre Diana, mientras que apoyaba el cañon de la otra contra su corazon. Ella estuvo á punto de responder y ya Lami, como si de antemano estuviera seguro de lo que iba á decir, se disponía á hacer fuego, cuando ella se detuvo de repente y se negó á hablar, ya porque tuviese miedo de morir, ya porque pensára que aún no había llegado la hora.

Luciano había llegado á la Sauvinière en los primeros dias de Setiembre, y el mes de Octubre tocaba á su término. El tiempo había sido magnífico hasta entónces y nada hacía presagiar el invierno, cuando de pronto sobrevino un frio bastante intenso. Mad. Aubier se alarmó por su hijo, y habló de volver inmediatamente á Nantes. Ni Luciano ni Diana combatieron este proyecto, pero reconocieron al mismo tiempo la inutilidad de aquel viaje y la necesidad de tomar una pronta resolucion.

La víspera del dia fijado para la partida, Luciano dijo á su madre, despues de comer, que subía á su habitacion á arreglar sus papeles y que en seguida se reuniría con ella para hablarla. Despues

abandonó el salon, hizo que le llevarán una lámpara y se sentó delante de su escritorio.

Hacía un instante que escribía, cuando la puerta se abrió sin ruido. Se volvió y reconoció á Diana.

Estaba muy pálida, muy conmovida, pero al mismo tiempo parecía muy resuelta. Se adelantó sin que Luciano manifestára ni admiracion ni disgusto al verla, y le dijo con voz firme:

—Tengo que hablaros, ¿podeis escucharme un instante?

El la hizo seña de que se sentára.

—Nó, exclamó ella, estoy bien así.

Se hallaba de pié delante de él, con los codos apoyados sobre la mesa, y la cabeza inclinada hácia adelante. La lámpara colocada muy cerca de ella iluminaba sus facciones siempre encantadoras, pero un poco ajadas.

—Yo he querido, continuó ella, ántes de ejecutar cierto proyecto exigido por las circunstancias, dirigiros varias preguntas importantes para mí. ¿Os dignaréis responder á ellas?

—Veamos, dijo él.

—¿Creeis, preguntó mirándole cara á cara, y hablando con extremada lentitud, que podais perdonarme algun dia el crimen cometido por vuestro amor?

—Nó, dijo él.

—¿Jamás?

—Jamás.

Siempre sentado, con los codos separados y descansando sobre el escritorio, la barba apoyada sobre sus manos unidas, él tambien la miraba de

hito en hito y hablaba sin vacilar, con voz clara y breve.

Ella replicó:

—No me perdonaréis, sea! A juzgar por la manera con que acabais de contestarme, no puedo hacerme ilusiones. Pero el sentimiento de repulsion que al parecer os inspira mi conducta, ¿creeis que el tiempo pueda modificarle?

—Nó, exclamó, el tiempo no podrá hacer nada.

—Estais seguro de ello?

—Segurísimo.

Guardaron un instante silencio sin cambiar de actitud, despues ella añadió con la misma calma:

—La repulsion que os inspira mi crimen ¿es independiente de los sentimientos que experimentais por mí? En otros términos; áun despreciándome, ¿os sería todavía posible amarme?

—Nó.

—Sin mis declaraciones, me amaríais todavía?

—No lo creo.

—¿Creeis haberme amado?

—No puedo contestar á esa pregunta que yo mismo me he hecho muchas veces; en todo caso, he obrado de buena fe, he creído amaros.

Ella se enderezó y se alejó de la mesa, como si ya no tuviese más que decir. Pero volviendo en sí de repente, deshizo con rapidez lo andado, salvó la distancia que hasta entónces la había separado de Luciano, y con los ojos chispeantes, la voz vibrante y apasionada:

—¿Sin sentir amor por mí, exclamó, ¿te es todavía posible desearme? ¿Quieres que en el desórden de los sentidos, en la embriaguez de la pasion bru-

tal, olvidemos, como ántes de tu enfermedad, yo que tú no me amas, y tú que me odias. ¿Mírame, soy bella todavía, aún lo seré algunos años... Yo te amo con locura y soy, bien lo sabes, una querida experimentada. Tú puedes, en mis brazos, sobre mi seno, olvidar la pena que te corroe, olvidar mi crimen, olvidar que soy tu mujer para no ver en mí más que una espléndida cortesana. Podemos, si tú lo quieres, morir muy pronto, morir el uno y el otro, al mismo tiempo, fatigados de felicidad, hastiados de placer!

Estaba soberbia en aquel momento: los ojos eléctricos en cierto modo, el semblante enrojecido, las ventanas de la nariz dilatadas, la boca entreabierta, el seno palpitante.

El la contempló largo tiempo y dijo:

— Nunca habeis estado tan hermosa como hoy, os lo juro. Yo no creo que exista en el mundo una mujer que sea superior á vos en belleza. Pues bien! tambien os lo juro, no me inspirais ningun deseo. Lo que proponeis, es pues imposible... Sí, teneis razon, ántes de mi enfermedad, tuve un momento de extravío, de locura; conseguí en vuestros brazos matar mi pensamiento... Ahora, ya no sería posible ni yo lo intentaría... Vuestro crimen me causa horror, y quizás más que vuestro crimen, vuestro amor. Todo ha concluido entre nosotros.

— Entónces, dijo ella alejándose de pronto, sé lo que me resta que hacer.

— Yo tambien, respondió él volviéndose á colocar en su escritorio, y sin tratar de comprender lo que ella había querido decir.

Ella salió precipitadamente, sin volver la cabe-

za, sin cerrar la puerta, bajó muy de prisa la escalera, atravesó el vestíbulo, y no cuidándose esta vez de tomar precauciones para no ser vista, se dirigió hácia la habitacion ocupada por Lami.

Este la esperaba hacía largo tiempo.

—¿De dónde venís, la dijo con voz dura? ¿por qué habeis tardado?

—¿De dónde vengo? dijo ella... De la habitacion de mi marido. Por qué he tardado? Porque estaba con él.

El la miró asombrado. Jamás se había atrevido á hablarle en aquellos términos.

—Yo os había prohibido, dijo...

No pudo acabar.

—Basta! exclamó ella con violencia. ¿Qué me importan en este instante vuestras prohibiciones? Pensais que os temo?

Y acercándose á él, continuó sin detenerse, sin respirar, delirante, desatinada, medio loca:

—Sí, vengo de pasar una hora con mi marido, y si me he separado de él es porque me ha despedido, porque se ha cansado de mí... Desgraciado! no has comprendido todavía que yo le amaba, que yo le adoraba, que jamás había amado más que á él en el mundo. Ah! tú te has creído amado porque era tu querida! Vaya en gracia! ¿Qué es lo que esto prueba? Yo te temía, eso es todo... y por un momento, tal vez, quise conocer nuevos placeres. Pero sábelo bien, yo me casé con Mr. de Séry, con el solo objeto de poseer su fortuna y llegar á ser la mujer de Luciano. Y tú creías agradarme, imbécil! Yo no pensaba más que en mi próxima viudez y en mis nuevas bodas. Tú confundías mis coquete-rías con el amor; no tenían más que un objeto;

hacer de tí mi aliado y mi cómplice, alejarte de tu señor, ofuscarte, enloquecerte para que no pudieras ver lo que pasaba, para que no pudieras arrancarme mi presa... Más tarde, si me entregué á tí, fué para comprar tu silencio; si alguna vez, me olvidé de mí misma en tus brazos, pensaba en él y trataba de calmar el ardor que él me comunicaba sin cesar... Ahora ya no te necesito, ya no te quiero para nada, y he venido á decírtelo. ¿Has comprendido?

Se detuvo, le miró, y tuvo miedo á pesar de todo su valor.

Miéntas pasaba esta escena en el ala izquierda del castillo, Luciano, despues de haber escrito aún algunas líneas, y haber cerrado y sellado varios papeles, salió de su habitacion y se dirigió á la de su madre.

Esta ocupaba una de las piezas que la castellana de la Sauvinière había hecho amueblar en otro tiempo con tanto cuidado. Era una gran sala cuadrada, muy elevada de techo, con vigas imitadas y altas ventanas con pequeñas vidrieras. Las paredes estaban enteramente cubiertas de ensambladuras y antiguos tapices; el lecho, los baules y las sillas eran de roble, y en la chimenea, en el fondo del hogar, brillaba la plancha de hierro con las armas de Francia. Aquélera sin duda alguna el marco que convenía á la madre de Luciano. Al verla en aquella habitacion, cerca de la chimenea en la que ardía un gran fuego, sentada en uno de esos sillones Luis XIV, de respaldo derecho y elevado, con sus

cabellos blancos , sus facciones regulares y hermosas , sus manos pálidas de afilados dedos , su vestido de damasco fondo negro rameado , su gorra de encaje blanco con largas caidas , se la hubiera tomado por la mujer de un consejero ó de un presidente del Parlamento.

Luciano entró , contempló á Mad. Aubier durante un minuto , la besó con respeto en la frente , se sentó enfrente de ella y la dijo :

— Vengo , madre mia , á pedir os vuestros consejos y vuestras órdenes. Dignaos escucharme , y sobre todo apelar á todo vuestro valor. A cualquiera otra mujer , quizás no se la debería hablar como yo voy á hacerlo. Pero vos sois bastante fuerte , bastante grande para escucharlo todo.

— Hablad , hijo mio , dijo ella inclinándose hácia adelante y extendiendo sus brazos sobre los del sillón.

El la contó los hechos que conocemos. Encontró expresiones castas y reservadas para hacerla comprender cómo se había separado poco á poco de su mujer y hasta qué punto se hallaba harto de su amor. Habló de María , á quien había vuelto á ver , de la pureza de sus relaciones y de la calma que durante un momento había sentido en su alma ; llegó por fin á la escena en que los celos de Diana habían estallado y en la que ella había descubierto su secreto.

Después de haberse callado un instante , para dar á Mad. Aubier tiempo de reponerse del golpe terrible que acababa de recibir , pintó sus tormentos después de las revelaciones de su mujer , y la resolución que había tomado , para evitar el escándalo , de continuar viviendo con ella. Hizo presen-

te sus esfuerzos para dominar su pensamiento : á qué estudios se había entregado y más tarde á qué extravíos, seguidos inmediatamente de la enfermedad que había puesto su vida en peligro. Confesó también los sufrimientos por que acababa de pasar en la Sauvinière : sus terrores, sus remordimientos y la especie de locura que por momentos se apoderaba de él. Trató también de dar á su madre una idea de la última escena que acababa de tener lugar entre su mujer y él, y que se había terminado por estas amenazadoras palabras de Diana : «Yo sé lo que me resta que hacer.»

Acabó este largo relato en estos términos :

—Os lo he dicho todo, madre mia, mis dolores y mis faltas. Yo os suplico ahora que me indiquéis la conducta que debo seguir. Yo os obedeceré sin vacilar. Permitidme únicamente que os haga un resúmen de la situación : yo ya no puedo, yo ya no quiero vivir con esa mujer. Su presencia me es odiosa, su vista me volvería loco. ¿Qué partido debo tomar?... Volver á Nantes y mandarla que permanezca aquí, no obedecerá, y para vengarse puede poner en ejecución sus amenazas. Huir con vos, ir al extranjero, esto sería el deshonor, porque ciertamente entónces se me creería culpable de la complicidad de que ella no dejaría de acusarme. Así, por un lado, una existencia que yo no admito á ningun precio, por el otro el escándalo y la vergüenza. ¿Qué decidir?

Silenciosa y recogida, le había escuchado hasta entónces sin interrumpirle una sola vez; de repente, se levantó apoyándose en los brazos del sillón, y le dijo :

—Para hablarme así, para sacar las consecuen-

cias que acabais de sacar, para haberme conducido al callejon sin salida en que os encontrais y habérmelo hecho ver tan claramente, es preciso que exista en vuestra imaginacion algun plan muy meditado. Responded; yo lo quiero, yo os lo suplico; vos lo habeis dicho : yo puedo escucharlo todo.

— Yo he creído, respondió, y su voz era tranquila, deber tomar una resolucion terrible, pero que me la exige la situacion desesperada en que me encuentro.

— ¿Querriais acaso mataros? preguntó ella.

— Sí, murmuró él.

Mad. Aubier se estremeció, se dejó caer en su sillón, pero no dijo una palabra.

Entónces él se arrodilló delante de ella y rodeándola con sus brazos, empezó á hablarla dulce, cariñosamente, esta vez, con voz ahogada por las lágrimas.

— La muerte, dijo, me libraré de un peso que me aniquila. Porque yo no te lo he confesado todo, no sufro solamente por esa mujer, sufro tambien por esa casta criatura á quien desprecié locamente. Yo la amo, yo la amo ahora con todas las fuerzas de mi alma y no puedo acostumbrarme á la idea de estar siempre separado de ella... ¡Oh! no creas que este sentimiento haya dictado mi resolucion. Yo sé soportar el dolor, soy hijo tuyo. El temor de la vergüenza, el respeto de nuestro nombre son los únicos que me han decidido... Pero en este momento supremo, déjame abrirte mi corazon.

Habló largo tiempo todavía; lloró sobre las rodillas de su madre, como en otro tiempo cuando

era un niño. Despues, no queriendo prolongar la agonía de la pobre mujer, se levantó, tomó la cabeza de Mad. Aubier entre sus manos, la cubrió de besos y volviendo á ser de repente, por un supremo esfuerzo de voluntad, el hombre enérgico y frio que conocemos, se dirigió, grave y recogido, hácia la puerta. Cuando llegó á ella, y ántes de volverla á cerrar, lanzó sobre su madre una profunda mirada de amor y desapareció.

Ella, permaneció en su gran sillón, el cuerpo inclinado hácia adelante, los brazos extendidos, la mirada fija sobre los últimos troncos que se apagaban en el hogar. Parecía una muerta, tan pálida, silenciosa é inanimada estaba.

Creía sin duda que estaba aún á su lado, le parecía escuchar todavía su voz, porque al cabo de un instante, extendió la mano como para buscarle y no encontrando más que el vacío, paseó su mirada á su alrededor.

Entónces, no viéndole ya, se levantó de repente, horrorizada, espantada.

Luciano había tomado el silencio de su madre por un consentimiento á sus proyectos, una especie de aprobacion dada al suicidio que meditaba. Se había engañado. El asombro y el dolor habían sido la única causa de aquel prolongado silencio. El cerebro de Mad. Aubier se había paralizado momentáneamente ante el inesperado golpe que la hería, sus facultades se habían apagado accidentalmente y no había podido encontrar fuerzas, ni para hablar, ni para protestar. Pero la vida acababa de volver, el corazón latía de nuevo, recobraba la memoria y la razón, volvía á ser ma-

dre, y arrastrándose desatinada por la habitación :

«Nó, nó, exclamaba, yo no quiero que tú mueras; Luciano, Luciano, hijo mío, yo te lo suplico... Yo te mando que vivas...»

Iba ya á alcanzar la puerta, cuando de pronto, en el silencio de la noche, resonó un tiro, inmediatamente despues otro.

Lanzó un grito, y con un movimiento rápido se llevó las manos á la cara y se tapó los ojos, como si quisiera apartar de sí un terrible espectáculo, una espantosa vision.

El patio del castillo se animaba, por todas partes aparecían luces, se oían voces llamarse y responderse, los perros despertados por el ruido ladraban. Criados, mozos de labranza, lacayos, todo el mundo estaba en pié.

Ella, ella no se movía, esperando á cada instante que viniesen á decirle: «Señora, vuestro hijo ha muerto.»

El ruido de los pasos y de las voces se acercaba cada vez más. Habían atravesado el patio y el parque, estaban dentro del castillo; las puertas del vestíbulo se abrían, subían la escalera, recorrian las habitaciones.

Gritos de espanto y de terror llegaron á oídos de la desgraciada madre.

«¡ Ah! murmuró, han descubierto su cadáver.»

Despues reinó un gran silencio; hubiérase dicho que todo había vuelto á entrar en orden, que todo había dejado de existir.

«Se consultan para prevenirme, pensó; no saben cómo darme la noticia.»

Pero el ruido volvió á empezar; entraron en la pieza que precedía á su habitacion. Llamaron á su puerta.

— Entrad, dijo ella.

Y, comprendiendo al punto que por el honor de su hijo era preciso alejar de los espíritus toda idea de suicidio, y tratar de hacer creer en un accidente, tuvo el sublime valor de dominarse.

— Señora, ¿habeis oido? la dijo su doncella, que acababa de entrar, miéntras que otros varios criados permanecían en el dintel de la puerta.

— Sí, he oido, dijo. Ya lo veis, puesto que me he levantado. ¿Qué ha pasado?

— ¡Ah! señora, una horrible desgracia.

— Hablad.

— Es que este suceso os va á causar mucha pena.

— Hablad, pues.

— ¡Ay de mí! los dos han muerto.

— ¡Los dos! ¿quiénes son los dos?

— La señora ha sido muerta de un pistoletazo.

«¡Ah! pensó; él se ha vengado desde luego.»

— Y en seguida, continuó la criada, Mr. Lami se ha levantado la tapa de los sesos.

— Mr. Lami... ¿qué dices?

— Sí, Mr. Lami; ha asesinado á la señora y en seguida se ha suicidado.

— ¡Y mi hijo! mi hijo! ¿dónde está mi hijo? exclamó la pobre madre.

— Tambien se ha despertado y hemos corrido todos juntos hácia el sitio de donde habían partido los tiros. Pero no hemos podido socorrerles, era demasiado tarde.

Mad. Aubier ya no la escuchaba; acababa de

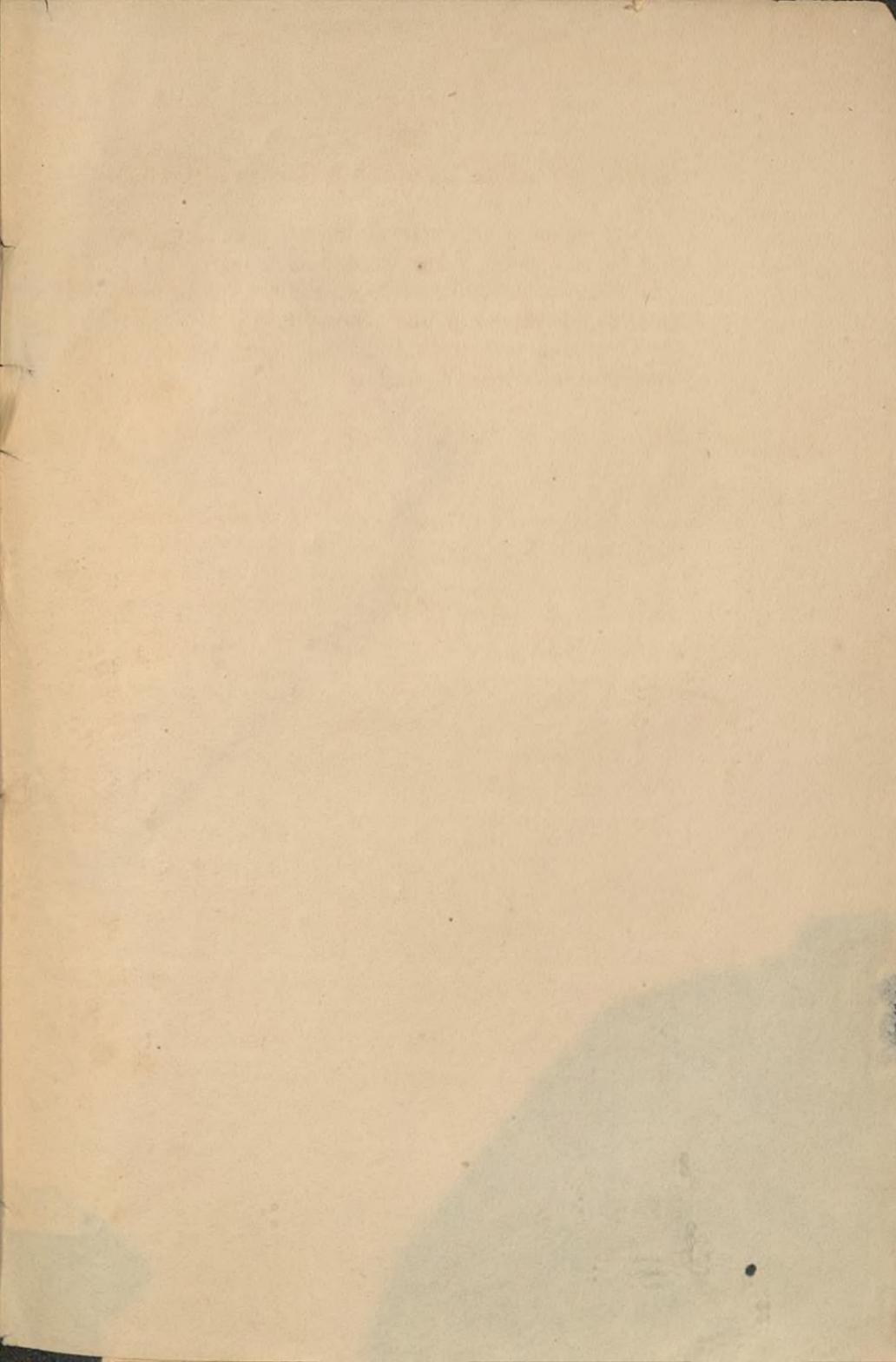
dejarse caer sobre un sillón y lloraba á lágrima viva.

Poco despues se sintieron los pasos de Luciano, se le vió aparecer, y los criados se retiraron.

El entónces cogió á su madre entre sus brazos, secó sus lágrimas con sus besos y la dijo :

— Dentro de dos días partirémos para Nantes, y ya no nos separarémós nunca.

FIN.







OBRAS DE D. JOSÉ BUSTILLO.

---

EL PADRE DE MI MUJER, juguete cómico-lírico  
en un acto y en verso, 4 rs.

EL BUFON DE SU ALTEZA, zarzuela en dos ac-  
tos y en verso, 6 rs.

Esta novela, y las citadas obras, se hallan  
de venta en las principales librerías de Ma-  
drid y provincias.

